El Hombre Nuevo

Louis-Claude de Saint-Martin

Luis Cárcamo, Editor
San Raimundo, 58
28039 MADRID

Título original: "Le Nouvel Homme"
Autor: Louis-Claude de Saint-Martin
Primera edición en francés, Junio 1992
©Diffusion Rosicrucienne
©para todas las ediciones en lengua castellana: Luis Cárcamo, editor
Primera edición en castellano 1993
Traducción al castellano: Pedro José Aguado Sáiz
©de la traducción: Luis Cárcamo, editor
ISBN: 84-7627-092-5
Depósito legal: B-27225-1993

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopiadoras, cassettes, etc., sin permiso escrito de la editorial.

Impreso por Humanitas, S.L.—Centro Industrial Santiga—Talleres 8, Nave 17
08210 Barbera del Valles — Barcelona — ESPAÑA

Difusión Rosacruz
A.M.O.R.C. de España
C/. Tolra, 40
08032 Barcelona

Biblioteca Martinista

Esta obra está publicada bajo los auspicios de la Orden Martinista Tradicional, conocida en todo el mundo por las siglas «O. M. T.» Apadrinada por la Antigua y Mística Orden de la Rosa Cruz (A. M. O. R. C.), la O. M. T. es una organización filosófica, iniciática y tradicional que tiene como objetivo perpetuar las enseñanzas esotéricas de la Tradición Judeo-Cristiana, tal como las presentaron Louis-Claude de Saint-Martin (1743-1803) y algunos de sus adeptos. Definido con frecuencia como una «vía cardiaca», el Martinismo concede una importancia privilegiada a la iniciación e incluye una dimensión ritual exenta de todo dogmatismo religioso. Su objetivo esencial es guiar al hombre en el sendero de la espiritualidad, para que pueda elevarse de su estado actual

Si quieren conseguir información más concreta sobre la Tradición, la historia y las enseñanzas de la O. M. T., pueden escribir a la sede de esta Orden y pedir el folleto titulado *«Luz Martinista»* La dirección a la que pueden dirigirse es la siguiente

Orden Martinista Tradicional
Tolrá, 40 08032
Barcelona

Prefacio

La reedición de este libro constituye un acontecimiento de capital importancia para todos los que se interesan por el pensamiento saint-martinista y, sobre todo, para los martinistas. Fue en París donde conoció este libro su primera edición, durante el año IV de la libertad (1795-1796)

Louis-Claude de Saint-Martín (1743-1803) compuso esta obra en Estrasburgo, en 1790 En este libro, igual que en el que publico en 1790, «El hombre de deseo», destaca la nueva orientación de Saint-Martín En efecto desde 1775 fue distanciándose de la Ordre des Elus-Cohen La vía externa la de la teurgia, que preconizaba Martínez de Pasqually a los Elus-Cohen, le parece inútil y peligrosa Esta vía, la de las manifestaciones sensibles, la seguía desde 1768 No le había seducido por completo, y sus tendencias naturales lo arrastraban hacia la vía interna, la del corazón Saint-Martín va a tomar *«al margen de Martinez, el camino del reparador»* [1]

Con el fin de ganar perspectiva, viaja a Inglaterra, a Italia y a Alemania, para *«estudiar al hombre y la naturaleza y para comparar el testimonio de los demás con el suyo»* [2]. .En Londres visita los Templos de la Nueva Jerusalén y juzga con dureza esta vía, de la que piensa que *«no lleva lejos»* A su llegada a Estrasburgo lo espera también una decepción. Allí conoce el éxito de los que solo se interesan por lo espectacular, *«profesores de ciencias ocultas a los que el vulgo ignorante da indistintamente el nombre de iluminados»* [3] Es en Estrasburgo también donde conoce las obras del que habría de ser su segundo maestro Jacob Boehme (1575-1724)

---

1 - Octave- Béliard, *L annonce du Nouvel Homme*, Mesure nº 4, 15 de Octubre de 1936, pp 99-126.
2 - Nota biográfica sobre Louis-Claude de Saint-Martín o el Filosofo Desconocido J. B. M. Gence, París, Migneret 1824 p 8
3 - Louis Claude DE SAINT-MARTÍN, *LE MINISTERE de l` Homme Esprit;* París, Migneret 1802, p 252.

En la vieja ciudad imperial del Rin que había pasado a pertenecer a Fran cía conoce también al caballero Silverhielm antiguo capellán del rey de Sue cía y sobrino de Swedenborg. El caballero Silverhielm esperaba convertir a Saint-Martín a su maestro Swedenborg No es nada probable que lograse sus propósitos. Ademas Saint-Martín, en su «Hombre de Deseo» muestras sus reservas en cuanto a las teorías del visionario sueco *«¡Hay en sus obras mil pruebas de que ha sido con fiecuencia muy favorecido! ¡Mil pruebas de que ha caído con frecuencia en errores muy grandes! ¡Mil pruebas de que solo ha visto la parte central de la obra y no ha conocido ni el pricipio ni el fin!»*[4]

Siguiendo los consejos del sobrino de Swedenborg, Saint-Martín escribe «El Hombre Nue\o» En esta obra el Filosofo Desconocido no desarrolla grandes teorías sobre los números el libro del hombre o el origen de las lenguas, como en sus dos primeros libros (Des Erreurs et de la Vente, 1775, Le Tableau Naturel, 1782). Para J. Gence, esta obra es *«mas una exhortación que una enseñanza»* [5]

Su idea central es que lo único que pide Dios es hacer alianza con el hombre, pero quiere que sea solo con el hombre sin mezcla de nada que no sea fijo y eterno, como El El hombre debe trabajar por tanto, para suprimir en si todas las impurezas que tapan esta puerta misteriosa por la que quiere entrar la Palabra eterna de la Divinidad, para unirse con el El hombre debe sufrir una cura para conseguir esta curación, y para ello cuenta con una *«medicina real»* que puede ayudarle a desprenderse de su hombre viejo y salir del torrente de la iniquidad El que se dedica a esta labor es el hombre de Deseo Esta purificación es una verdadera grandeza espiritual mediante la cual el hombre de Deseo hará que nazca en el un Hombre Nuevo

Saint-Martín nos muestra en que consiste esta cura que debe sufrir el hombre temporal para volver a encontrar el estado de pureza que tenia al salir de su emanación. Afirma *«Porque el nacimiento de este hijo espiritual en el hombre no es otra cosa mas que el desarrollo y la manifestación de lo que era el hombre primitivo»* [6]

Para esta regeneración no se necesita ninguna teurgia ni adhesión a ningún culto exterior El crisol de esta transmutación esta dentro del hombre y es su corazón La vía que propone Saint-Martín es una vía cardiaca

---

4-SAINT-MARTIN L´ *Homme de Désir*, Lyon Sulpice Grabit, 1790 nº 184 p 268.
5 - Nota biográfica sobre Louis-Claude de Saint-Martín o el Filosofo Desconocido J.B.M.Gence, París, Migneret, 1824 p 21.
6 - SAINT MARTIN, EL HOMBRE *Nuevo* nº 45.

Esta transformación se realiza por etapas y sigue un proceso que toma su esquema de la vida del reparador Este *«reparador»* es el Cristo Saint-Martin prefiere emplear ese termino siguiendo en ello a su primer Maestro Martínez de Pasqually como si pretendiese marear una distancia con el persona]e histórico de Jesús y destacar asi su aspecto intemporal

Para nuestro autor el Cristo es el nuevo Adan, el que ha abierto de nuevo la via que se había cerrado desde la caída del padre de la humanidad El reparador no solo ha abierto la puerta sino que ha enseñado el camino Saint-Martm dice *«Si el hombre esta muerto en todas sus facultades no hav ni un solo movimiento de su ser que pueda hacerse sin que se pronuncie en el esta frase Lazaro, levántate. Es en el hombre en quien profiere continuamente el reparado) esta palabra».* [7]

Esta vía que describe Saint-Martín en su libro es la de la imitación de Cristo Pero, que nadie se equivoque el Filosofo Desconocido no preconiza la adhesión a un culto exterior, porque esta adoración hacia lo exterior impide la imitación de actuar en las profundidades del alma *«transformar esta ultima en una totalidad que corresponda al ejemplo ideal».* [8]

Las etapas de la vida del reparador, la anunciación del ángel, el nacimiento, la presentación en el templo el bautismo, el sacrificio del cordero la resurrección la ascensión son otros tantos signos para el que sabe ver por encima de la simple historia La vida del reparador nos da un arquetipo cuyo sentido esta inscrito en la eternidad Esta imitación va a permitir que el corazón se convierta en el espejo de la Divinidad y, por analogía, la Divinidad se convertirá, a su vez en un espejo para el hombre nuevo Esta transformación debe realizarse en las profundidades del ser *«Desde que la religión no es mas que una creencia y una forma exterior y la función religiosa no es mas que una expenencia del alma de cada uno no ha ocurrido nada esencial Todavía queda por comprender que el mysterium magnum (gran misterio) no es solamente una realidad en* si, *sino que ademas y ante todo esta arraigado en el alma humana»*

Para el filosofo Desconocido el Dios único se ha elegido un santuario único el corazón del hombre Ese es el templo en el que debe adorarlo, y los templos exteriores no son mas que las avenidas de este templo invisible En el

---

7-Ibid. n° 15.
8 - C G Jung, Psychologie y Alchimie, París 1970, Buchet/ Chastel, p9.
9 - C G Jung, Ibid. p 16.

fondo de el mismo se encuentran los cimientos del templo *«El hombre debe tallar, pulir con el espiritu la piedra angular de su templo».* [10] En este templo encontrara las siete fuentes sacramentales que fertilizaran todas las regiones de su ser Son las siete columnas hechas con esta piedra que tenemos innata en nosotros y sobre la cual ha dicho el reparador que quería edificar su iglesia

En este templo imperecedero es en el que el hombre debe conservar su fuego sagrado, teniendo que cuidar con esmero la llama que se encendió por el bautismo del espíritu Efectivamente, el Filosofo Desconocido indica que el corazón tiene dos puertas una inferior, por la que puede dar al enemigo el acceso a la luz elemental, y otra superior, por la que puede dar al Ángel, que es su guía y su amigo fiel, el acceso a la luz divina El texto de Saint-Martín enseña a su lector con que cuidado debe avanzar el hombre nuevo, pues su ser exterior está entre dos columnas que pretenden, tanto la una como la otra, atraerlo, y en la frontera de estos dos mundos debe *manifestarse «la Sabiduría, la Fuerza y la Magnificencia de los habitantes del reino»* "

Este trabajo sería para él menos peligroso si hubiese sabido guardar la ropa con que estaba vestido el primer hombre, porque entonces *«ella podría difundir el destello de su luz celestial por las cuatro regiones del mundo».* [12] Hoy día, el hombre tiene que ponerse el manto de la prudencia, símbolo de esa vestidura primitiva, para realizar su obra de regeneración

El proceso de esta regeneración, aunque se realice en el corazón del hombre, no es menos universal Efectivamente, si el Hombre nuevo es el único que puede recibir en toda su medida las aguas divinas, va a utilizarlas en esta vegetación universal que, desde antes de los siglos, era el objeto de su existencia

Para llegar a esta meta. Louis-Claude de Saint-Martín nos indica el camino que debe seguir este hombre nuevo para volver a ser el cuaternario activo que era al principio de su emanación El hombre debe trabajar sin descanso para restablecer en él la Jerusalén Celeste y construir con paciencia su santuario interior, en el que Dios se complace en ser honrado El Filosofo Desconocido termina este magnifico tratado diciendo que todas estas maravillas se encuentran *«todavía hoy en el corazon del hombre nuevo porque estaban en el desde el origen».* [13]

10-Saint-Martin, El Hombre Nuevo, nº 46.
11- Ibid n° 33.
12- Ibid n° 66.
13-SAINT-MARTIN, EL *Hombre Nuevo,* nº 70.

Esta reedición se ha compuesto a partir de un ejemplar de la edición original que se encuentra en la biblioteca del Chateau d'Omonville. Para facilitar su lectura se ha modernizado su ortografía dejando sin modificación únicamente la de los nombres propios

Saint-Martín no dividió su obra en capítulos y lo único que distingue las diferentes partes del texto es un numero En 1936. un miembro del Supréme Conseil de l'Ordre Martiniste Traditionnel el Doctor Beliard[14] proponía el esquema de lectura siguiente

— Introducción	nº 6
— El nacimiento	n° 10
— La infancia	nº 17
— La lucha contra las tinieblas	n° 28
— Instrucciones	nº 62[15]

Para facilitar el trabajo al lector, hemos compuesto un índice que figura al final de la obra Este esquema de lectura constituirá una ayuda apreciable para los que quieran profundizar en esta obra preciosa del Filósofo Desconocido

La Orden Martinista Tradicional

14 - El Dr. Beliard fue también el creador anónimo de los « amigos de Saint-Martín» en 1946

15 - Octave Béliard, L´ANNONCE DU NOUVEL HOMME, *Mesure* nº 4, 15 de Octubre de 1936, pp 99-126.

L E

NOUVEL HOMME.

Nous ne pouvons nous lire que dlans Dieu lui-même , et nous comprendre que daus sa propre splendeur. *Ecce homo. p.* 19.

A PARÍS,

Chez les Directeurs de l`Imprimerie du Cercle Social , rue du Théatre-François, nº. 4.

L' AN 4º. DE LA LIBERTÉ.

1

La verdad no pide nada mejor que hacer una alianza con el hombre; pero quiere que sea solamente con el hombre y sin ninguna mezcla de nada que no sea permanente y eterno, como ella.

Quiere que este hombre se lave y se regenere perpetuamente y por completo en la piscina de fuego y en la sed de la *unidad;* quiere que haga beber todos los días sus pecados a la tierra, es decir, que le haga beber toda su materia, puesto que ésta es su verdadero pecado; quiere que tenga en todo momento su cuerpo preparado para la muerte y los dolores y su alma dispuesta para la actividad de todas las virtudes, su espíritu listo para captar todas las luces y hacer que fructifiquen, para gloria de la fuente de donde proceden. Quiere que él se mire en todo su ser como un ejército siempre en pie de guerra y preparado para marchar en cuanto se le dé la orden; quiere que haya una resolución y una constancia que no se alteren con nada y que, como al avanzar en su carrera no puede encontrar más que sufrimientos, pues el mal se le va a ofrecer en todos sus pasos, esta perspectiva no detenga su marcha y tampoco fije su vista únicamente en la meta que le espera al final de la carrera.

Si lo encuentra en estas condiciones, éstas son las promesas que le hace y los favores que le reserva. Como, apenas se abre ante ella el interior del hombre, se ve embargada por un arrebato de alegría, no sólo como la madre más cariñosa con un hijo al que no ve desde hace mucho tiempo, sino como el genio más excelso a la vista de la producción más sublime que, en principio, le parece nueva, extraña a su espíritu y, por así decirlo, borrada de su memona; pero que le hace unir el amor más vivo a esta profunda admiración, cuando este sublime genio llega a reconocer que esta sublime producción es su obra.

En cuanto la verdad ve que nace así el deseo y la voluntad en el corazón del hombre, se precipita con todos los ardores de su vida divina y de su amor. Es frecuente que sólo le pida que se prive de lo que es nulo y, por este sacrificio negativo, va a colmarlo de realidades. La más importante de estas realidades es que empieza a darle los signos de advertencia y prevención, para que no se encuentre en el caso de tener miedo, como Caín, y decir: *los que me reconozcan me matarán.* A continuación, imprime en él signos de terror, para que su presencia resulte terrible y haga huir a sus enemigos; finalmente, lo adorna con signos de gloria, para que pueda hacer que brille la majestad de su maestro y reciba por todas partes las honorables recompensas que se merece un fiel servidor.

Así es como tratará a los que hayan confiado en la naturaleza de su ser; a los que no hayan dejado que se apague la mínima chispa; a los que se hayan visto como si fuesen una idea fundamental o un texto del que toda nuestra vida no debería ser más que el desarrollo y el comentario, de tal forma que todos nuestros momentos deberían servir para explicarlo y dejarlo más claro y no para oscurecerlo, borrarlo y hacer que se olvide, como sucede casi generalmente con nuestra desgraciada posteridad.

Para cooperar en nuestra curación, la verdad tiene un medicamento real, que notamos físicamente en nosotros cuando considera oportuno administrárnoslo. Este medicamento está compuesto de dos ingredientes, dependiendo de nuestra enfermedad, que es una complicación del bien y del mal que conservamos del que no supo evadirse del deseo de conocer esta ciencia fatal. Este medicamento es amargo; pero es precisamente su amargura lo que nos cura, porque esta parte amarga, que es la justicia, se une a lo que está viciado en nuestro ser para devolverle la rectificación. Entonces, lo que hay en nosotros de regular y de vivo se une, a su vez, a lo que hay de dulce en el medicamento y se nos devuelve la salud.

Mientras no se produce en nosotros esta operación médica, de nada sirve que pensemos que estamos sanos y en buen estado. Ni siquiera estamos en condiciones de utilizar alimentos sanos y puros, porque nuestras facultades no están abiertas para recibirlos. No basta para nuestro restablecimiento con que nos abstengamos de alimentos malsanos y corruptos, es necesario también que utilicemos este medicamento amargo que los ministros espirituales de la sabiduría hacen que pase a nosotros, para producir una sensación dolorosa que podríamos llamar fiebre de la penitencia; pero que termina con la dulce sensación de la vida y de la regeneración.

Los que estén en el camino de la regeneración reciben y sienten este medicamento cada vez que el enemigo los tienta o viene a viciar algo dentro de su ser. Los demás no lo reciben ni lo sienten, porque están en una situación continua de malestar y enfermedad que no deja que se les acerque el medicamento.

Pero este medicamento es tan necesario para nuestro restablecimiento que los que no lo han recibido no pueden comer con provecho para ellos *el pan de vida,* y no se convierten en el *oro puro.* Finalmente, debe presionar y trabajaren nuestra alma sin descanso, sin interrupción, lo mismo que el tiempo trabaja continuamente sobre todos los cuerpos de la naturaleza, para llevarlos a la pureza, a la sencillez y a la actividad viva de sus principios constitutivos. De esta manera, se abre en nosotros una fuente viva, que se nutre y se mantiene por la vida misma, y con ella llegamos a tener una naturaleza de alegrías que no pasan y que establecen en nosotros para siempre el reino eterno de lo que es.

Es fácil darse cuenta de que este medicamento no debe confundirse con las tribulaciones terrestres, con los males del cuerpo, con la injusticias que podemos recibir de nuestros semejantes y que tienen a nuestra alma angustiada. Todas estas cosas están o bien para castigo del alma o para su prueba; pero no le dan más que una sabiduría temporal. Además, solamente podemos recibir la vida divina mediante preparaciones de su mismo orden, y el medicamento de que hablamos es esta preparación exclusiva. *¡Dichoso el que persevere hasta el fin,* en desearlo y ponerlo a beneficio de los demás todas las veces que tenga la felicidad de sentirlo! Notará con esto que el hombre puede tener cosas tan grandes que decir que no necesita ya ser él quien las diga y que debe esperar que le hagan decirlas o escribirlas.

Pues el rocío que Dios hace que baje al hombre está compuesto de acciones completamente vivas, completamente formadas, completamente terminadas, como tantos guerreros armados de pies a cabeza o como tantos médicos poderosos que tienen en su mano la ambrosía o como tantos ángeles celestiales que irradian por dentro y por fuera santas y puras luces de vida. Y el hombre, destinado a ser el objeto y recipiente de tantos beneficios, advierte por su inteligencia, en medio de este rocío sagrado, la mano suprema del Dios resplandeciente de gloria que quiere tomarlo al término de esta incomparable munificencia, pues es cierto que la palabra divina no puede venir a nosotros sin crear a la vez todo un mundo.

Dios mío, yo sé muy bien que eres la vida y que yo no soy digno de que te acerques a mí, que no soy más que vergüenza, miseria e iniquidad. Sé muy

bien que tienes la palabra viva, pero las espesas tinieblas de mi materia impiden que hagas que se oigan en los oídos de mi alma Haz. sin embargo, que descienda a mi una gran abundancia de esta palabra, para que su peso pueda contrarrestar la masa de la nada en la que se absorbe todo mi ser y que, el día de tu juicio universal este peso y esta abundancia de tu palabra puedan sacarme del abismo y hacer que me remonte hasta tu santa morada Pon en las diversas regiones y facultades que me componen numerosos obreros hábiles y vigilantes que desatoren los canales de todas sus inmundicias y rompan hasta la roca viva que se opone a la circulación de las aguas Entonces entrará en mí la vida de tus fuentes puras y activas y llenará mis ríos hasta los bordes, entonces crearás un mundo de espíritus en mi pensamiento, un mundo de virtudes en mi corazón y un mundo de poder en mi obra, y es el todopoderoso, el santificador universal, el que mantendrá por sí mismo todos estos mundos en mí y quien los alimentara continuamente con sus propias bendiciones

2

Se ha comunicado un secreto, a la vez inmenso y terrible, en *l'homme de désiro,* n° 146, pág 217 Y este secreto es que el corazón del hombre es el único paso en el que la serpiente venenosa levanta su cabeza ambiciosa y en el que sus ojos disfrutan hasta de un poco de luz, pues su prisión está muy por debajo de la nuestra

Aquí nos atrevemos a comunicar otro secreto no menos profundo, pero más consolador, más animoso, hecho para enseñarnos a respetarnos tanto por la santidad de nuestro origen como por la sublimidad de la obra que debemos y podemos realizar en la tierra Dicho secreto es éste

El amigo fiel que nos acompaña aquí abajo en nuestra miseria está como aprisionado con nosotros en la región elemental y, aunque disfrute de su vida espiritual, no puede disfrutar de la luz divina, de las alegrías divinas, de la vida divina, nada mas que por el corazón de este mismo hombre que fue elegido para ser intermedio universal del bien y del mal Esperamos de este amigo fiel todas las ayudas, todas las protecciones, todos los consejos que necesitamos en nuestras tinieblas y todas las virtudes necesarias para realizar el decreto de nuestra prueba, en la que él no tiene derecho a cambiar nada, pero espera de nosotros, como recompensa, que, por el fuego divino que debería inflamarnos, le hagamos sentir el calor y los efectos de este sol eterno del

que él se mantiene alejado por la candad viva y pura que lo anima a favor de la desdichada humanidad

Por eso es por lo que J-C dijo en San Mateo, 18, 10: *no despreciéis a ninguno de estos pequeños, pues yo os digo que sus angeles en los cielos ven continuamente el rostro de mi padre que está en los cielos* Ellos no ven el rostro de Dios nada más que porque los niños que acompañan tienen el corazón puro y es el corazón puro de los niños el que sirve de órgano a estos angeles, ya que ellos no están en el cielo donde está el padre Pero, de forma reciproca, el corazón del hombre no es puro nada más que cuando es fiel a la \oz de su ángel o, dicho en otras palabras, cuando el hombre se convierte de nuevo en niño y actúa de tal manera que su ángel tenga la libertad de ver el rostro de Dios

También hay un gran sentido en estas palabras de J-C, en el mismo capítulo, versículo 3 *si no os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos* El ángel es la sabiduría, el corazón del hombre es amor, el ángel es el recipiente de la luz divina, el corazón del hombre es el órgano y el modificador No pueden pasar el uno sin el otro y tampoco pueden estar unidos nada más que en el nombre del señor, que es al mismo tiempo amor y sabiduría y que los une mediante ella en su unidad No hay ningún matrimonio comparable a aquel ni ningún adulterio que se pueda comparar al que altera tal matrimonio Además, se dice en Mateo, 18,6 *que el hombre no separe lo que Dios ha unido*

Se puede encontrar también en esta gran verdad el sentido del pasaje que dice *amad a vuestro prójimo como a vosotros mismos y* el de aquel otro que nos enseña que *el que se haga el mas pequeño será el mayor* Todo está vivo en esta triple alianza y en ella todo es espíritu, todo es Dios, todo es palabra ¿cómo se le podría acercar alguna vez el enemigo? ¡Hombre! si captas el mínimo rayo de esta luz elevada, no pierdas un momento para cumplir todas las leyes que te impone y para hacerte tan vivo, tan activo y tan puro como las dos correspondencias entre las cuales te encuentras situado Este sera el medio de acelerar la regeneración y de preparar de antemano un lugar de reposo *para el tiempo venidero* Tu eres la lampara, el espíritu es el aire y el calor y el fuego de la luz divina están encerrados en el aceite El aire sopla sobre ti para ponerte en actividad y para que le transmitas el calor dulce y vivo y la santa claridad de este aceite que debe pasar por ti necesariamente para llegar a él

En esta operación, el hombre se convierte en luz verdadera en medio de las tinieblas y no se convierte en esta luz verdadera nada mas que porque manifiesta el principio vivo que quiere recuperarla y hacer que pase por su corazón

De esta forma, el hombre puede alegrarse muchísimo; pero no puede glorificarse. Finalmente el ángel está colmado de consuelos y de alegrías y, en medio de estas alegrías divinas que le proporcionamos, se une y se apega más aún a nosotros, tanto por su caridad vi\ a y natural como por la necesidad de aumentar su propia felicidad. Por su parte, la Divinidad no procura continuamente nada más que penetrar cada vez más en el corazón de los hombres, para expandir su gloria. su vida y su poder y satisfacer con ello al ángel que lo desea con tanto ardor.

¿Entonces no hay nada por encima de la sublimidad de nuestra clase que nos destine a ser el medio de comunicación entre la Divinidad y el espíritu? ¿Y podríamos en lo sucesivo permitirnos un momento de descanso en una obra tan santa, ya que cada uno de los momentos que perdemos retrasa la realización de este trinario activo que representa en lo espiritual y en caracteres distintos el ternario eterno? ¿O también porque cada uno de estos momentos que perdemos nos hace culpables ante Dios, porque hacemos que fallen sus designios; ante el espíritu, porque lo dejamos sin alimento, y ante nosotros, porque, con independencia del error que cometamos al no cumplir nuestra ley, nos estamos destruyendo nosotros mismos al privarnos de la doble subsistencia que se nos ha concedido en esta santa función, que son la subsistencia divina y la espiritual, que no pueden proyectarse en nosotros sin vivificarnos de una manera secreta y oculta para nosotros?

Pues, cuando se proyecta en nosotros la vida divina, trae consigo también al espíritu y, cuando el espíritu viene a nosotros, trae consigo la vida divina. Entonces se espiritualiza Dios y el espíritu se diviniza y nuestro ser recibe este alimento preparado así por la sabiduría que dispone todas sus operaciones para el beneficio máximo de los seres. Sin esto, nos consumiría la Divinidad, si viniese sola, y el espíritu no nos alimentaría, si viniese solo también, puesto que, sin ser Dios, nosotros somos, sin embargo, más que el espíritu.

Esta ley que se nos ha dictado para que realice nuestra regeneración nos indica con bastante claridad cuál era la ley que debía acompañar nuestro destino primitivo, ya que debía difundirse más aún sin que por ello cambiase de naturaleza, puesto que una ley no cambia, a pesar de que se retraiga o se retire cuando los seres se hacen completamente indignos de que vuelva a actuar sobre ellos. Por tanto, si hoy debemos hacer que llegue la región divina hasta nuestro ángel, antaño debimos tener el privilegio de prestar el mismo servicio a un número mayor de seres y a seres que estuviesen todavía privados de nuestro ángel particular y, si podemos hacer hoy que pasen por nosotros algunos rayos del sol divino, es preciso que, por nuestra naturaleza original, tengamos

poder para hacer que pase por nosotros toda la Divinidad entera y, por consiguiente, no podremos considerarnos regenerados nada más que cuando hayamos alcanzado ese objetivo inmenso que es la meta final de nuestro ser, ya que, como acabamos de decir, una ley no puede cambiar y, para conseguir nuestra regeneración, es preciso que toda la Divinidad entera penetre en nuestro ser lo mismo que lo hubiese hecho en tiempos primitivos, si hubiésemos seguido sus designios. Hombre, date cuenta aquí de lo lejos que estás de tu destino y fíjate en si esta perspectiva puede dejarte creer que debes marchitarte en la inactividad.

Nos gustaría no tener necesidad de reforzar todos estos grandes principios con demostraciones razonadas de la naturaleza espiritual del hombre y de la divinidad de su origen, ya que estas pruebas están depositadas en otros escritos; pero, si no se han digerido con el cuidado suficiente para eliminar todas las dudas, de nada serviría querer seguirnos en este momento: creemos que debemos detenernos un poco en estos elementos que no son nada más que minúsculos preliminares de los conocimientos que se nos han reservado, ya que tendremos que exponer verdades de un rango diferente.

3

Cuando hemos dicho en el número 1 que el hombre era una especie de texto del que toda su vida debía ser el desarrollo y el comentario, no hemos hecho más que presentar bajo otros términos la siguiente proposición: saber que *el alma del hombre es un pensamiento del Dios de los seres.*

Cualquiera que sea la idea que haya podido sacar hasta ahora el lector sobre la naturaleza del alma del hombre, no debe quedar menos convencido de que esta alma es imperecedera, ya que ¿cómo podría perecer el pensamiento de Dios?

El materialista, incluso el ateo, si existiese, no podría invalidar este principio, ya que, aun admitiendo lo que ellos mantienen, es decir, que todo es materia, no sería menos cierto que nosotros seríamos imperecederos como esta materia que ellos quieren hacer eterna e inmortal y, en definitiva, como esta materia a la que ellos quieren hacer Dios y de la que nosotros seríamos siempre una modificación necesaria, porque lo que es eterno no puede tener cambios que sean pasajeros.

Por tanto lo único que nos quedaría sería observar con atención si es cierto que hubiese en nosotros más de una sola substancia, es decir, si en nosotros todo es espíritu, si en nosotros todo es materia o si en nosotros hay materia y espíritu.

Además, a los que no hubiesen notado su verdadera naturaleza yo no les pediría nada más que se observasen para estar a cubierto de equivocaciones, ya que, en lo que ellos llaman hombre, en lo que ellos llaman moral, en lo que ellos llaman política, en lo que ellos llaman ciencia y, finalmente, en lo que se podría llamar caos y campo de batalla de sus diversas doctrinas, encontrarían tantas acciones dobles y opuestas, tantas fuerzas que se enfrentan y se destruyen, tantos agentes abiertamente activos y tantos también abiertamente pasivos, todo esto sin buscar fuera de su propia individualidad, que, tal vez sin poder decir todavía de qué estamos compuestos, estarían de acuerdo en que seguramente todo lo que hay en nosotros no es parecido y en que nosotros existimos nada más que en una diferencia perpetua, bien sea con nosotros mismos, con lo que nos rodea o con todo lo que podemos alcanzar y considerar.

Después de esto, ya no haría falta basarse con cierto cuidado en estas diferencias para captar su verdadero carácter y para clasificar al hombre en su verdadero rango, comparándolo con una línea recta, al lado de la cual se pueden describir y se describen diariamente infinidad de curvas, pero cuya rectitud exclusiva no puede confundirse, sin una ceguera grosera, con esas curvas que jamás sabrían parecerse a ella, o, si se quiere, comparándolo con la duración *imparable* que conserva silenciosamente su imperturbable existencia en medio de todas las revoluciones de los seres.

Con esto basta para demostrar que no es necesario que perdamos más tiempo con objeciones secundarias, con las que los hombres inferiores se ciegan unos a otros todos los días. Tenemos que realizar proyectos más amplios que el de ocuparnos de las oscuridades voluntarias, que no proceden nada más que del frivolo descuido del mundo, y este proyecto consiste en ocuparnos de las oscuridades naturales propias del estado terrestre del espíritu del hombre; pero debemos ocuparnos mucho más aún de las claridades y las luces que pertenecen a su esencia indestructible, ya que hay muchos grados en las necesidades del hombre y estaríamos haciendo muy poco por él limitándonos a pensar únicamente en alguno de los males que puede solucionarse él mismo, bien sea centrando en él toda su atención o utilizando los recursos que ya se le han dado. Repitamos, por tanto, la frase que dice que *el alma del hombre es un pensamiento del Dios de los seres.*

De esta sublime verdad se deduce otra verdad que no es menos sublime, y es que no estamos dentro de nuestra ley ni pensamos por nosotros mismos, ya que, para cumplir el espíritu de nuestra verdadera naturaleza, no debemos pensar nada más que por medio de Dios, sin lo cual ya no podemos decir que somos un pensamiento del Dios de los seres, sino que nos declaramos como el fruto de nuestro pensamiento, nos anunciamos como si no tuviésemos más origen que nosotros mismos y como si hubiésemos sido nuestro propio principio, de tal manera que, al desfigurar nuestra naturaleza, estamos anulando a aquél de quien la tenemos: ciega impiedad, que puede darnos a conocer el camino que han seguido todas las prevaricaciones.

De esta sublime verdad de que *el hombre es un pensamiento del Dios de los seres*, se deduce una vasta iluminación sobre nuestra ley y nuestro destino: que la causa final de nuestra existencia no puede concentrarse en nosotros, sino que debe guardar relación con el origen que nos ha engendrado como pensamiento, que nos separa de él para operar fuera de las limitaciones de operación que le impone su unidad no subdividida. Pero ese origen debe ser, sin embargo, su meta y final, lo mismo que todos nosotros somos aquí abajo la meta y el final de los pensamientos que creamos, que no son más que otros tantos órganos e instrumentos que empleamos para cooperar en la realización de nuestros planes, de los que nuestro *nosotros* es siempre el objeto. Por eso es por lo que este pensamiento del Dios de los seres, ese *nosotros*, debe ser el camino por donde debe pasar toda la Divinidad entera, del mismo modo que nosotros nos introducimos todos los días completamente en nuestros pensamientos para hacer que alcancen la meta y el fin cuya expresión son ellos y para que lo que está vacío en nosotros quede lleno en nosotros, ya que ése es el deseo secreto y generalizado del hombre y, por consiguiente, es también el de la Divinidad, de la que el hombre es imagen.

Esta operación se realiza según las leyes de multiplicación espiritual por parte de la Divinidad que hay en el hombre, cuando él le ha abierto su vida integral y entonces la Divinidad desarrolla en nosotros todos los productos espirituales y divinos relacionados con sus planes, como nosotros vemos que, para lo que está relacionado con los nuestros, transportamos constantemente nuestras fuerzas y nuestros poderes a nuestro pensamiento, ya producido, para que puedan llegar a su perfecta realización; pero, con la diferencia de que los planes divinos, que nos vinculan con la propia unidad, son fuentes inagotables cuando quieren unirnos a ellos y, como tienen vida por sí mismos, operan en nosotros una serie de actos vivos que son como multiplicidades de luces, multiplicidades de virtudes, multiplicidades de alegrías que van

cada vez a más. Es más que una lluvia de oro lo que cae sobre nosotros, es más que una lluvia de fuego: es una lluvia de espíritus, de todos los niveles y de todas las cualidades, pues es una verdad reconocida que Dios no piensa sin crear su imagen, por lo que no hay más que un espíritu que pueda ser la imagen de Dios. Yo digo que por eso es por lo que recibimos en nosotros multiplicidades de santificación, multiplicidades de ordenación, multiplicidades de consagración y podemos difundirlas alrededor de nosotros, de forma activa, sobre todos los objetos que están fuera de nosotros y sobre las personas que tenemos cerca.

Tenemos un indicio de nuestro avance en este género cuando notamos considerablemente que las cosas de este mundo no existen y podemos compararlas físicamente con las que existen. Entonces, una sola sensación de la *vida* nos instruye más que todos los documentos y desbarata, como por arte de magia, todo el tinglado de la falsa filosofía, ya que esta comparación, cuando tenemos la satisfacción de poder hacerla, nos enseña la diferencia que hay entre el pensamiento vivo del Dios de los seres y este montaje confuso y tenebroso de todas estas sustancias mixtas, errantes y mudas, que componen la región material a la que estamos vinculados por las leyes de nuestro cuerpo. Se trata de una operación indispensable para pasar a la categoría de catecúmeno y para poner el pie en el primer peldaño de la escala sacerdotal.

Amigo mío, vamos juntos a preparar altares al Señor. Ve delante a preparar todo lo necesario para celebrar dignamente las alabanzas de su gloria y de su majestad. Sirve de órgano a mi obra, para anunciarla al pueblo, lo mismo que yo debo servir a la Divinidad para anunciar a todas las familias espirituales los movimientos de la gracia y las vibraciones de la luz. Y tú, Dios de mi vida, si alguna vez te place elegirme para ser tu sacerdote, ¡hágase tu voluntad! Todas mis facultades son tuyas. Me prosternaré en mi indignidad al recibir el nombre de tu sacerdote y tu profeta. Ayúdame solamente para que no haga que tus gracias pierdan su fuerza y para que se rompan en mí todos los escollos que mis iniquidades y mis debilidades han sembrado antes de mi elección.

Jamás me atrevería por mí mismo a pedirte que se apoyase tu mano sobre mí; pero, si por tu pura munificencia quieres poner tu mano sobre mí, no dudaré lo mínimo para que hagas en mi ser todo lo necesario para que sea útil a tus designios y no tengo en estos momentos más preocupación que ofrecerte la dedicación de mi fidelidad a tu servicio y una sumisión universal a todas las condiciones que quieras poner en nuestra alianza.

4

El hombre que, como es *el pensamiento del Dios de los seres,* se ha observado hasta el punto de que ha sometido sus propias facultades a la dirección y al origen de todos los pensamientos, ya no tiene dudas en su conducta espiritual, aunque no se encuentre protegido en su conducta temporal, si la debilidad sigue arrastrándolo todavía a situaciones ajenas a su verdadero objetivo, pues, al buscar siempre este objetivo verdadero, debe esperar los socorros más eficaces, ya que, al tratar de seguirlo y alcanzarlo, sigue la voluntad Divina, que es la misma que lo empuja e invita a que se dedique a ello con ardor.

¿Pero de dónde le viene esta forma de ser, tan ventajosa y sana? Es que, si llega a regenerarse en su pensamiento, lo hace pronto también en su palabra, que es como la carne y la sangre del pensamiento y, cuando se ha regenerado en esta palabra, lo hace pronto también en la obra, que es la carne y la sangre de la palabra. No es sólo que penetre en él el espíritu y circule por todas sus venas y se revista de él para darle el movimiento a todos sus miembros, lo mismo que nosotros hacemos que se muevan a nuestro gusto los vestidos que llevamos puestos, sino que en él se transforma todo en sustancias espirituales y angélicas, para llevarlo sobre sus alas a todos los lugares donde lo llama su deber. Así es como vendrá un día el juez soberano, en medio de santos y rodeado de millones de ángeles, para restablecer el reino de la verdad en todas las regiones que sean capaces de recibirla.

Entonces es cuando el hombre se da cuenta de que es. en espíritu y en realidad, el sacerdote del Señor. Entonces es cuando ha recibido el orden vivificante y puede transmitir este orden a todos los que se consagren al servicio de Dios, es decir, atar y desatar, purificar, absolver, sumir al enemigo en las tinieblas y hacer que reviva la luz en las almas, pues la palabra *orden* viene del término *ordinare* (ordenar), que quiere decir volver a poner cada cosa en su sitio y en su lugar, y ésa es la propiedad del verbo eterno que produce todo continuamente según el peso, el número y la medida. Y es tal, finalmente, el interés de la palabra por esta obra sublime, que se transformaría en hombre ella misma para venir a ordenarnos y consagrarnos, si no hubiese hombres que pudiesen imponernos las manos, pues ella sabe que es preciso que aquí abajo los órganos de la verdad estén encarnados en forma humana para poder sernos útiles.

No es en absoluto un simple efecto místico ni una simple operación metafísica lo que se produce en nosotros cuando el verbo divino nos regenera y nos

llama por nuestro nombre para hacer que salgamos de nuestra tumba, sino una obra viva, cuya sensación se nota físicamente en todo nuestro ser espiritual y corporal, ya que esta palabra es la vida y la actividad y. cuando Lázaro salió de su sepulcro a la voz del Señor, sus miembros no notaron esta sensación real tanto como nosotros la notamos en nuestra regeneración espiritual, porque, después de haber descendido a la tumba, su alma pasiva, que no podía captar la sensación de la muerte ni del frío sepulcral, no podía tampoco establecer comparaciones con la sensación de la vida que se introducía entonces en él y parecía que lo creaba por vez primera, mientras que nuestra alma inmortal no desciende al lago de su muerte espiritual sin volver a sentir todo su horror y, por consiguiente, cuando recupera la sensación de la vida, debe ser con una sensibilidad inexplicable.

En efecto, nos hemos dejado inmovilizar vivos y en plenitud de facultades por las cadenas del enemigo y notamos que esas cadenas nos destrozan y nos impiden hacer el mínimo movimiento. Si tuviésemos valor para detener a este enemigo y asegurarle que, según las intenciones de la voluntad suprema benefactora, estamos decididos a romper todas las ataduras que él utiliza para esclavizarnos; si le dijésemos con firmeza que debe estar seguro de que su dominio sobre nosotros va a quedar destruido y que además nos resulta cómodo, con los auxilios Divinos que nos rodean, romper este dominio, que nos resulta fácil romper una brizna de paja, y si finalmente, una vez pronunciada esta detención, no olvidásemos nada de lo que hace falta para llevarla a cabo y para mantenernos con perseverancia en esta resolución indispensable y necesaria, no hay duda de que veríamos pronto caer a nuestros pies todos estos impedimentos que tan horriblemente nos atormentan y sentiríamos y sustituiríamos dentro de nosotros, a la vez, todos los arrebatos de la verdadera vida, que sedan tanto más activos y deliciosos para nosotros cuanto más desprovistos de ellos hubiésemos estado. Éste es el paso completo de la muerte y la vida que puede sentir físicamente el alma del hombre en plenitud de facultades cuando, imitando la dulce y humilde sencillez del verbo y de la palabra, llega a recuperar su fuerza, su calor y su luz.

Una palabra más podrá, tal vez, ayudar a persuadirnos y a aumentar nuestro ánimo para trabajar en esta gran empresa, por lo que no vamos a callarla. El hombre, sometido a las leyes de su materia, está aprisionado y limitado por sus cuatro costados y, para atarlo de esta manera, ha sido necesario que se juntasen, formando una especie de unidad, los poderes, las fuerzas y las facultades que él había dejado salir de sí mismo y había diseminado por todas las regiones para producir el desorden de sus planos impíos y mentirosos: el enemigo

sigue apoyándose en las cadenas con que lo ha cargado y pretende con ello tratar como su juguete y su víctima a quien otras veces ha fingido que quería tratar como su amigo. Pero este doble peso, que reúne y concentra cada vez más, formando una unidad, los poderes y las facultades del hombre, le da, en su misma privación, una imagen nueva de esta unidad que él habría debido representar, en su justo desarrollo, y esta armonía concentrada, recuperando de forma natural una especie de relación con la armonía superior y libre, lo atrae insensiblemente a ella y ella recibe de él los auxilios que es capaz de recibir, según su medida torpe y restringida.

Por tanto, es cierto decir que nuestra liberación ha comenzado en el momento de nuestro castigo; es cierto decir que el cordero ha sido inmolado desde el principio del mundo; es cierto decir que la escritura tiene razón al recomendarnos la lágrimas y al felicitarnos por nuestras tribulaciones, ya que la medicina de la amargura es el único medio de que podamos recuperar el comienzo de nuestras relaciones con nuestra unidad armónica y primitiva. Finalmente, es cierto que la escritura tiene razón al enseñarnos que el que *se haga humilde y pequeño será ensalzado.*

Nos asombraríamos un poco de las maravillas sensibles y vivas que se producen en nosotros con nuestra regeneración, si penetrásemos con un poco más de profundidad de lo que lo hacemos en el conocimiento de la naturaleza del hombre. Lo hemos pintado como si fuese un pensamiento del Dios de los seres y hemos dicho que, cuando se regeneraba en su pensamiento, lo hacía también pronto en su palabra. Esto quiere decir que entonces se convierte en una palabra del Dios de los seres, lo mismo que antes era un pensamiento, y eso nos enseña, por tanto, que en un principio era a la vez un pensamiento y una palabra del Dios de los seres y que debe serlo todavía en estos tiempos, cuando tiene la suerte de verse restablecido en su naturaleza original.

Esa es la meta a la que deben dirigirse todos nuestros esfuerzos y sin la cual nos congratularíamos en vano de haber avanzado en la carrera de nuestro regreso a nuestro principio. Esto es también lo que nos ha restablecido en nuestro mismo trono y ha puesto a nuestros enemigos a nuestros pies. Al mismo tiempo. nos enseña cómo era nuestro poder en otros tiempos y cómo era el uso que habríamos debido hacer de él, ya que hoy día podemos hacer que sirva para lo mismo, pronunciando con fuerza esta palabra interna que constituye nuestro ser y que hace que tiemblen nuestros enemigos. No dejemos de contemplar esa meta sublime e indispensable a la que debemos dirigirnos; no descansemos, no escatimemos ningún esfuerzo hasta que sintamos que renacemos en

esta facultad viva que es nuestra esencia y hasta que, por la fuerza de su virtud, hayamos expulsado de nosotros a *todos los vendedores que han venido a instalar los puestos de su comercio en nuestro templo.*

Notaremos, incluso en esta ocupación, una claridad tan animosa para nosotros como gloriosa para el supremo autor de nuestra existencia. Si nosotros sentimos que no podemos regenerarnos nada más que en tanto en cuanto nos convirtamos en una palabra del Dios de los seres, es una prueba de que el Dios de los seres es también, por sí mismo, una palabra viva y poderosa, puesto que nosotros somos su imagen, y, a partir de entonces, nuestra similitud con Él se nos presenta de la forma más natural, más instructiva y más suave, puesto que en todo momento podemos convencernos de esta similitud y demostrar que en todos los instantes nosotros tenemos a Dios, lo mismo que Dios nos tiene a nosotros. Además, lo que manifiesta plenamente la gloria de este Dios supremo y la naturaleza espiritual de nuestro ser es que, a pesar de la dignidad y la fuerza de la palabra que hay en nosotros, no podemos esperar su renacimiento y su desarrollo nada más que en la medida en que la propia palabra Divina venga a reanimar la nuestra y a devolverle su actividad, aprisionada por las cadenas de nuestra prevaricación. Esto es, en resumen, sentir irresistiblemente que la palabra es absolutamente necesaria para establecer la palabra, axioma que ha pasado a las ciencias humanas y cuyo imperio indestructible se ha mostrado a los que no se han ocupado nada más que de las lenguas convencionales.

Este axioma, digo yo, encierra las verdades más esenciales, puesto que nos enseña, ante todo, que toda nuestra obra debe pasar al interior del hombre, como hogar invisible de nuestra vida divina, y, en segundo lugar, que esta obra sólo se puede realizar por la palabra de Dios o por la misma Divinidad.

Por este medio, nuestra inteligencia nos impide considerar como una regeneración para nosotros todo lo que tiende únicamente a *actos externos,* en los que nuestra esencia íntima no sirve para nada, ya que estos actos no están más vinculados a nosotros de lo que las obras de un pintor lo están al ignorante que las mira. Además, nos impide que consideremos como un medio de regeneración todos los agentes secundarios y todos los *caminos particulares* por donde marchan tantos hombres descarriados, pues todo esto sirve para el nacimiento de nuestro interior tanto como la aplicación externa de medicamentos a un enfermo que tiene viciada toda su sangre. Así, por este medio, nuestra inteligencia nos protege de grandes errores, en cuanto a nuestro progreso, y de grandes idolatrías, en cuanto a la Divinidad.

5

Este renacimiento de nuestra palabra interna no se limita a un simple efecto parcial y concentrado en un solo punto de nuestro ser interior, sino que se propaga en todas las regiones que nos constituyen y hace que resucite en ellas la vida en todos sus pasos. Parece que da los nombres propios y activos a todas las sustancias espirituales, celestes, elementales que se juntan en nosotros y les devuelve su vivacidad de movimiento y el poderoso ejercicio de sus funciones originales, lo mismo que en otro tiempo Adán ponía nombres a todos los animales e introducía su fuerza viva en toda la creación y en todas las obras y producciones de Dios que habían sido encomendadas a su administración libre. Además, estos dos testimonios, o sea, el de nuestra experiencia y el de la tradición, nos enseñan que ésa es la marcha progresiva de la Divinidad eterna en sus santas obras, restauraciones y rectificaciones, en las que, sin duda, la vida de su palabra Divina se extiende sucesivamente en todos los seres y en todas las producciones que quiere regenerar y que no se oponen a su acción. Y si, por nuestra propia experiencia y por la tradición de las actuaciones de Adán, sabemos que ésa es la marcha restauradora de la palabra Divina, se convierte en una nueva prueba para nosotros que haya sido esa la marcha creadora de esta misma palabra, ya que las cosas no se regeneran nada más que por el mismo medio que las ha creado. Por eso tiene razón San Pedro, cuando nos dice (Hechos, 4:12) que *no hay ningún otro nombre, bajo el cielo, dado a los hombres, por el cual podamos salvarnos;* ya que, antes de San Pedro, San Juan nos había dicho que *al principio era el verbo y que él era Dios y que sin él no se ha hecho nada de lo que se ha hecho.* Por tanto, no podemos encontrar un Dios salvador, un Dios santificador ni un Dios *fortificador* si no es en el Dios creador, lo mismo que no podemos encontrar un Dios creador sino es en el que es por sí mismo, cuya vida es la eternidad y cuya eternidad es la vida, aunque estas fuerzas distintas hayan actuado en diversas épocas y se hayan manifestado con propiedades diferentes.

Si, como hemos visto, la palabra es necesaria para establecer la palabra y, por consiguiente, no podíamos ser resucitados en nuestra palabra nada más que por el verbo, no podemos ser resucitados en nuestras demás facultades nada más que por facultades análogas; en nuestro *pensamiento,* nada más que por el *pensamiento;* en nuestro *movimiento,* nada más que por el *movimiento;* en nuestra *vida,* nada más que por la *vida;* en nuestro *espíritu,* nada más que por el *espíritu;* en nuestras *virtudes,* nada más que por la *virtud;* en nuestras *luces,* nada más que por la *luz.* Por tanto, deberíamos estar en una *movilidad* y

una actividad continuas, ya que los rayos más pequeños de lo que hay en nosotros deberían estar reactivados perpetuamente por las chispas similares que saltan incesantemente del fuego eterno de la vida.

Ése es el estado de los que, tras haber vencido al dragón, son elevados después de su muerte a la región del descanso y la felicidad; ése es también el estado de los que han roto aquí abajo las cadenas de su esclavitud y han abierto todas sus facultades a quien no pide nada mejor que penetrar en ellas y llenarlas; ése es, finalmente, el estado de aquellos sobre los que ha impuesto sus manos el espíritu, porque por esta imposición de manos reúne en ellos, formando una unidad, todas las subdivisiones espirituales que ellos habían dejado desperdigarse. También por este medio y en virtud de la unidad indivisible de la que este espíritu es depositario, los pone en el caso de imponer a su vez las manos sobre sus semejantes y de efectuar en ellos las mismas agrupaciones que han tenido lugar en ellos mismos cuando les impuso las manos el espíritu. Y ésa es la finalidad del sacerdocio, esos son los poderes, esos son los frutos de los que se han hecho merecedores y que están incluidos en la decisión divina.

Estos frutos ni siquiera parecen estar ya limitados, desde que el principio, después de haber sido puesto en actividad, se transmite en la misma medida y con la misma alteración, porque actúa siempre por la misma ley y siempre sobre la misma especie de desorden, que no es otra cosa más que una subdivisión. Además, es el mismo espíritu el que, en lo físico y en lo moral, hace por la imposición de manos que vea el ciego, que oiga el sordo, que camine el cojo, que se cure el enfermo, que resucite el muerto y que el esclavo sea puesto en libertad.

Encárgate, Dios mío, de todo lo relacionado con mi elección. Yo te diré, como Moisés, que lo único que puedo hacer es tartamudear y que todo mi ser se encuentra con una impotencia universal para cumplir con las obligaciones que impones a tu elegido. Admiro la gloria de tus profetas y de tus servidores. mi alma se estremece de alegría al sentir las dulzuras y los consuelos que les esperan, pero si no desatas tú mismo mi lengua, si no pones tu fuego en mi corazón y tu luz en mi espíritu, si tú no me trazas el camino a cada paso, y si no me empujas por ti mismo por los senderos que me hayas trazado, yo me quedaré sepultado en mi debilidad y seré un ser completamente inútil para tus planes.

Hombres que creéis en la virtud de la palabra y en los prodigios que realiza en el alma humana cuando quiere emplearla en sus diversas manifestaciones,

creed también en la progresión de sus fuerzas y en el crecimiento, aunque invisible, de las diversas manifestaciones que pretende que fructifiquen en el campo de la muerte en que vivimos. Porque esta palabra tiene vida por sí misma y, aunque esté fija y, en cierto modo, inmóvil en el centro de su esencia los movimientos que produce no pueden limitarse ni fijarse definitivamente en los lugares del tiempo. Vemos cómo se demuestra esta verdad en nosotros mismos por las progresiones que recorre nuestro espíritu y que hacen que parezca que toda nuestra vida no es más que una serie de crecimientos en los que los dones y las virtudes de una época desaparecen y se sustituyen por los dones y virtudes de la época siguiente.

Por eso es por lo que las acciones que envía la sabiduría a nuestra región no se quedan en ella, al menos bajo la misma forma, y también por lo que el hombre se engaña cuando piensa que estas acciones deben ser sensiblemente permanentes, porque, desde que les imprime con su pensamiento ese carácter de estancamiento, ya no puede sacar de ellas ningún fruto, puesto que el estancamiento produciría la muerte y todo debe ser espíritu y movimiento. Además, el movimiento del espíritu es como el del fuego, que va hacia arriba y en línea recta y desaparece enseguida de nuestra vista. Pero, no obstante, estas diversas acciones no tienden más que a llevarnos un día por sus diferentes grados temporales al verdadero descanso en el centro de la palabra eterna.

Hombres que creéis que el hombre es no sólo un pensamiento, sino también una palabra del Dios de los seres, no podéis evitar creer que el hombre es igualmente una de las operaciones divinas de este ser eterno. Si no fuese así, seríais seres incompletos, no seríais la imagen perfecta de Dios, porque Dios es, al mismo tiempo, el pensamiento y la obra eternos. Por último, no podéis dudar que no debáis ser una de sus obras, porque pretendéis continuamente realizar vuestras palabras con vuestras obras, lo mismo que tratáis de realizar vuestros pensamientos con vuestras palabras.

Lo mismo que vuestro pensamiento y vuestra palabra no pueden renacer sin el pensamiento y la palabra superiores, del mismo modo vuestra obra espiritual no se puede producir nada más que si actúa sobre vosotros el espíritu y eso es lo que hemos expuesto hasta ahora como imposición de manos: operación que es un acto de restauración en todas las elecciones que ha hecho Dios, enviando su espíritu sobre los hombres elegidos; pero que es más que restauradora en lo que concierne a vuestra esencia, ya que es esta triple acción de la divinidad la que os constituye y no basta con que la divinidad *piense* al nombre o *hable* al hombre, sino que es preciso todavía que *haga* al hombre.

Por tanto, no debemos ser continuamente otra cosa más que el efecto real de estos tres actos y la diferencia que hay entre Dios y nosotros está en que él es un Dios que piensa, un Dios que habla y un Dios que hace, mientras nosotros somos un Dios *pensado,* un Dios *hablado* y un Dios *hecho,* y esas son las maravillosas fuerzas, luces y virtudes destinadas a alimentar nuestro ser. Estos son, en resumen, los tesoros prometidos a nuestra alma, pues ya hemos anunciado antes que la divinidad debía pasar por completo a través de nosotros, para poder expandirse hasta el amigo fiel que espera de nosotros este alimento divino y para que, tanto por dentro como por fuera, podamos cumplir los planes originales de nuestro principio.

6

¡Pero qué terrible operación debe producirse en nosotros antes de que toda esta divinidad pase por completo a través de nosotros en su esplendor y en su alegría! Es preciso que pase de antemano a través de nosotros en su ignominia y su dolor, es preciso que el Dios que sufre pase por completo a través del alma concentrada y como petrificada por el crimen y la insensibilidad. Alma del hombre, súmete aquí, en la miseria, y prepárate para la operación más dolorosa. Es preciso que el Dios que sufre penetre en ti y resurja como un amanecer a través de tus sustancias más espesas y más duras, para darte tu existencia primitiva. No podrás regenerarte jamás si la operación no es universal y si el Dios que sufre en su pensamiento, en su palabra y en su obra no atraviesa por completo tu pensamiento, tu palabra y tu obra.

Amargura corporal, amargura espiritual, amargura divina, venid a estableceros en nuestro ser, ya que os habéis convertido en el alimento indispensable de nuestras tinieblas y de nuestra enfermedad. ¡Que la amargura espiritual del cáliz se una a nuestra amargura espiritual particular y forme así este medicamento activo y saludable que debe consumir todas nuestras sustancias falsas para dejar que revivan nuestras sustancias verdaderas amortecidas! ¡Desgraciado el que quiera rechazar este medicamento regenerador! No conseguirá más que aumentar sus males y hacer que, con el tiempo, sean incurables. Pues esta penitencia es de tal índole que es la única que puede hacer que resucite en nosotros el espíritu, lo mismo que el espíritu es el único que puede hacer que resucite la palabra y la palabra, que resucite la vida, teniendo en cuenta que hoy día no se puede hacer nada si no es por medio de concentraciones, ya que ése ha sido el origen del principio de las

cosas, tanto físicas como espirituales. Esa penitencia, repito, es de tal índole que da al hombre la poderosa tranquilidad de la confianza y la terrible fuerza de la calma, cosas tan desconocidas para los hombres del torrente, que no tienen nada más que el coraje de la desesperación y la fuerza de la ira. Ésta es la penitencia por la que el pastor se digna venir a disfrazarse de lobo, que somos nosotros, para salvar de nuestros dientes al desgraciado rebaño que nosotros devoramos, mientras que, con la penitencia humana y exterior, es el mismo lobo el que se disfraza con la piel del pastor, para devorar al mismo tiempo al rebaño y al pastor, separándolos al uno del otro. Ésta es la penitencia que borra de nosotros no sólo las manchas del pecado, sino hasta su recuerdo y su conocimiento.

Abramos, pues, nuestro ser a este poderoso médico, que quiere darnos la vida de la que él disfruta y cuya fuente es él mismo, y prestémonos, con acciones de gracias, a todos los detalles de sus procedimientos y de sus operaciones curativas, porque, si llegase alguna vez a entrar en nosotros y establecer en nosotros su morada, atravesaría pronto todas las sustancias por su acción siempre operativa, que hará que salgan de todo nuestro ser mil rayos de luz, de la que esta acción es, al mismo tiempo, el hogar y el origen.

Pero si, antes de que penetre en nosotros la divinidad y nos traspase en su esplendor y su gloria, es preciso que nos traspase en su ignominia y su dolor, también es necesario que haga en nosotros una operación primera y esta operación consiste en hacer que nos anuncie el ángel que el espíritu santo debe venir sobre nosotros, que la virtud del altísimo nos cubrirá con su sombra y que, por esa razón, el santo que nazca en nosotros se llamará el hijo de Dios. Y, para que se nos pueda hacer este anuncio, es preciso que estemos renovados en la verdadera inocencia y que *tres vírgenes* más antiguas que María nos hayan purificado en nuestro cuerpo, en nuestra alma y en nuestro espíritu: es decir, que nos hayan hecho vírgenes como ellas. Cuando, por nuestra constancia y nuestros esfuerzos, hayamos descubierto esta triple virginidad, se producirá en nosotros la anunciación y no tardaremos en darnos cuenta de la concepción santa que se produce también, lo que nos da la oportunidad de cantar el cántico de María, cuando nuestros seres queridos nos saluden y nos bendigan por el fruto de nuestras entrañas, lo mismo que María recibió el saludo y la bendición de Isabel.

Desde el momento en que se produce en nosotros esta concepción, no debemos escatimar ningún cuidado para hacer que llegue felizmente a su término, lo mismo que en el orden material cuidamos los días y la salud de una

esposa querida que nos da la esperanza de verla convertida en madre. Debemos controlar con atención todos los movimientos que se produzcan en nosotros y hasta los mínimos deseos espirituales y verdaderos que se nos sugieran. sin descuidar ninguno y sacrificándolo todo para satisfacerlos, para evitar que. por nuestra negligencia o nuestra parsimonia, que no es otra cosa más que nuestra pereza, se dé el caso de que perjudiquemos el crecimiento de nuestro hijo. Pero defendámonos también con cuidado de todos los movimientos falsos que no se deben nada más que a la fantasía, pues con ellos estaríamos dando a nuestro enemigo unos poderes que aprovecharía él para poner inmediatamente su sello y su carácter en *algunas partes del cuerpo de nuestra reproducción.* Imitemos, pues, en todo a la naturaleza, que emplea todas sus fuerzas para hacer que fructifiquen sus productos cuando nosotros no cometemos el delito de impedir su obra.

Es una sola y única fuerza, es un solo y único amor, lo que realiza nuestra reproducción corporal y lo que se encarga de mantenerla y conservarla. Actuemos de tal manera que, del mismo modo, la fuerza y el amor divino que realizan en nosotros la concepción espiritual alimenten ellos mismos su propio fruto; que la misma mano que ha plantado en nosotros esta planta la riegue todos los días y le quite todo lo que pueda perjudicarle. No temamos ni a las inquietudes, ni a las náuseas ni a los vómitos ni a los insomnios, pues no son más que sufrimientos que facilitan el crecimiento de nuestro hijo y es imposible que él adquiera sin todo esto una forma justa y sólida.

Digamos a nuestro enemigo: es el Dios que sufre el mismo que quiere construir en mí su edificio, es el Dios que sufre el que quiere mantenerlo, él mismo. No podrás defraudarlo. Cuanto más se acerque a mí el Dios que sufre, más seguro estaré contra los ataques, porque él tomará sobre sí mismo la carga que yo no podria llevar. Aunque yo esté colgando del abismo como pendiente de un hilo, aunque me encuentre en medio de leones voraces y de serpientes mortíferas que silban, este Dios que sufre está cerca de mí, este Dios que sufre está concebido en mí y, con un solo movimiento, por pequeño que sea, me apartará de todos estos insectos y reptiles venenosos, de cuya forma corporal han hecho tus inicuas seducciones que se disfrace corporalmente la desdichada posteridad del hombre. Lo único que pretende este Dios que sufre es hacer que entre en mí su carne, su sangre, su espíritu, su palabra, para introducir por fin el nombre poderoso que lo ha creado todo y que quiere también crearlo todo dentro de mí. Quiere hacer que planee con él por la región de la vida. para que me sea imposible volver a caer en los precipicios y en las regiones de la muerte.

Pernicioso enemigo del hombre, produces muchos sufrimientos; pero lo haces mediante una contracción de tu poder desordenado y engañoso contra las leyes eternas de la verdad y contra el orden inmutable de las cosas. Además, tus éxitos, cuando los tienes, arrastran al hombre a la nada, la muerte y las tinieblas; pero, cuando el Dios que sufre se acerca a nosotros y nos produce dolor, lo hace poniendo mesura, orden y verdad en contraposición a los desórdenes e irregularidades que has sembrado todos los días en los hombres y que sigues cultivando. Además, la contracción que realiza este Dios que sufre en los que la desean y van en busca de ella, termina siempre en alegría, felicidad y luz.

Efectivamente, para los que hayan sabido dejar que entre en ellos el Dios que sufre, el círculo de las cosas terminará con estos dulces consuelos, pues el círculo de las cosas no se compone más que de seres que están en contracción y sufriendo, lo que hace que el universo entero nos muestre al Dios que sufre, lo mismo que puede hacerlo el estado penoso de nuestra alma. Esto es lo que hace también que debamos considerar con respeto y agradecimiento todas las cosas de esta naturaleza encerrada, puesto que el más pequeño de todos nosotros es el fruto de la caridad divina que no cesa de modificar su amor por todos los medios posibles, con el fin de hacer que llegue su fuerza, su vida y su luz hasta nuestras regiones más materiales y más tenebrosas. ¡Feliz el que haya considerado al universo bajo este aspecto y haya recogido por este medio un gran número de esas chispas divinas, para prometerle una antorcha en el último día!

7

La sabiduría conduce al hombre por unos grados insensibles con el fin de no asustarlo por la inmensidad de la labor que tiene que realizar. También empieza diciéndole que debe servir de órgano y de cauce para toda la Divinidad entera, si quiere que su ángel disfrute de la paz y de las felicidades Divinas. Este consejo es tan consolador que el alma del hombre está como absorta de admiración y de alegría. Llora de sentimiento, llora de esperanza: es como si la propia imagen Divina hubiese venido a pintarse en todas las sustancias y hubiese sentido el dulce calor de la mano que ha manejado el pincel; pero. como ése es el final de la obra, esta sabiduría nos enseña enseguida que, antes de alcanzar ese término feliz, debemos ver que pasa a nosotros el Dios que sufre, puesto que es el único que puede encadenar a los voraces leones y a

todas las serpientes que circulan por nosotros y no dejan de asustarnos con sus silbidos o de emponzoñarnos con su veneno.

La sabiduría no nos descubre este gran combate hasta el último momento. para que, al estar preparados de antemano por los placeres que se nos han prometido en el Dios benefactor y por los medios que se nos han ofrecido en el Dios que sufre, podamos lanzarnos con más valor al campo de batalla y congratularnos con la victoria, pues con esta victoria es con lo único con que se trazan en nosotros los planos del templo y los diversos departamentos que comprende, entre lo cuales hay uno por el que el Santo de los Santos se comunica con nosotros, lo mismo que se comunicaba con el sumo sacerdote en el templo de Jerusalén. Sólo entonces es cuando se confirma en nosotros la anunciación del ángel y la concepción por obra del Espíritu Santo, de la que podemos esperar un feliz alumbramiento Divino, si cumplimos todos los requisitos de los que ya hemos hablado en este tema y si se nos imponen a la vez, por la sabiduría y por la necesidad de nuestra propia regeneración.

No es que, por nuestra victoria sobre estos animales feroces que tratan a diario de devorarnos, vayamos a tenerlos completamente fuera de nuestro círculo y sin ninguna relación con nuestra existencia. No. Están unidos a nosotros por la naturaleza de nuestra carne y de nuestra sangre y están destinados a verse arrastrados con todo nuestro ser en el círculo pasajero que recorremos, lo mismo que el abismo se ve arrastrado con el universo en el amplio círculo del tiempo; pero, del mismo modo que este abismo es arrastrado por el universo, sin que por ello le perjudique ni entorpezca la marcha de sus operaciones ni el cumplimiento de sus leyes, de ese mismo modo la región de nuestros animales voraces debe arrastrarse con nosotros, sin mezclarse en las funciones de nuestro espíritu, como si ocupase una morada distinta, sin ser para nosotros más de lo que es el abismo para el universo, es decir, para hacer de contrapeso y para que no nos remontemos a la región de la vida antes de haber tenido tiempo para purgar nuestros elementos espirituales, sin lo cual no seríamos admitidos en su seno.

Por eso es por lo que nuestras plegarias no son todavía más que gemidos, lamentos e invocaciones, en vez de ser contemplaciones, mandamientos, acciones de gracias, satisfacciones, como debieron ser en principio y como serán al final de todas las cosas para los que se dediquen al mantenimiento de la justicia y a la observación de las leyes del Señor.

Pues, cuando se creó al primer hombre, Dios no le dijo nada de que se lamentase ni de que pasase su vida en un mar de lágrimas, sino que le dijo que

lo estableciese a él en todas las obras de sus manos, le dijo que pusiese nombre a todos los animales, le dijo que llenase la tierra y la dominase; pero, desde la caída, la tierra está maldita y él no debe comer el pan si no es con el sudor de su frente. Por eso, la familia humana no tiene más remedio ni salvación que la súplica y el recurso a la misericordia del Señor, mientras que las nuevas prevaricaciones de las generaciones sucesivas no hacen más que acrecentar los males y la miseria del hombre.

Además, todos los enviados no le predican otra cosa más que que trabajen para que el hombre se limpie por completo del pecado, con el fin de que, con sus suspiros y sollozos, pueda conseguir que la palabra creadora, doliente, santificante y multiplicadora venga a fundar en él su morada, por no encontrar en él nada que la moleste, que pueda hablar por él en todo lo que lo constituye y en todo lo que él tenga que manifestar, o sea, que hable en el pensamiento del hombre, que hable en la palabra del hombre, que hable en todos los sentimientos del hombre, que hable en todos sus movimientos, en todas sus virtudes, en todos sus elementos, en su sangre, en su carne, en todos los órganos de su vida, en los alimentos de los que se nutre, en todas las sustancias que emplea en sus necesidades y, finalmente, que haga del hombre una oración universal. En una palabra, es preciso que seamos devorados como una presa por todas las fuerzas del Señor, antes de que él encuentre en nosotros su alegría y su consuelo y de que, habiéndonos consumido en sí mismo por el fuego creador de su propia vida, vuelva a darnos esa existencia primitiva libre y alegre, en la que no teníamos que hacer más que plegarias de júbilo.

¡Hay de vosotros, instructores humanos! ¡Cuánto os arrepentiréis algún día de haber abusado de las almas, llevándolas por caminos nulos, imaginativos e ilusorios, que les habrán dado una tranquilidad engañosa, proporcionándoles alegrías exteriores y comunicándoles sombras de verdades que les habrán impedido trabajar por la renovación del centro de su ser! Todas vuestras asociaciones emblemáticas no les habrán comunicado la vida, puesto que ellas mismas no la tienen. Vuestras asociaciones prácticas les serán todavía más funestas, si no es el espíritu lo que las ha convocado, reunido, constituido y santificado con sus lágrimas y las plegarias de su dolor. ¡Y dónde están estas asociaciones que nos serían tan saludables!

Sí, instructores ciegos, ignorantes o que presumís demasiado de vuestras fuerzas y vuestras luces, os arrepentiréis algún día de haber abusado de las almas. No bastaba con que, como consecuencia del crimen primitivo, estuviesen bajo el yugo del septenario temporal que las distrae y las desvía continuamente

de la sencillez de su línea, sino que las tendréis aún más apegadas a lo exterior con todas vuestras imágenes y vuestros símbolos y hasta es posible que terminéis separándolas por completo, alejándolas totalmente de ese punto central e invisible que es el único lugar de reunión que tenemos aquí abajo en nuestras tinieblas. Pues el alma mal dirigida encuentra aún más dificultades y el aislamiento de este septenario temporal. Esto es lo que hace que, por nuestra fuerza y nuestra imperiosa impaciencia, hagamos nosotros mismos nuestra existencia cien veces más desgraciada que la de las bestias.

Vosotros mismos seguiréis bajo el yugo de este septenario temporal, hasta que las almas que hayáis descarriado hayan podido recuperar su propio centro particular, para que puedan seguidamente recuperar su centro general, y os estremeceréis de vergüenza y de desesperación, mientras que, si hubieseis tenido más confianza en el espíritu, hubieseis reconocido que no tenía necesidad de vuestros medios artificiales y encubiertos para difundirse y, si hubieseis ido de buena fe, hubieseis dicho que había que empezar por procurar tener el espíritu vosotros mismos, antes de tratar de llevar a los demás a un espíritu que vosotros no teníais.

Amigos míos, tengamos cuidado con otro peligro que nos amenaza a todos: el de ser tratados como aquellos a los que se pide de nuevo la sangre de los profetas, no porque les hayamos quitado la vida temporal, sino por no haber aprovechado su espíritu más de lo que lo hicieron las naciones a las que ellos se dirigieron con su palabra ni más que los hombres del torrente, pues este espíritu de los profetas es su verdadera sangre que derramamos todos en todo momento, cuando no seguimos las lecciones que nos han dado e, intimidados por sus amenazas, no entramos bajo el dominio exclusivo del único y soberano ser que pretende gobernarlo todo por sí mismo, como si fuese el único que haya podido crearlo todo. Sí, ésa es la sangre verdadera que se reclamará a la familia humana, no sólo desde la sangre de Abel hasta la de Zacarías, sino también desde Zacarías hasta la que se vierta y profane mientras duren los siglos. Ésa es la sangre que derraman todos los días los Fariseos, los Escribas y los doctores de la ley que ahogan continuamente el espíritu del profeta, no sólo bajo el peso de la letra, sino bajo el peso de sus interpretaciones hipócritas y fraudulentas y bajo el de sus tradiciones supersticiosas en las que la verdad va siempre en declive.

Vigilemos, por tanto, día y noche, para que esta sangre del espíritu nos sirva de beneficio. Vigilemos para que no se nos reproche algún día que hemos dejado que se pierda y corra en vano. Vigilemos, porque es esta sangre la

que debe servir para la formación y el alimento del hijo espiritual concebido en nosotros por obra de la santa sabiduría.

8

Cuando el hombre reza con constancia, con fe, y trata de purificarse en la sed activa de la penitencia, puede suceder que oiga decir en su interior lo que el reparador dijo a Cefas: *tú eres piedra y sobre esta piedra edificaré mi iglesia y las puertas del infierno no prevalecerán jamás contra ella.* Esta actuación del espíritu en el hombre nos enseña cuál es la dignidad del alma humana, puesto que Dios no tiene reparos para tomarla como piedra angular de su templo. Nos enseña también hasta qué punto debemos nutrirnos de dulces esperanzas, ya que esta elección nos pone a cubierto de los poderes del tiempo y, más aún, de los poderes de las tinieblas y los abismos. Nos enseña, finalmente, lo que es la verdadera iglesia y que, por consiguiente, no hay en ningún sitio ninguna iglesia en la que no se advierta esta actuación invisible.

Pero veamos cuál es la razón de que esta actuación del espíritu constituya la verdadera iglesia. Es que es la palabra eterna la que se graba a sí misma en la piedra angular que elige, lo mismo que el reparador grababa su propia palabra en el alma de San Pedro, a quien hablaba cara a cara. Sin la impresión de esta palabra divina en nuestra alma, la iglesia no se eleva, lo mismo que vemos que, en el orden temporal, los edificios que se proponen construir los reyes no empiezan a levantarse hasta que, después de destinarlos a un uso, se inscribe el nombre del fundador en la primera piedra, que se considera puesta por él mismo.

Desde este momento, nos encontramos con el compromiso de vigilar con cuidado la construcción espiritual que se nos ha confiado, construcción que debe sernos tanto más atractiva cuanto más encontremos en nosotros mismos todos sus materiales y, bajo la inspección del que nos ha hecho este anuncio y con su ayuda, podamos llegar a ser, al mismo tiempo, el arquitecto, el templo y el sacerdote por quien será honrado en él el fundador Divino. Debemos, como un artista meticuloso y agradecido, poner en todas las partes de nuestro edificio el nombre del que nos ha encomendado el trabajo, sin olvidar un solo instante que este nombre sagrado, inscrito en la piedra angular, es también el que debe acompañar todos los crecimientos que va a tomar la iglesia en nosotros, marcar las decoraciones exteriores e interiores, regular las divisiones del templo, fijar

sus horizontes y determinar todos los detalles del culto que se debe celebrar allí eternamente.

En una palabra, la idea de este ser poderoso debe ser de ahora en adelante tan inseparable de nuestra obra como el pensamiento lo es de las palabras y de todas las obras de las que es fruto. Cuando nos sintamos contrariados en nuestra empresa o disminuyan nuestras fuerzas, tenemos derecho a interpelar con sus propias palabras al que nos ha dicho que queria fundar en nosotros su iglesia, tenemos derecho a recordarle que su palabra no puede quedar sin que se cumpla. Tal como ha prometido (Isaías 55, II) *mi palabra que sale de mi boca no volverá a mí sin fruto, sino que hará todo lo que yo quiero y producirá el efecto para el que la he enviado.* Honramos a Dios, al utilizar así los títulos que él nos da para con él, y lo único que nos pide es que hagamos de ellos un uso similar y la prueba de que lo honramos al actuar así está en que no tardamos en recibir el premio de nuestra confianza y en que pronto renacen en nuestro ser la paz y la luz, cuando hemos empleado este medio.

Levántate, hombre, todos los días antes de amanecer, para acelerar tu obra. Es una vergüenza para ti que tu incienso diario sólo levante su humo después de salir el sol. No es el alba de la luz la que debería invitar a tu plegaria para que venga a rendir homenaje al Dios de los seres y a pedir sus misericordias, sino que es tu plegaria la que debería llamar al alba de la luz y hacer que brille en tu obra, para que, acto seguido, pudieses verterla desde lo alto de este oriente celeste sobre las naciones dormidas en su inactividad y sacarlas de sus tinieblas. Sólo con esta vigilancia crecerá tu edificio y tu alma podrá llegar a ser parecida a una de esas doce perlas que deben servir un día de puerta de la ciudad santa.

Pues el alma del hombre ha sido creada para servir, al mismo tiempo, de recipiente y de intermedio de la luz y, lo mismo que los vasos transparentes y llenos de un agua límpida nos transmiten la suave y viva emanación de esos numerosos rayos que se concentran y preparan dentro de ellos, del mismo modo nuestra alma debe contener los rayos del infinito que salen del centro de la ciudad santa y unirlos a nuestras propias facultades, que son finitas, para que, al vivificarnos nosotros mismos por esta santa alianza y estar resplandecientes por la claridad de estos rayos, podamos hacer que salga de nosotros dicha luz más concentrada, más templada y más adaptada a las necesidades de los pueblos que cuando actúa siguiendo su propia dispersión y su vasta inmensidad. Para eso servirán y a eso estarán destinadas las puertas de la futura Jerusalén.

No te relajes, hombre de deseo, porque el Dios de los seres no tiene inconveniente en venir a hacer una alianza con tu alma ni tiene inconveniente en venir a realizar con ella esta generación divina y espiritual en la que él te aporta los principios de vida y quiere encargarte del cuidado de darles la forma. Si quisieras observarte con atención, notarías que todos estos principios divinos de la esencia eterna deliberan y actúan con fuerza dentro de ti, cada uno de ellos según su virtud y su carácter; te darías cuenta de que puedes unirte a esas fuerzas supremas, hacerte uno con ellas, transformarte en la naturaleza activa de su acción y ver que todas tus facultades crecen y se avivan por multiplicidades divinas; sentirías que estas multiplicidades se mantienen y crecen en ti todos los días, porque la impresión que habían transmitido a tu ser los principios de vida las atraería cada vez más y, al final, estos principios no harían en realidad más que atraerse ellos mismos en ti, puesto que te habrían asimilado a ellos.

Podrías, por tanto, hacerte una idea de los futuros placeres, cuyas primicias estarías ya saboreando. Tendrías deliciosos presentimientos de que, gracias a los favores misericordiosos del que te ha creado y quiere regenerarte, tu entrada en la vida está como garantizada por él y tú puedes decir, con una santa seguridad inspirada por él: *no se me ha dado mi alma en vano; se ha dignado hacer que renazca, para aplicarla a la obra activa a la que mi sublime emanación me daba derecho a aspirar y me promete además hacerme recoger algún día los frutos del campo, que él mismo ha querido cultivar por mis manos. ¡ Que este Dios de todo poder y de todo consuelo sea por siempre honrado por los hombres, como debería ser y como sería si fuese mejor conocido!*

Por tanto, ya podemos captar los bienes que se nos han prometido si seguimos manteniendo en nosotros ese espíritu de dolor o, mejor aún, el dolor del espíritu, o sea, esa amargura penetrante que tiene el medicamento espiritual por el que debe comenzar toda nuestra obra, porque no debemos olvidar que estamos todavía en el desierto y que no vislumbramos la tierra prometida nada más que por los relatos y las imágenes que nos ofrecen los fieles enviados que la han recorrido y, si resulta ser un consuelo para nosotros tener que esperar una herencia tan magnífica, no debemos perder de vista el único camino que puede llevarnos a ella.

No dejemos de decirnos unos a otros: la medicina espiritual quiere devolvernos la salud y la vida; el Dios universal quiere pasar todo entero a través de nuestro ser para llegar hasta el amigo que nos acompaña; quiere pasar como doliente, antes de hacerlo en su gloria, y quiere romper los vínculos que nos

tienen encadenados en la caverna de los leones y de las bestias feroces y venenosas y quiere regenerar nuestra palabra, por la impresión de su propia palabra, y quiere fundar en nuestra alma su propia iglesia, para que las puertas del infierno no prevalezcan jamás contra ella, y quiere unirse a nosotros para realizar con nosotros una generación espiritual, cuyos frutos sean tan copiosos como las estrellas del firmamento y puedan, como ellas, hacer que brille su luz en todo el universo. Y todos estos bienes que quiere facilitarnos quiere realizarlos en nosotros por la anunciación de su ángel y por la santa concepción de su espíritu, puesto que ésa es la meta final de todas sus manifestaciones. Alabémoslo en la magnificencia de sus maravillas y en la abundancia de sus tesoros, pero dediquemos nuestro pensamiento al camino y a seguir nuestro recorrido, para que estas santas meditaciones nos sirvan para mitigar las fatigas del viaje y no para detenernos.

9

¿Cómo podríamos dejar de abrigar dentro de nosotros el espíritu de dolor o, mejor dicho, el dolor del espíritu, cuando consideramos el camino temporal y espiritual del hombre sobre la tierra?

El hombre está concebido no sólo en el pecado, como decía David de sí mismo, sino que, además, está concebido por el pecado, en vista de las tenebrosas iniquidades de los que lo engendran. Esas iniquidades tenebrosas van a influir en él en lo corporal y en lo espiritual, hasta su nacimiento. Nace y empieza a recibir por dentro la leche contaminada con estas mismas iniquidades y, por fuera, mil tratos torpes que acaban deformando su cuerpo, incluso antes de que termine de formarse. Ideas depravadas, lenguas falsas y corrompidas asaltan todas sus facultades y las espían a su paso, para infectarlas tan pronto como él las manifieste por el menor de sus órganos.

Viciado así en su cuerpo y en su espíritu, incluso antes de haber empezado a utilizarlos, va a entrar bajo la falsa administración de quienes lo rodean en su primera edad, que sembrarán con abundancia gérmenes envenenados en esta tierra ya envenenada de por sí y lo alabarán si produce frutos parecidos, en este ambiente desordenado que se ha convertido en su elemento natural.

La adolescenciay la juventud no van a ser más que un desarrollo sucesivo de todos estos gérmenes. Un régimen físico, casi siempre contrario a la naturaleza,

va a seguir imponiendo a contrapelo el principio de su vida. Un régimen moral que destruye toda moral va a seguir perjudicando aún más a su ser interior y desviándolo de su línea, hasta tal punto que ni siquiera creerá que hay para él una línea a seguir. Su espíritu rechazará doctrinas de todo tipo por sus contradicciones o porque no le sirven nada más que para inducirlo a error. Absorberán su tiempo actividades ilusorias y le ocultarán en todo momento su verdadera ocupación.

Así es como, en medio de una tormenta perpetua, llega al final de su vida y allí, para acabar de poner el sello definitivo en el decreto que lo ha condenado a venir a este valle de lágrimas, se ve atormentado su cuerpo por los procedimientos de una medicina ignorante y su espíritu, por torpes consejos, mientras que, en esos momentos peligrosos, este espíritu no pretende nada más que entrar en su camino y tal vez sienta en secreto todo el dolor de verse apartado de él.

Cuando se piensa que todos nosotros estamos compuestos por estos mismos elementos, dirigidos por estas mismas leyes, alimentados por estos mismos desórdenes y estos mismos errores, que todos estamos inmolados por los mismos tiranos y que, al mismo tiempo, inmolamos a nuestros semejantes con estas mismas armas envenenadas; cuando, finalmente, se piensa que esta atmósfera nos rodea y se introduce en nosotros, nos da miedo de respirar, nos da miedo de mirar, nos da miedo de movernos, nos da miedo de sentir.

¿Qué es lo que puede pasar si se penetra en el hombre interior y espiritual y se reflexiona en los peligros que lo amenazan y que son incomparablemente más terribles que los que puede temer por parte de los hombres y de los desórdenes del mundo? Entonces es cuando siente la necesidad de que su espíritu lo arroje al desierto, es decir, de rectificar en sí todas las deformidades que la torpeza de los hombres y sus propios desvarios han sembrado en su ser, para que, cuando se haya liberado por completo de este régimen ilusorio, pueda dedicarse de lleno al combate del espíritu, que no empieza aquí abajo para los que se han dedicado al torrente, porque están arrastrados lejos del desierto y no saben ni siquiera que hay que reñir una batalla. ¡Además, se ve en este artículo cuántos hombres pasan sus días con toda tranquilidad!

Pero el que ha sentido el aguijón del deseo se lanza con valor a esta carrera en la que va a verse rodeado de peligros y de fuerzas enemigas que lo van a asaltar día y noche. El ardor de la victoria no le deja ver la magnitud del peligro y de las fatigas. Está decidido a todo, porque sabe que las recompensas

que le esperan lo abarcan todo. Por tanto, debe contar con que, al entrar en este desierto, se ven sometidas a prueba todas las facultades de su ser y con que no tiene ni una sola facultad, no sólo en su cuerpo, sino también en su alma y en su espíritu, que no deba sudar sangre y empapar las diferentes *tierras* a las que pertenecen estas diferentes facultades. Y esto sucede continuamente, hasta el día de la sepultura, porque, mientras permanezca en esta tierra de dolor, está en el reino de la mentira y el que domina en él no olvida nada para hacer que prospere su imperio.

Por eso es por lo que no debemos meditar nada más que mientras vamos caminando y siguiendo nuestro camino, en las maravillas que el Señor quiere hacer que brillen de vez en cuando en nuestras tinieblas; pero, sin una vigilancia muy estricta, incluso estas maravillas pueden ser funestas para nosotros, dado que el enemigo tiene poder para adueñarse de ellas y utilizarlas para su gloria, cuando no tenemos la prudencia de emplearlas para importunarlo: misterio de iniquidad que tiene medio inundada la tierra.

Pero, mientras tanto, una vez advertidos, como estamos nosotros, abramos también nuestros corazones a la esperanza y a la alegría y confiemos en que la misma mano que nos ha empujado al desierto, la misma mano que nos ha elegido para servir de cimientos para su iglesia, la misma mano que ha hecho que se produzca en nosotros una idea espiritual, nos acompañará en la prueba y no permitirá que el enemigo altere ni mancille en modo alguno los placeres que nos tiene reservados. Y estos placeres deben ser tan incalculables como lo son para nosotros los peligros y las fatigas de la prueba que tenemos que sufrir y deben ser algo más que su compensación, ya que la misericordia está siempre por encima de la justicia.

Además, todas las facultades de nuestro ser, después de haber vertido sudor de sangre, deben verter sudor de alegría y de placer: no hay ni una sola de nuestras fibras que no deba convertirse en uno de los torrentes de la vida y recibir ininterrumpidamente una acumulación de tesoros que establezca nuestra morada en medio de estas multiplicidades de luces, de estas multiplicidades de confianza, de estas multiplicidades de valor, de estas multiplicidades de esperanzas y de consuelo que ya hemos tenido oportunidad de describir y que nunca recordaremos demasiado para fortalecer la fe del débil e incluso para mantenerla en el que no es tan débil.

¿Por qué razón se nos han de dar tan grandes bienes? Porque es así como se da a conocer la medida suprema, cuando la hemos dejado que se adueñe de

todas las medidas que hay en nosotros; porque esta medida, que es la vida por esencia, no puede comunicar ninguna otra impresión a los que se acercan a ella; porque esta medida no pretende más que llegar a la unidad de nuestro centro, para gobernarlo mediante la misma acción por la que ella se gobierna y llevarlo con ella continuamente en la identidad de su movimiento. Ésa es la suerte que está reservada a los que hayan querido comer *el verbo.*

10

Ha llegado el momento del nacimiento. Las fuerzas superiores, después de haber formado en nosotros, por el espíritu, la concepción de nuestro hijo espiritual, han decretado por su sabiduría que ha llegado el momento de darle el día. Vamos a salir, por tanto, de estos abismos en los que hemos estado habitando, a los que el santo por excelencia no ha tenido miedo a bajar personalmente y a los que no tiene miedo a bajar todos los días para arrancarle sus víctimas y para liberar a los esclavos. Vamos a recibir, en el nuevo ambiente al que llegamos, unas muestras de cariño más vivas y más dulces que las de esta región tenebrosa de la que salimos y que, desde ese momento, consideramos como muerte.

Sin embargo, no tendremos conocimientos mucho más amplios o, mejor dicho, no recibiremos la luz en todas las ayudas de la vida, sin poder contemplar su origen y, mucho menos, sin poder apoderarnos de ella, los mismo que el niño disfruta de todos los bienes que sus padres y sus guías le proporcionan, sin que pueda darse cuenta de la forma en que se le prodigan todos estos beneficios.

Desconfía, por tanto, hombre, de esas luces precoces que te llegan sobre la naturaleza del ser que quiere gobernarte sin que te des cuenta. Es el Dios desconocido y quiere caer sobre ti, lo mismo que cae el sol sobre las humildes plantas y, cuando venga a ti con unos rayos tan brillantes y potentes que nos deslumhren, diles: me asombráis, me dais luz; pero, desde el momento en que puedo veros, no sois mi Dios, sino sólo una imagen de él. Mi Dios está aún por encima de vosotros, porque su acción debe ser eternamente para mí una sorpresa y un milagro, sin el cual yo no seria su hijo. Diles que quieres estar siempre y exclusivamente en manos de este Dios desconocido que se acerca a ti en secreto y te levanta para hacer que vueles seguro por encima de los abismos y colmarte de alegrías y consuelos mayores que si todos los tesoros de los cielos estuviesen abiertos ante tus ojos. Ése es el verdadero renacimiento, ése es el hijo querido que acaba de recibir el día.

Tiembla. Herodes. Tu trono está amenazado. Acaba de nacer un rey de los judíos. Los pastores han oido a los ángeles que cantaban el nacimiento de este hijo del hombre; los magos han visto su estrella en Oriente y vienen a visitarlo y ofrecerle su oro y su incienso. Por más que extermines a los hijos de Raquel para tranquilizar tus temores, este hijo es un niño que no se extermina por la mano del hombre, ya que no ha nacido de la voluntad de la carne ni de la voluntad del hombre ni de la voluntad de la sangre, sino que ha nacido de Dios. Por tanto, el Dios que lo ha formado sabrá vigilar sus días y hará que se refugie en Egipto, hasta que haya pasado el tiempo de tu furia y haya llegado el momento de la gloria de su hijo.

Y tú, hombre, no te ofendas al ver que naces en un establo y entre animales, porque no naces más que en la humillación, mientras que antes existías en los abismos. Estos animales van a hacer por ti lo que tú deberías haber hecho por ellos si hubieses conservado tus derechos: van a calentarte con su aliento, como tú deberías haberlos calentado con tu espíritu y haberlos conservado por su carácter y sus formas primitivas. Pero hoy día es tu forma la que te conserva, mientras que en otro tiempo tú habrías debido conservar tu forma. Irás pronto al templo para recibir la circuncisión y Simeón cantará el cántico de alegría al tomarte en sus brazos diciendo *que tú eres un niño nacido para la salvación y para la ruina de muchos.*

Se nos da poca instrucción sobre los cuidados que se deben prestar a la infancia. Sin embargo, hombre, este tiempo va a ser para tu hijo el más precioso de su vida, porque tú vas a ser, al mismo tiempo, tu hijo, tu padre, tu madre, todos tus servidores dedicados al más sublime de todos los trabajos. Que este hijo recién nacido se convierta para ti en el objeto de tus cuidados más constantes. Este hijo es amor y es amor Divino y todas las luces que se desarrollen en él no le llegan si no es por este mismo camino o, yo me atrevería a decir, por su nombre. Será una forma de hacerlo hombre en una época en la que tantos hombres no sólo son todavía niños o no han nacido todavía, sino que ni siquiera están aún concebidos, sin contar los que nacen por aborto ni los que han muerto después de mucho tiempo por otros mil accidentes, aunque los veas que caminan delante de ti, que están bien y que realizan perfectamente todas las funciones visibles del hombre.

Pero no olvides que este hijo es también el hijo del dolor, el segundo nacido de Raquel, que ha costado la vida a su madre, que es el único de los doce jefes de tribu que ha nacido en la tierra prometida y ha nacido después de que su padre hubiese ofrecido un sacrificio al Señor y le hubiese levantado un altar en Betel.

Si quieres conservar ese precioso vastago, aliméntalo todos los días con ios mismos elementos que le han dado el nacimiento; haz que en todo momento vaya cayendo sobre él la sangre de la alianza que debe protegerlo de la espada del ángel exterminador. Es más, haz que penetre continuamente en sus venas esta misma sangre de la alianza que debe dar la muerte a todos los egipcios y ha de ponerlo en situación de saquear un día los vasos de oro y plata con los que *celebran festines de iniquidad.* Deja que entre en sus venas esta sangre corrosiva, que no se permitirá el descanso sin haber terminado hasta con el mínimo vestigio del pecado. Verás entonces que los miembros de tu hijo van adquiriendo fuerza y consistencia.

¿Y por qué acumula esta sangre la vida así en los miembros de tu hijo? Porque es la sangre del dolor y no hay dolor sin vida, puesto que es una contracción de la muerte contra la vida y de la vida contra la muerte. Ésa es la razón de que cuanto más *dolores* haya también haya más *vida* y de que esta sangre de la alianza sea tan dolorosa, porque está compuesta de tinieblas y de luz, de corrupción y salud, de la naturaleza de la Divinidad, del tiempo y de la eternidad.

Haz, por tanto, que caiga en grandes gotas sobre tu hijo esta sangre de dolor; báñalo en este mar de dolor, que es el único que puede darle el sentimiento y hacer que lo conserve. Que se quede en él más tiempo que Jonás en la ballena, más tiempo que Moisés en la montaña, más tiempo que el arco sobre las aguas del diluvio, más tiempo que los hebreos en el desierto, más tiempo que todos estos hebreos en todos sus cautiverios. Que se quede allí durante toda su vida terrestre, porque sólo de esta manera la sangre depositará en su corazón, en sus huesos, en su médula, en sus venas, en todas las fibras de su ser, el elemento sacerdotal de donde deben nacer para él la lanza y la espada. Que coma todos los días este pan sacerdotal y se embriague con el vino de la cólera del Señor.

Que pase los días y las noches en los desiertos, que la muerte de los *leones* sea como los juegos de su infancia y que se anuncie a primera hora del día como alguien temible para las naciones, teniendo en cuenta que ha comido durante todos los días de su vida el pan sacerdotal. Llegarán tiempos en los que el elemento sacerdotal que se deposite en él hará que florezca a su vez el hisopo y el olivo, pues la sangre de la alianza se ha convertido en la sangre del dolor, únicamente para triunfar sobre la muerte y hacer que reine la vida.

Pero la lentitud del tiempo no debe hacer que no llegues a tu meta por impaciencia. Fíjate en la lentitud con que se forman las piedras de las canteras. Si no pasas del mismo modo una larga serie de periodos progresivos, no sentirás

que se deposita en ti una gran cantidad de sustancias reales y que se consolida de forma adecuada para poder formar esta piedra angular de la iglesia. En estas sustancias, mezcladas y consolidadas de esta manera, se acumula el fuego de vida y, cuando tiene su medida completa, fermenta, produce una explosión que rompe sus barreras, se inflama y se hace para siempre inextinguible.

11

Cuando Dios ve que, al darnos a él, no guardamos nada para nosotros, nos da a cambio una chispa sagrada que, por sí sola, es millones de veces más que nuestro ser y nos enseña todo lo que hemos ganado con este cambio. Sí, nuestro Dios es un Dios efectivo y real y lo que hace en nosotros debe ser efectivo y real como él mismo. Por tanto, no es una esperanza engañosa la que nos promete hacer que sintamos físicamente la espada divina, el soplo divino, el fuego del santuario y el contacto vivo de la fuerza activa y alentadora. Y nosotros mismos no estamos más que en las sombras y en las figuras, hasta que se produzca en nosotros este movimiento sagrado y sensible, lo mismo que el fuego de los cuerpos es nulo, en cierto modo, hasta que entra en contacto y en conjunción con todos los puntos del aire libre y de la atmósfera viva que lo rodea.

Para poder poner el pie en la línea, tiene que haberse producido en nosotros este gran movimiento y, según lo que se nos haya prometido, debemos ver qué es lo que nos cuesta franquear la barrera. Hazte *trizas*, hazte *girones*, como si pasases por zarzas y espinos; pero el tesoro está al otro lado de la valla. Te quedarás sin él si, para formar esta empresa, esperas a disfrutar de la tranquilidad y las comodidades de la vida, porque, si disfrutases de esta tranquilidad y estas comodidades, tendrías que olvidarte por completo de ellas para seguir adelante. ¿Cómo podrías soñar en apoyarte en ellas con esperanza, sin tenerlas todavía? Lo único que sabe hacer el enemigo es engañarte con sus recomendaciones ilusorias. En vez de discutir con él, sigue adelante sin decirle nada, porque, si lo escuchas, se aprovechará de ti hasta el fin de tu vida, con promesas halagadoras de situaciones más favorables que no llegarán jamás si no las creas tú mismo, es decir, si no las captas fuera de esta región de tinieblas.

A partir del momento en que se te presenten estas situaciones de aspecto favorable, el mismo enemigo, que se defiende, te pasará su factura y las irá reduciendo, hasta el punto de hacerlas casi inútiles, por no decir perjudiciales.

ya que te convierten en su esclavo y tributario, en vez de tener la libertad que habrías esperado; pero si creas esta situación fuera de la región de las tinieblas, no podrá imponerse el enemigo y ni siquiera se enterará de que existe tal situación y lo dejarás vagando por su abismo, sin que pueda darse cuenta ni de tus movimientos ni de tus éxitos.

No esperes, por tanto, que se produzca esta situación, si no es por tu valor y tu sacrificio. Son las únicas que pueden descubrirte los tesoros que te esperan, lo mismo que es un sol único el que produce los ricos colores del arco iris.

Pero no es precisamente que el enemigo reduzca, al pasarte su factura, las situaciones favorables que te haya hecho esperar durante mucho tiempo: cuando te vea decidido a avanzar, tratará de quitarte hasta las que tú disfrutabas de antemano, para ponerte más trabas. ¿No sabes que le pertenecen los reinos del mundo? Si no se los da por completo a los que lo adoran, por lo menos se los promete y no siempre se lo queda todo para él; pero se lo va quitando a los que no lo siguen, porque no debe sorprender que éstos, al no encontrarse bajo su influencia ni bajo la del mundo, que es una misma cosa, sean como extraños tanto a la una como a la otra y que el hecho de que se les quite esta influencia sea una gracia de lo alto. Es un indicio de su avance.

Amigo, es posible que te sorprendas de que te hable tan poco de las ciencias y te hable tanto de exhortación y advertencia. Se debe a que yo he sondeado la ciencia y he sondeado la exhortación. La ciencia es grande, es hija de la luz, es un fragmento vivo del sol eterno; pero no quiere conocer ningún otro órgano ni ningún otro camino más que el corazón del hombre. Cuando se ve obligada a aparecer por otra Entrada, se considera prostituida y se escabulle en cuanto puede. Además, hombre, amigo mío, si se te hubiese comunicado el cuadro universal de la luz y la antorcha de todas las revelaciones pasadas, presentes y futuras, es posible que no hubieses dado un paso todavía, si no hubieses empezado por abrir tu alma al espíritu de la vida y a esta medicina activa de la que todo tu ser tiene necesidad en todo momento, y, por el contrario, si abres un instante tu alma a este espíritu de la vida, notarás que caminas con toda naturalidad por el sendero de la luz y de la ciencia.

Además, ¿quieres ver por ti mismo los efectos de esta ciencia tan respetable y lo poco que ha beneficiado a los hombres? ¡La tierra está llena de monumentos de esta ciencia Divina y de los inmensos progresos que no ha dejado de producir desde el principio del mundo! Todo está escrito, dicho, publicado. No hay aquí abajo ninguna profundidad que no haya sido sondeada, no hay

secreto que no haya sido descubierto, ninguna luz que no se haya manifestado. Los hombres están saturados de tesoros de esta índole, están inundados, envueltos, abrumados con ellos, y. sin embargo, ¿qué camino ves tú que sigan en la carrera de la verdad y de la paz? Creen que su corazón está seguro, en cuanto su espíritu ve rayos de luz, y no piensan que, sin la medicina secreta y dolorosa, no hacen, con todas sus luces, más que lanzarse más a sabiendas al precipicio.

¿Quieres saber qué es lo que necesitan y lo que pueden esperar del camino, oculto y natural? Que una parte pueda destacar del promedio general y aportar a todo su ser este espíritu de medida, aplomo, equilibrio, exactitud, seguridad, certeza y confianza animada e irresistible, de la que es a la vez hogar, fuente, órgano, sello, carácter y el efecto continuo, majestuoso, universal y triunfante. Procura llegar a este nivel, a la vez delicioso y santificante; procura que no haya en ti en lo sucesivo nada que tenga algo de ti, pues, cuanto más encuentre el ti esta parte imperceptible, que yo llamo mesura, cosas que le pertenezcan, más lleno estarás de estas mesuras tan saludables, cuya sola presencia puede marcar la fecha de tu regeneración.

Yo quisiera que ellos, mis hermanos desafortunados, me creyesen y podría presentarles, sobre este tema, verdades llenas de consuelo. Yo les diría: estáis viendo que vuestra lengua y vuestro paladar pueden distinguir los sabores y las diversas propiedades de las sales; estáis viendo que las sustancias alimenticias está sometidas a esta distinción de vuestro órgano material; estáis viendo que vuestra inteligencia tiene el discernimiento de los espíritus y que por ella podéis probarlos, verificarlos, *saborearlos,* y juzgarlos, y, si descendéis aún más al fondo de vosotros mismos, descubriréis que vuestro corazón tiene el discernimiento de las intenciones, de las facultades, de las obras y de los movimientos de vuestro mismo Dios y que sois el órgano sagrado al que él quiere dejar que pruebe todo lo que él se digna enviar desde su centro eterno. Con esta lengua invisible, aunque imperecedera, se pueden probar todas las *sales Divinas* que la sabiduría envía continuamente a la atmósfera del espíritu.

¡ Ah, hombre! Purifica continuamente y sin descanso este órgano. Su utilización es tan dulce, la perspectiva que ofrece es tan sublime, que no sé cómo puedes permitir todavía que se cierren tus ojos, después de haber contemplado semejante maravilla. Por muy admirable que sea, dejaría de sorprenderte si recordases que toda la Divinidad entera debe traspasarnos por completo, tanto en el sufrimiento como en la gloria, ya que, si debe atravesarnos toda entera, no debe sorprendernos que estemos ordenados y formados para poder recibir su

discernimiento. Aprende aquí, por tanto, a simplificar tus ideas sobre el carácter y el empleo del profeta, compara tu elección y todo su ser con este hijo que acaba de ser concebido en ti por el espíritu y con todos los demás tipos que has ido conociendo, pues debes esperar encontrar lo mismo en todos los pasos.

12

Como nuestro Dios es un ser efectivo, todo debe ser efectivo en el que se acerca a él, así como en lo que sale de él. Por eso, si lo hemos buscado con una penitencia efectiva, una humildad efectiva, un valor efectivo, no podemos dudar que venga a nosotros con poderes efectivos, con dones efectivos, y que imprima en nosotros testimonios efectivos de su interés y de su *efectividad.* Pensemos también que, si por esa influencia efectiva Divina nos encontramos en una nueva situación efectiva de alegría, de luces, de fuerzas, de virtudes, de fe, de piedad, de santidad y si finalmente nos encontramos efectivamente en una atmósfera realmente viva, podemos esperar crear esa misma temperatura efectiva en todo lo que nos rodea, porque la *efectividad* verdadera y viva de nuestro Dios no pretende más que establecerse y difundirse, para que, siguiendo su deseo, todo esté lleno de él.

Cuando David escribió en el salmo ciento diez, versículo siete: *las obras de sus manos no son otra cosa más que verdad y justicia,* dijo más de lo que la inteligencia ordinaria puede captar en estas palabras y no hay posibilidad de comprenderlas efectivamente nada más que con la ayuda de esta influencia efectiva, para la cual todos hemos sido hechos y que nos es tan necesaria que no podemos renovarnos sin ella. Pero, además, desde que existe, debemos llenarnos de un ardor ilimitado para conseguir que penetre en nosotros en todo momento y que impregnemos con ella todas las obras de nuestras manos y todos los objetos de nuestras obras.

Sí, Dios de mi vida, tú me llamarás y yo te responderé inmolándote sacrificios efectivos, cuyos frutos y cuya recompensa serán vivir con tu espíritu, por tu espíritu y en tu espíritu. No quieres despreciar mi alma, por muy miserable que sea y por muy enferma que esté. Después de hacer que tome la medicina de amargura, harás que conozca también la medicina de la alegría y de dulcificación, y esta dulcificación consistirá en edueñarte de ella, en apremiarla por el impulso de tu mano en todos los movimientos que tenga que hacer y en no dejarla ni un instante sin ti.

Ven, humildad santa, ven a vivir en el sermón interior que oye mi alma todos los días dentro de ella misma, y une tu actividad a la palabra interior que me persigue, con el fin de que yo sea ininterrumpidamente un ser efectivo >. con tu mediación, el defensor Divino y universal se apoye en mi y me proteja de la cólera del Señor.

El hombre está tranquilo en medio de los abismos que lo rodean y se olvida de que sus enemigos son tan temibles que él no puede vencer ni el mínimo nivel de su poder sin que la propia fuerza Divina se ponga en movimiento y sin que cueste a Dios una actuación y un acto real de su fuerza y de toda su acción. El enemigo no ignora esta verdad y no se moverá mientras sigamos sin poner en juego nada más que nuestros poderes inferiores y propios del hombre tenebroso. Uno de sus grandes secretos está en abusar de los mortales con triunfos aparentes basados en plegarias débiles e ilusorias, que hacen que duerman el sueño de la muerte. Por eso es por lo que devora todos los días toda la tierra.

Pero, cuando tenemos la dicha de no apoyarnos en nuestras propias fuerzas y es, por fin, este ser poderoso el que personalmente actúa y opera, el enemigo tiembla y huye a sus antros oscuros, al no poder resistir la fuerza invencible del león de la tribu de Judá, *al que el eterno ha jurado, por su nombre temible, que le sería dado todo imperio.* Esta promesa categórica es la que asegura el triunfo por la sola presencia de este agente sagrado y hace que el enemigo sienta la diferencia que hay entra la palabra de verdad y una palabra variable o falsa.

Este enemigo de toda verdad tiene poderes a sus órdenes, que envia por delante de él como espías cuando lo persiguen o lo atacan en su propio país. Tiene a sus *órdenes perros y lobos,* que observan sí pueden devorar al caballero y a su montura y apoderarse después sin problemas de todo el aprisco; pero, en cuanto se dan cuenta o simplemente sienten al león de la tribu de Judá, huyen despavoridos, ya que este león de la tribu de Judá tiene armas afiladas a prueba de todo. Sus armas no tienen ni siquiera necesidad de moverse: al acercarse, tiembla todo ante él.

No busquemos otro jefe. ¿No es él quien ha llamado al alma del hombre y le ha dicho: *sobre esta piedra edificaré mi iglesia?.* Pero nuestra alma abarca e impregna todo nuestro ser, lo mismo que el espíritu del Señor abarca e impregna todo el universo. Por eso, cada parte de nosotros, cada una de nuestras facultades, cada uno de nuestros pensamientos, cada uno de nuestros movimientos pueden convertirse en otras tantas iglesias en las que se honre por

siempre el nombre del Señor. Por eso es por lo que *el nombre del Señor será alabado desde Oriente hasta Occidente, de Norte a Sur y en toda la superficie de la tierra.* Esas serán las funciones de este recién nacido, al que el espíritu acaba de darle el día, pues su ministerio se propagará en el cuaternario, con lo que el hombre tendrá que dedicarse a las funciones Divinas en el ángulo de Oriente; a las funciones espirituales, en el ángulo del Norte; a las funciones de orden mixto, en el ángulo del Oeste, y a las funciones de la justicia, de la lucha y del juicio, en el ángulo del Sur. Después vuelve sobre sus pasos, para purificar y santificar de nuevo las regiones y hacerlas parte de sus triunfos, para venir a continuación a rendir homenaje al universo triunfante, sin el cual no habría ningún conquistador.

Pero, digámoslo una vez más, es en estas profundidades del alma humana en las que el arquitecto debe poner los cimientos de la iglesia y es preciso que lo haga con *la carne, la sangre y la vida* de nuestro verbo y de todo nuestro ser. Ese es el trabajo más duro de la regeneración, el que se realiza en esta sustancia íntima de nosotros mismos. En medio de los suplicios que puede sufrir nuestro cuerpo, podemos sufrir otro aún mayor en nuestra alma.

Eso es lo que sucedió al reparador que no pensaba en la muerte de su cuerpo cuando pedia que se alejase de él aquel cáliz. Finalmente, está ese combate del espíritu, ese dolor con el que no se puede comparar ningún otro dolor y que, por su propia grandeza, nos pone en la situación de soportar todos los demás con una especie de indiferencia.

Y, si estuviésemos completamente decididos a hacer que penetrase nuestro espíritu vivo en todas las subdivisiones y zonas de nuestro ser, para llevarles la vida y el renacimiento, no tendríamos en cuenta para nada los males ordinarios a los que nos exponen nuestra naturaleza y nuestra vida temporal y no habría ya ningún dolor que pudiese compararse con el nuestro; pero, al mismo tiempo, ¿dónde estarían las alegrías que podrían finalmente compararse con las nuestras?

Conoceríamos con ello, en poco tiempo, toda nuestra historia. Nos enteraríamos de que nacemos en lo divino, que tomamos forma en el espíritu, que rectificamos la apariencia y que separamos la iniquidad y que estas cuatro grandes operaciones se realizan por la impresión de la fuerza, del amor y de la santidad sobre nuestro cuerpo, nuestro corazón y nuestra frente, todo bajo el aspecto del gran nombre central que planea por encima de nosotros, para vivificarnos, como vivifica a todos los seres cuyo centro único y universal es él por siempre.

13

Cuando el reparador fue a Betania para resucitar al hermano de Marta y María, que estaba muerto desde hacía cuatro días y olía mal, dijo con voz potente, al lado del sepulcro: *Lázaro, levántate* Es a ti, alma humana, a quien se dirige la palabra, más aún que a aquel cadáver, que no era más que el símbolo del verdadero renacimiento, y es ahí también donde puedes encontrar un nuevo detalle de ese cuadro general cuyo tema eres tú y que abarca todo el conjunto de las cosas.

Si has comprendido de antemano que la anunciación del ángel puede repetirse para ti, lo mismo que la concepción y el nacimiento del hijo de la promesa, no te sorprenderá que la resurrección de Lázaro pueda repetirse también para ti, sino que también, por la misma razón, te das cuenta de que esta operación preliminar te resulta indispensable, puesto que llevas muerto cuatro días (tus cuatro grandes instituciones primitivas que ya no sabrías llenar) y puesto que difundes por todas partes la imperfección. La voz del reparador se acerca a tu sepulcro y te grita: *Lázaro, levántate.* No hagas como hicieron los judíos en el desierto. No endurezcas tu corazón ante esta voz y sal inmediatamente de tu féretro. No faltarán personas serviciales que te quiten las vendas. Recuerda después que, si se te ha dicho *Lázaro, levántate,* no ha sido nada más que para que, a tu vez, repitas voluntariamente a todas tus facultades dormidas *Lázaro, levántate* y para que esta palabra se extienda de forma continua por todas las partes de tu ser. Entonces es cuando podrás esperar *sentarte a la mesa* con el Señor.

Alma humana, recuerda que una tierra se enriquece con los frutos que produce, porque las semillas que recibe en su seno producen las plantas por los jugos que sacan de ella y que hacen que descienda sobre ella el rocío del cielo. Alma humana, más fecunda que la tierra corruptible en la que estás aprisionada durante algún tiempo, tú puedes, más que ella, atraer y hacer que fluya sobre ti el rico y fecundo rocío. Esos son todos los tesoros que deben enriquecerte para siempre, ya que, si te dices con toda sinceridad *Lázaro, levántate,* puedes esperar que el consejo celeste venga a deliberar hasta tu propio seno y envíe después su palabra sagrada a todo tu ser, para hacer que se cumplan en él sus decretos y que lleguen en abundancia a todas sus sustancias elementales, espirituales y Divinas las santificaciones eternas que no pretenden más que borrar el tiempo (esa mancha que se ha echado sobre el cuadro de la vida) y que querrían que *todo lo que existe tomase el nombre universal del anciano de los días,* desaparecida esa imagen que se llama *hoy.*

Este es el nombre que han llevado todas las cosas antes de su materialización y éste mismo es el nombre que pretenden llevar de nuevo cuando se haya realizado la obra, para que la unidad esté completa en nosotros, no ya por leyes subdivididas, como las que constituyen, rigen, engendran y destruyen la naturaleza, sino por una plenitud de acción que se desarrolla incesantemente y sin el doloroso accidente de las contracciones y las resistencias.

Si el consejo celeste ha de deliberar hasta en nuestro propio seno, de ello sale para nosotros una ley poderosa que lleva en sí la impronta de un terror sano. No deberíamos permitirnos un acto ni un movimiento que no fuese consecuencia de una deliberación de este consejo celeste que el mismo Dios no teme en absoluto tener en nuestra alma. De esta forma, nuestras obras no deberían ser más que la realización viva y efectiva de un decreto Divino pronunciado en nosotros, lo mismo que nuestra existencia espiritual es la realización continua del nombre sagrado que nos ha producido y nos produce continuamente.

Hombre, si esta perspectiva te parece interesante, si te parece agradable vislumbrar al hombre bajo un día como éste, pon manos a la obra y que esta espera consoladora anime tus esfuerzos para que hagas nacer en ti una aurora tan bella, de tal magnificencia, que ningún cuadro podría dar una idea de ella y, al mismo tiempo, tan rica que, por más que te desprendieses continuamente de todo para ofrecerle tu ser en toda su sumisión y en toda su plenitud original, pensarías que aún no le habrías ofrecido nada en comparación con lo que ella puede ofrecerte.

Recuerda, una vez más, que todos los decretos de este consejo celeste no pueden tener como finalidad nada más que la paz, la gloria, la felicidad y la difusión del reino de la vida, por lo que, desde el momento en que el consejo celeste quiere pronunciar en ti tales decretos, cada uno de tus pasos y tus movimientos debe ser una victoria, una ejecución de algún juicio Divino, una liberación de algún esclavo y un crecimiento del reino de la luz, y todas estas obras son otros tantos himnos a la gloria del que ha venido a deliberar en ti sobre ellas y a decretarlas y que quiere confiarte su realización para transmitirte por este medio chispas de esta alegría Divina e inmortal, que es el elemento primitivo de tu existencia. Anímate. La empresa requiere tus cuidados y tu atención; pero al cabo de poco tiempo te sentirás compensado de tus trabajos y te dirás: ¿Cómo no va a ser Dios un ser incomprensible, si veo que el hombre tiene también este privilegio y que, para que lo reconociesen sus semejantes cuando vuelve a su ley, haría falta que los cielos y la tierra se renovasen para ellos, sin lo cual no es a sus ojos más que una masa muda y sin valor?

Pero, si quieres instruirte aún mejor en tu ley, piensa cuál es la primera liberación de este gran consejo celeste que se produce en ti. La primera y, por así decirlo, continua liberación que se produce es que el Dios que te ha formado se convierte por ti en el Dios que sufre. Sí, Dios dice siempre: *olvidemos mi gloria, para salvar al hombre; humillémonos, para levantarlo, y llevemos la cargas que él ya no puede llevar por sí mismo.*

Esta idea te enseñará que este decreto debe afectarte de una forma aún más directa, por lo que has de sentir que la deliberación de este gran consejo es que tú estés también en el sufrimiento y en el combate, si quieres alcanzar la victoria. Además, este decreto, tomado en su totalidad, se subdivide inmediatamente y se extiende a todos los aspectos de tu vida y de tu existencia. Piénsalo bien. No hay ni un instante en el que no se delibere en este gran consejo Divino que debes dedicarte por completo a la ley suprema de la que dependes, que debes ser puro, que debes ser humilde, que debes amar a tu hermano, que debes tener ambición por acumular todas las virtudes del espíritu y de la verdad y sembrar, al menos, el deseo de ellas en las almas de los que están en la indigencia. Así, pues, en cuanto te descuides un instante en la práctica de estas obligaciones, eres refractario a la ley, eres un prevaricador.

Piensa, alma mía, que es el mismo Dios el que llora en ti, para que tú puedas, por sus propios dolores, alcanzar los consuelos. Piensa que lloró antes de decir a Lázaro: *levántate.* Piensa que llora a cada momento en todo tu ser y que no pretende más que establecer su propio ayuno o su propia penitencia en tu centro elemental, en tu centro espiritual y en tu centro Divino. Si Dios llora en ti, ¿cómo te negarías a llorar con él, cómo te opondrías a dejar que circulen libremente por ti esos torrentes inflamados de la penitencia sagrada, en los que el amor eterno te invita a hacer tu morada con él, para que, a continuación, tú hagas también tu morada con él en el júbilo y en la vida? Actúa de tal manera que no seas más que dolor, suspiros y lamentaciones, porque ya sólo así podrás ser la imagen y semejanza de Dios.

¿Harás tú como aquellos habitantes de Babilonia que, irritados por las predicaciones de los dos testigos del Señor, los mataron e intercambiaron presentes para felicitarse de haberse librado de aquellos hombres inoportunos? ¿No sabes que esos tres testigos resucitan al cabo de tres días y medio y que se toman las más terribles venganzas contra quienes los hayan despreciado y maltratado? No trates así a *los testigos* que te profetizan todo el día, pues, por más que los apartes de ti con desprecios, sólo lo conseguirás por un momento y no tardarán en volver con toda su fuerza a castigarte con todo el rigor de la

justicia, cuya administración le ha confiado su maestro, que es el tuyo. Escucha con atención a estos testigos sagrados y actúa de tal manera que no oigas jamás otra voz que la de ellos, porque su voz es la del propio consejo celeste y Divino que quiere descender desde la morada de su gloria para venir a deliberar en ti y convertirte, si tú lo quieres, en una realización viva y continua de sus deliberaciones inefables.

14

¿Cuál es este alma que parece tan contenta y llena de alegría? Es un alma que Dios acaba de visitar y a la que acaba de dejar las pruebas preciosas de su amor y de su riqueza. ¿Ves cómo rebosa de delicias y de abundancia? Es porque él se ha mantenido con ella fiel a la promesa que ha hecho de atender a quienes lo invocasen. Además, después de recibir estas riquezas, el alma va a imponer la justicia entre sus prevaricadores, va a restablecer el orden y la medida sobre *la tierra,* va a afiliarse a todas las *sociedades espirituales* que la reconozcan como uno de sus miembros, va a morar para siempre en el *Este Divino,* su primera patria, porque el Señor ha pronunciado sobre ella la palabra creadora que ha desarrollado a la vez todas las propiedades, todos los dones, todos los atributos de los que ella es el ensamblaje y el agente. Ha pasado por encima de ella su ojo vivificante y ella se ha visto regenerada en todo su ser, lo mismo que toda la naturaleza se regenera ante las miradas vivificantes del sol.

Eso es lo que el hombre puede esperar cuando persevera con constancia en su plegaria y cuando no se detiene en los impedimentos imaginarios que el enemigo le presenta continuamente como obstáculos insuperables. Una confianza firme en el fuego sagrado que nos anima, una confianza todavía más firme en el origen de donde procede este fuego, que no puede dejar de dirigir hacia él sus miradas, su calor y su luz, hacen que desaparezcan enseguida estos ataques débiles de nuestro enemigo, que no tienen fuerzas nada más que en nuestra pusilanimidad y en nuestra indecisión.

Pronto también viene el Dios de la vida a visitar nuestra alma y podemos decir con alegría: Dios vive en mí, Dios va a vivir en mi penitencia, va a vivir en mi humildad, va a vivir en mi valor, va a vivir en mi caridad, va a vivir en mi inteligencia, va a vivir en mi amor, va a vivir en todas mis virtudes, porque ha prometido que sería uno con nosotros tantas veces como lo invoquemos en el nombre del que él nos ha enviado para que nos sirva de señal y de testimonio

entre él y nosotros. Esta señal o este testimonio es eterno como el que nos lo ha enviado. Asimilémonos a esta señal y a este testimonio y participaremos de su Divina y santa seguridad y estaremos como él tan llenos de vida que quedarán lejos de nosotros la segunda y la primera muerte y nos serán completamente ajenas.

El enemigo trata muchas veces de infundirte una inseguridad, no para enriquecerte con la aparente sabiduría con que la tiñe, sino para detenerte en tu marcha, porque debe resultarle completamente contraria. Se trata de saber si debes atreverte a invocar el nombre del Señor y la señal que te ha enviado antes de haber disipado por completo todos los obstáculos que te rodean o si, para luchar contra estos mismos obstáculos, debes servirte del nombre del Señor y de todas las fuerzas que lleva consigo. El enemigo, que cree en la eficacia de estas armas, te insinúa continuamente que no eres lo suficientemente puro para utilizarlas y hasta se pone algunas veces en primera fila, bajo unos colores impresionantes, para acobardar tu valor y detener tus resoluciones. Otras veces, sabiendo que estás mal preparado, te sugiere que invoques el nombre del Señor, para, a la vista de los malos resultados, convencerte de que todavía no debes dedicarte a una empresa tan sublime y santa y que sería mejor que esperases otra oportunidad.

Ten cuidado con todas estas insinuaciones. Habría en ellas más pereza que virtud, más desconfianza que verdadero valor, más tinieblas que luz. Ante todo, llénate de la persuasión profunda de que la verdad se impone sobre la mentira, lo mismo que la vida se impone sobre la muerte; llénate de la persuasión profunda de que basta con que lleves una conducta regular y atenta, para que el enemigo no tenga sobre ti más que una influencia débil, si no encuentra base para consolidarse y aferrarse; llénate de la persuasión profunda de que la verdad se impone sobre la mentira, lo mismo que la vida se impone sobre la muerte; llénate de la profunda persuasión de que has nacido a la vida y no existes más que en la vida y por la vida y que debes volver a la vida. Finalmente, llénate de la persuasión profunda de que la vida universal y sagrada lo único que pretende en todo momento es reanimar todo tu ser y mantenerlo en la armonía activa y eficaz de todas las facultades que lo constituyen.

Lánzate después con valor al camino de la plegaria y de la súplica, sin pensar en los obstáculos que te hubiesen detenido, de no haber tenido esta precaución, ni pararte siquiera a analizarlo. Dirígete con ardor a los diferentes lugares de tus sacrificios. Implora al padre, invoca al padre, conjura al padre, únete al padre cuando quieras ofrecer el sacrificio en el altar eterno del que

mana la fuente de la vida y de la existencia de todos los seres. Sírvete con confianza de su nombre, él mismo estará a medias contigo, puesto que tendrás la intención de difundir su propio remo y el enemigo no podrá oponerse a tu obra y se mantendrá a una distancia muy grande. Será para esta obra y para tu sacrificio como un ser nulo y completamente extraño.

Cuando quieras ofrecer tu sacrificio en el altar de la regeneración espiritual para santificar tu ser, purificarlo y llenarlo con los tesoros del amor, implora el nombre del hijo y tu corazón se convertirá en una víctima de consuelos, de tal forma que no creerá más ni siquiera en los poderes aflictivos de tu enemigo y sentirás que los vientos más favorables llevan suavemente tu barco por encima de las olas, sin la mínima sensación de peligro ni de escollos.

¿Quieres, por fin, ofrecer tu sacrificio en el altar de las poderosas *virtudes* del espíritu en el tiempo? Implora el nombre del espíritu, invoca el nombre del espíritu, conjura el nombre del espíritu, únete al nombre del espíritu y la naturaleza recuperará para ti su medida, su orden y su equilibrio y no verás alrededor de ti, en ti ni por encima de tí nada más que armonía, felicidad y perfección.

Si el enemigo se levanta envidioso de tus éxitos, habrás adquirido fuerzas para luchar contra él con más ventaja que si te hubieses quedado en esa timidez peligrosa que te sugería intencionadamente y entonces podrás utilizar con mayor provecho esos mismos nombres que deben, sin duda, protegerte tanto que pueden iluminarte y santificarte, ya que está escrito que *el que invoque el nombre del Señor se salvará.*

Confía en esta ley, que es infalible y que nunca debe estar de acuerdo con las prudencias ilusorias del enemigo. La única virtud que nos pide Dios es la confianza, por lo que el único error que podríamos cometer con él es la timidez, la indolencia. Pero, además, desde el momento en que has tomado esta santa decisión y has preparado las armas sagradas, considérate enrolado en la milicia Divina y espiritual y piensa que la mínima negligencia puede hacerte indigno de llevar el nombre de soldado de la verdad; piensa que la mínima negligencia puede exponerte a tomar el nombre de Dios en vano, piensa, finalmente, que en lo sucesivo será para ti un crimen dejar en tan sólo una ocasión de ejercer tus santas funciones y dar un solo paso sin utilizar el nombre del Señor, porque está escrito: *dichoso el que persevere hasta el fin.*

No hay necesidad de ocultarte la enorme diferencia que debes encontrar en estas invocaciones distintas. No hay ninguna comparación entre el trabajo de

conservación que tenemos que hacer y ese otro, por el cual la sabiduría se sirve de nosotros para restablecer el orden y la armonía en la clase elemental; no hay ninguna comparación entre ese trabajo y el que tenemos que hacer para unirnos a las funciones del espíritu; no hay ninguna comparación entre ese trabajo y el que tenemos que hacer para ir a beber en las misma fuente Divina. Cuanto más nos preparamos, más suaves, simples y naturales nos parecen estos trabajos, lo que constituye una de las demostraciones más vivas de que hemos nacido para la paz y para la felicidad y de que las horribles revoluciones por las que pasamos en las diversas regiones de este mundo son todo lo contrario de lo que debería ocuparnos si estuviésemos en nuestra ley y disfrutando de los privilegios de nuestro destino primitivo.

Alma humana, sólo tu experiencia te dará más instrucción sobre todas estas doctrinas. Trata de elevarte en la región pura, simple y Divina. Procura quedarte en ella el tiempo suficiente para impregnarte de la influencia eterna y dulce que la llena y disfrutarás alegrías tan penetrantes y, al mismo tiempo, tan tranquilas y pacíficas, que todo el universo, a pesar de la belleza de sus leyes y de las fuerzas espirituales que lo rigen, te parecerá una especie de superposición extraña a la naturaleza Divina. Te darás cuenta de que no tienes necesidad de la presencia del espíritu para ser feliz cuando estés en presencia de Dios y que, por consiguiente, es Dios y no el Espíritu el que es tu fuente.

Y, cuando desciendas de esta región suprema a la región del espíritu, sentirás una forma de ser de la que podría prescindir tu verdadera naturaleza y que no puede ni siquiera suavizarse, si no es considerando esta situación como una consecuencia de los decretos superiores que te aplican a una obra secundaria y que tienen derecho a emplearte como les plazca. Cuando desciendas a la región elemental, tu situación te parecerá aún más extraña, con lo que puedes juzgar lo que será cuando desciendas a la región tenebrosa.

Pon, sin embargo, en todas estas obras diferentes la sumisión más completa a las voluntades de quien te las envía. Procura o, mejor dicho, no olvides que debes realizarlas todas en su nombre y, si quieres conocer ahora un profundo secreto, no salgas jamás en pensamiento y en espíritu de esta región suprema. Une continuamente los tres nombres eternos y los que no salen jamás de su recinto Divino con los tres nombres Divinos temporales que dirigen las tres operaciones temporales. Este será el medio de ser como Dios en la eternidad y en el tiempo, a la vez. Lo que estoy proponiéndote tiene tan poco de imposible que puedes hacer en ti mismo la experiencia más segura, observando la semejanza que hay entre las facultades internas y externas de tu espíritu, tema que

necesitaría toda una obra en exclusiva y que. por esta razón, no trataremos en este escrito.

15

Si el hombre está muerto en todas su facultades, no puede producirse ni un solo movimiento de su ser sin que se pronuncie en él esa palabra que ya hemos mencionado: *Lázaro, levántate.* Y, si el hombre quiere después aumentar su inteligencia, verá que no es sólo sobre él sobre quien el reparador profiere continuamente esta palabra, sino también sobre todo el universo y sobre todas las partes del universo, pues no hay en él nada que no esté sumido en las tinieblas de la muerte y que no tenga sufrimiento, según el pasaje de la epístola de San Pablo a los Romanos, 8, 19-23.

Esta verdad que siente el alma, cuando se despoja de todo y se concentra. le demuestra cuáles son las enormes consecuencias de la prevaricación y le hace conocer, por la experiencia de todos los momentos, que habitamos la tierra de la muerte y el dolor; pero siente, al mismo tiempo, que no hay para ella un instante en el que esta palabra de salvación no pueda verse seguida de una resurrección.

Jacob levantó un altar en Betel, después de luchar con el ángel; Moisés construyó un monumento de piedra después de pasar el mar Rojo; Josué hizo otro parecido después de cruzar el Jordán; David depositó el arca santa en la montaña de Sión, después de derrotar a los filisteos que se habían apoderado de ella, por lo que se ha hecho tan famosa esta montaña; la tierra prometida está casi toda ella llena de testimonios sagrados que dan pruebas del progreso del pueblo elegido y de los favores que han acompañado todos sus pasos.

Hombre elegido antes que Israel, fíjate un poco en ti mismo, en la universalidad de los bienes que se te han prodigado y en los que puedes esperar cada vez más si perseveras, y verás que no se debería producir ni un solo movimiento en la más pequeña de tus facultades sin que éste terminase viendo que se levanta un altar al Señor y que todo tu ser es esa tierra prometida que debería estar llena de los monumentos de su gloria, de su amor, de su poder y de las conquistas que él querría en todo momento que ganases sobre los inicuos habitantes de esta tierra santa, a la que nunca deberían haberse acercado

Sí, cada acto de la palabra sagrada querría erigir tantos altares en tu pensamiento, en tus deseos, en tu amor, en tu humildad, en tu fe, en tu valerosa actividad, en tu caridad, en tu inteligencia, hasta que no hubiese nada en ti que no estuviese dedicado a ofrecer sacrificios en honor del Señor, para que, al irradiar al Señor por todos los puntos de tu existencia purificada y santificada de este modo, todas *las naciones* te encontrasen siempre ocupado, como los levitas, en el mantenimiento del fuego sagrado y siempre dispuesto a recibir sus ofrendas y a hacer que lleguen sus plegarias hasta el trono del eterno.

Así es como la palabra Divina querría hacerse oír en todas las regiones del universo, repitiéndoles sin cesar por medio de tu voz: *Lázaro, levántate,* porque, si es la voz del hombre la que ha vertido el crimen y el veneno sobre el universo, es la voz del hombre la que debe llevarle la luz, la sabiduría, la mesura y la armonía. Ése es el hombre nuevo, por el que suspira la Divinidad; ése es el hombre nuevo que hay que llamar de nuevo *de todas las lenguas, de todas las naciones, de todas las tribus, para que venga a adorar en Jerusalén;* ése es el pueblo santo, ésa es la nación escogida, cuyos hijos deben tener, según los profetas, *a las reinas por amas de leche y ha de ver a los reyes besar el polvo de sus pies.* Isaías, 49, 23.

Hombres poco reflexivos, enseñáis que los hombres enemigos de la verdad vendrán a perseguir a los pueblos cristianos, lo mismo que en otros tiempos las naciones paganas vinieron a perseguir y atormentar al pueblo judío; pero ¿dónde están los pueblos cristianos para que se les pueda atacar físicamente? ¿Es en las circunscripciones locales en las que podéis establecer un nombre semejante? Vosotros mismos, que lleváis el nombre de cristianos, ¿cuáles son las partes de vuestro ser que merecen de verdad ese nombre? ¿No os dais cuenta de que ese *pueblo elegido* está diseminado por todas las subdivisiones de vuestra existencia corrompida y tenebrosa, lo mismo que el pueblo judío está subdividido bajo vuestros ojos entre los gentiles y entre todas las naciones bárbaras e impías que componen el globo? Pues lo mismo ocurre con el pueblo cristiano, que está diseminado por todas las regiones, por todos los climas, por todas las naciones, por todos los pueblos. Su fuerza está demasiado dividida para llegar a levantar la envidia de sus enemigos y éstos no perturban su paz, mientras no se les dé una disculpa y una ocasión para perseguirlo y atacarlo.

Haced la prueba vosotros mismos. Mientras dejéis que vuestro nombre de cristiano vaya degradándose y arrastrándose en la servidumbre y la ignominia por los diferentes *pueblos* que os tienen sometidos, os dejan tranquilos y no os

piden nada, porque ya os han quitado todo y no tienen nada que buscar en vosotros; pero, si tratáis de unir por un momento vuestras fuerzas dispersas, si convocáis a *este pueblo* en todas las naciones y todas las tribus, veréis que rápidamente el enemigo se opone a esta unión y trata con todas sus fuerzas de obligaros a una nueva dispersión, porque ése es el único medio de establecer su reino y poder triunfar.

Debéis saber, por tanto, que ocurre lo mismo con el pueblo cristiano, considerado en todo su conjunto y como familia divina. Mientras esté disperso, como está, por todas las naciones, sufrirá servidumbres y sumisiones vergonzantes; pero no soportará los ataques personales de los enemigos, porque ahora no forma todo un cuerpo como pueblo. ¿No debe ser todo espíritu y vida en esta familia divina? ¿O es todo espíritu y vida en las circunscripciones locales de los pueblos que llevan en la tierra tan alto el nombre de cristianos? Enemigos visibles y humanos podrían atacar estas circunscripciones nominales y aparentes, sin atacar a la familia divina de los cristianos, que es espíritu y vida, y, por la misma razón, haría falta algo más que enemigos visibles y humanos para atacar a esta familia divina, que es espíritu y vida, si estuviese unida.

Esperad, por tanto, a que se colmen las medidas, esperad que llegue el momento de convocar, en todas las lenguas, en todas las naciones y en todas las tribus, a esta familia divina, dispersa hoy día por todos los pueblos. Cuando empiece esta congregación, el enemigo reunirá también sus fuerzas y no le faltarán órganos ni instrumentos que se conviertan en ministros de sus perversos proyectos. Entonces será cuando la familia divina de los cristianos tendrá verdaderos sufrimientos, porque tendrá que mantener violentos combates, en los que algunas veces parecerá vencida y en los que la gloria del enemigo se hinchará, hasta tal punto que creerá que ha conseguido la victoria.

Pero la misma voz que haya congregado a esta familia divina de todas las lenguas, de todas las tribus, de todas las naciones, no dejará que perezca su obra, porque será espíritu y vida, lo mismo que nuestro ser interior, en su cualidad de familia divina, particular, sería también sensiblemente para nosotros espíritu y vida, si tuviésemos más confianza en las fuerzas y en los medios eficaces que la sabiduría y la misericordia divinas no dejan de prodigarnos.

Esta voz suprema que habrá congregado a la familia divina de todas las lenguas, de todas las tribus, de todas las naciones, se pondrá ella misma a la cabeza de esta milicia santa y no permitirá que sea derrotada. Le comunicará su propia fuerza y romperá todas las trampas que le haya tendido el enemigo.

Confinará a todas estas naciones bárbaras en sus regiones, a las que regresarán cubiertas de vergüenza y confusión por haber creído que podrían apoderarse de la unidad. Al volver así a sus regiones, no volverán a encontrar allí a los diferentes miembros de esta familia divina que habían tenido tanto tiempo bajo el yugo y volverán contra ellas mismas todo el furor y la rabia que hubiesen querido descargar sobre sus víctimas y su presa.

Con independencia de las experiencias personales de todas estas verdades que puedas tener por ti misma, alma humana, se abren temporalmente ante ti caminos que sirven de preparación y encaminamiento para estas grandes sacudidas. Pero todavía no están en actividad y todo lo que pasa y ha pasado desde hace unos siglos por delante de tus ojos no te ofrece más que pueriles imágenes de lo que está reservado para los últimos tiempos. El enemigo no actúa nada más que mediante artimañas, trucos y subterfugios, porque la familia divina de los cristianos no está todavía congregada nada más que de una forma simbólica.

Cuando se congregue de verdad, el enemigo actuará abiertamente y todo tendrá actividad, tanto en el ataque como en la defensa. Prepárate siempre para lo que venga, como si tuviese que llegar ahora mismo, porque no sabes la hora y esta hora puede llegar también a cada uno en particular desde el momento en que haya tomado la decisión sincera de reunir su propia familia. Además, el medio más eficaz de conseguir la mejor preparación es empezar por ser tú mismo tu prosélito predilecto y no descansar hasta que, por tu perseverancia, tu sacrificio y tus exhortaciones continuas, hayas logrado entrar en el seno *de la iglesia y de la verdad.*

16

Sembremos una semilla más y dejémosla crecer, lo mismo que hemos hecho con todas las semillas que hemos sembrado ya en este escrito. Después recogeremos los frutos y las cosechas, a medida que se nos vayan presentando. Esta semilla es el arca de la alianza. Ved los trabajos que ha soportado el pueblo judío para transportar el arca de la alianza a través de los desiertos, para cruzar las aguas del Jordán, para arrancarla de las manos de los pueblos impíos que se habían apoderado de ella y que habían querido ponerla entre sus ídolos, como uno más; pero observad, al mismo tiempo, con qué pruebas de alegría y de júbilo llevó David este arca a la montaña santa, en espera de que se construyese el templo del eterno.

Es necesario que esta obra santa se produzca en nosotros, para que podamos decir que estamos admitidos en la categoría de los sacrificadores del eterno. *El arca sania* está en cautividad en nosotros. *Impíos,* que no saben distinguir la luz de las tinieblas, la retienen en sus moradas de iniquidad, le hacen mil ultrajes, no se contentan con ponerla al mismo nivel de sus falsas divinidades y quieren que sirva de escarnio para ellas, quieren que sea su esclava, quieren que sea como si no fuese nada ante divinidades que no son más que la nada.

Es preciso que saquemos este arca santa de esas manos criminales que la ultrajan; es preciso que crucemos con ella los desiertos, en medio de *los pueblos* armados para atacarnos, y la conservemos en nuestro poder. Es preciso que la sintamos salir de debajo de los escombros que la sepultan y pasar a través del hombre viejo, haciéndole gritar de dolor, hasta que lo haya superado y se haya puesto de nuevo a flote por encima de él.

¿Ves a qué precio se puede conseguir de los cuerpos que la tenían encerrada ese aire activo que utiliza la física? Solamente violentándolos con cáusticos y librándolos de la putrefacción. Lo mismo ocurre con el hombre viejo, que debe quedar disuelto de una forma así de violenta por el mismo fuego sagrado que tiene enterrado en sí mismo y es preciso que, a cada grado que recorra este fuego para recuperar su libertad y su esplendor, disuelva, corroa y pudra todas las sustancias heterogéneas que componen hoy en ti al hombre de tinieblas y al hombre de la muerte. Es preciso que estas mismas sustancias se descompongan y se deshagan cuando se les acerca este fuego sagrado, como le ocurrió al ídolo de Dagón con la presencia del arca santa. Es preciso que los habitantes de *Betsamés* estén heridos de muerte para que se atrevan a mirar esta arca santa cuando la conduce así el Señor y que aterrorizados la envíen rápidamente a la villa de Cariatiarín. Es necesario que, cuando *David* la lleve desde *Obededón* hasta *Sión,* tengas siempre cerca de ti *siete coros* de música y que, cada *seis* pasos que den los que transporten el arca, inmoles *víctimas.*

Es preciso que hagas que entre así en la *ciudad santa* entre gritos de alegría y al son de las trompetas y que, cuando la hayas colocado en *el lugar* que tiene destinado, ofrezcas holocaustos en acción de gracias y bendigas al pueblo en el nombre del Señor de los ejércitos. No te detengas ni siquiera ante los desprecios de *Mikal. Mikal* comparte los sentimientos de *Saúl,* su padre, y será castigada con la esterilidad, del mismo modo que *Saúl* será privado del trono.

Recuerda ahora que, al ser tu palabra la imagen de la palabra eterna, no debe tener menos efecto que esta palabra divina, cuya imagen es. Recuerda

que. cuando has pronunciado un decreto contra el enemigo, con toda la seguridad y toda la confianza de tus derechos sobre él, no puede dejar de verse cazado y arrojado a sus abismos, si sabes acompañar tu decisión de toda la tenacidad y la constancia. Piensa, pues, cómo van a difundirse y aumentar tus privilegios. Esta misma seguridad, esta misma garantía, esta misma tenacidad, que no es otra cosa más que el vivo sentimiento de la grandeza de tu ser nutrido e iluminado por la verdadera luz, debe seguirte en los demás detalles de tu obra y en las demás regiones de tu circunferencia.

Preséntate, pues, con la misma segundad en las regiones elementales. Deberás esperar a que la *virtud* que lleva consigo el *arca santa* haga que se separen las *aguas* delante de ti, para poder pasarlas sin peligro; a que haga que se convierta el *rocío* en maná saludable para alimentarte en tus necesidades; a que haga que mane *agua de las rocas,* para apagar tu sed, y a que haga que caiga *el fuego del cielo* sobre *tus enemigos.*

Preséntate con la misma seguridad a la región del espíritu y la *virtud* que va unida al *arca santa* te pondrá en contacto con los ministros del Señor que te dirigirán en tus combates contra tus adversarios, te darán conocimiento de la *tierra prometida,* te instruirán en las *leyes sagradas* que tú deberás poner en práctica, si quieres conservar su posesión, y que, tanto *de día* como *de noche,* marcharán en tu presencia, para que no te apartes de los caminos del Señor.

Esta *virtud* que lleva consigo el *arca santa* te hará entrar en las asociaciones de los patriarcas y de los profetas, para que eleves tu pensamiento hasta las regiones divinas, superiores a esas regiones imaginarias que te ves obligado a recorrer con tanto sacrificio. Te demostrarán con su ejemplo que la vida divina tiene como objeto animar tu alma y que es la morada más entrañable que puede tener. Lo verás por tus afectos particulares y también por la dulce paz y la seguridad celeste que verás que reina en toda su persona y comprenderás entonces que esta vida divina es nuestro verdadero elemento natural y que sólo en ella recibimos sin desorden, agitación ni trabajo, el maná verdadero que crea en nosotros la vida en toda su plenitud, al no tener que sufrir ninguna separación.

Preséntate, con la misma segundad, a la región divina y la virtud que va unida al *arca santa* hará que se te abran las *puertas eternas* y que desciendan sobre ti chorros de esas influencias vivificantes de las que se llenan para siempre las moradas de la luz. Este *arca santa* será el primer receptáculo y hará que disfrutes de las promesas destinadas a los que hayan hecho un uso decidido de la medicina de amargura, del que depende nuestra renovación universal. Se

convertirá en el órgano de los oráculos sagrados y bastará con que te pongas en su presencia para que ios oigas, pues la voz de nuestro Dios es una voz viva, que no se interrumpe a partir del momento en que haya comenzado, y los sonidos de esta voz sólo pretenden llenar toda la universalidad con su dulzura encantadora y tan sin igual que no podemos concebirla mientras no haya adquirido por completo todo nuestro ser una sustancia nueva y no se haya transformado en todas sus partes en una especie de eco Divino.

Esta misma *arca santa* encargará al gran sacerdote de la orden de Melquísedec que te ponga él mismo los hábitos sacerdotales, después de bendecirlos, y te dé por su propia mano las órdenes santificantes, por medio de las cuales podrás, en su nombre, derramar consuelos en las almas, haciendo que. por tu proximidad, por tu verbo purificador y por la santidad de tus luces, se den cuenta de que pasamos en la esclavitud, las tinieblas y la muerte todos los momentos en que no estamos directamente en la atmósfera de Dios. Y tú serás en su mano como los soldados en mano de aquel centurión *que dice a uno «ve» y va; «ven» y viene.*

17

Este niño, anunciado en ti por el ángel, este niño, concebido en ti por la protección y la obra del espíritu, este niño, nacido de ti bajo los auspicios del eterno, este niño, digo yo, se acerca a la edad de doce años. Deja que sus padres terrestres sigan el camino de regreso, cuando van, siguiendo la costumbre, a celebrar la fiesta en Jerusalén, y él se queda *en el templo,* se sienta en medio de los *doctores,* escuchándolos y preguntándoles, y *todos los que* lo escuchan quedan asombrados y encantados de su sabiduría y de sus respuestas.

Si cuidas con esmero la educación de este hijo recién nacido que se te ha otorgado, verás también que, a los pocos años, asombrará a *los doctores* que lo escuchen en ti en silencio y *esos doctores* serán las dudas que la materia y las tinieblas de los falsos educadores habían creado en tu seno; las insinuaciones continuas que el espíritu de mentira te había sugerido todos los días de tu vida, antes de que este recién nacido hubiese visto el día; pero, en cuanto dé sus primeros pasos en la sabiduría, cambiará en ti, con su doctrina y sus respuestas, todas las incertidumbres y todas las inquietudes con que te habías dejado llenar y que de inmediato se convirtieron para ti en sugerencias, en demostraciones, en convicciones

Transportará la unidad hasta ponerla delante de tus ojos, dentro de tu corazón, en tu espíritu, hasta en las últimas ramificaciones de tus facultades, y hará que la veas y la toques con los sentidos en todo lo que puede ser objeto de tus especulaciones y hasta te hará confesar que no conoces la mesura m la perfección, a no ser cuando esta unidad reina en las obras que contemplas, y que tú mismo no tenías problemas ni extralimitaciones, si no era porque esta unidad no había nacido todavía para ti y en ti.

Así, pues, *todos estos doctores,* que te habían seducido y extraviado, quedarán ellos mismos atónitos al ver el impeno de la palabra del hijo y el parecido que tiene la luz que él difunde con nuestra claridad natural. Todos los días descubrirán algo nuevo a la luz de esta antorcha que brillará ante ellos y tendrás el placer de ver pronto en ti *mil pueblos* que se convierten por sus discursos y sus instrucciones y se hacen sinceros adoradores de la verdad, hasta tal punto que no tardarás en ser, tú solo, una gran familia de fieles que no dejarán de elevar día y noche templos a la gloria del autor supremo, dominador y regulador de todo lo que existe.

No te sorprenderás de que este hijo querido dé pruebas de privilegios tan grandes, si piensas que, desde su nacimiento, no ha dejado de comer el verbo y que, por consiguiente, podrá hacer que lo coman, a su vez, todos los que presten oídos a sus palabras. No te sorprenderás de que te haga comerlo en abundancia, ya que este hijo querido será tú mismo y no tendrá más misión que la de convertir en ti todo lo que había dejado de ser tú.

Recuerda la ley de los hebreos del Levítico, 27, 28. *Todo lo que se ha consagrado una vez al Señor será para él como si se tratase de algo muy santo.* ¿Podía no estar consagrado al Señor este hijo querido, teniendo en cuenta que su concepción había sido anunciada por orden del Señor, que había sido concebido bajo la sombra y por obra del espíritu del Señor, que incluso había nacido bajo los auspicios y por el poder del Señor? ¿No estaba este hijo dedicado por naturaleza al Señor, lo mismo que, por naturaleza, un hijo está dedicado a su padre? El reparador no fue ofrecido en el templo y consagrado al Señor nada más que como hijo del hombre y como ser vestido con el hábito del esclavo que viene a reclamar su liberación. Tu hijo, por el contrario, es el hijo *de la mujer libre,* es el hombre regenerado, es el niño espiritual nacido en la región del espíritu y de la vida y como tal ha sido presentado en el templo y consagrado al Señor por el derecho propio de su nacimiento, lo mismo que el verbo eterno está consagrado al anciano de días antes de la formación de los siglos, puesto que es este verbo el que ha formado los siglos.

De esta forma, el hijo amado que se te ha concedido no se ha presentado en los templos que no están construidos más que por la mano de los hombres; no está consagrado en los altares figurativos y bajo los ojos de los sacerdotes que no reciben su carácter nada más que en lo temporal, pero, al estar consagrado a su padre Divino y bajo los ojos del sacerdote eterno que, al realizar su propia concepción, le ha impuesto las manos del espíritu, no es sorprendente que no haya tenido más alimento que el espíritu y el verbo, no es sorprendente que crezca en sabiduría, en edad y en gracia ante Dios y ante los hombres; no es sorprendente *que todos los que lo oyen queden embelesados y admirados de su sabiduría y de sus respuestas.*

Tú, que no eres más que su madre, estás afligida porque ha dejado que te vayas sola mientras él se quedaba *en el templo,* y te quejas a él de que lo has buscando tan disgustada; pero haz como María, escucha lo que él te contesta: *¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que tengo que dedicarme a las cosas de mi padre?*

Tú no comprendes mejor que María estas palabras; pero haz como ella, *conserva todas estas cosas en tu corazón.* Te enseñarán que lo que queda todavía de material en ti no puede comprender nada de las cosas del espíritu y que debe nacer de tu propio seno una luz, para la cual las tinieblas que te envuelven y te componen son extraordinariamente desconocidas mientras no haya llegado tu obra a la plenitud de su madurez. Notas una diferencia enorme entre tu existencia tenebrosa y ese hijo querido que te ha nacido, lo mismo que María no pudo ignorar las gracias divinas y los prodigios que acompañan al nacimiento de su hijo; pero tú no puedes tampoco, lo mismo que ella, concebir la marcha encubierta de este hijo del espíritu y es para ti un continuo misterio, hasta que haya seguido la serie de todas las manifestaciones a las que está destinado.

¿Sabes por qué? Porque nunca lo conocerás perfectamente, sino cuando él pueda decirte en voz alta: *santo, santo, santo.* Y aquí vamos a entrever un rayo de una luz nueva sobre la naturaleza del hombre, o sea, sobre la naturaleza del espíritu.

El hombre, o el espíritu, es el extracto activo de todas las fuerzas divinas, puesto que Dios está vivo, y este extracto activo de las fuerzas de Dios, como ya hemos visto, es una palabra, puesto que Dios es la palabra eterna Pero Dios es santo, Dios es la eterna santidad que siempre se expresa por sí misma Por tanto, es preciso que el hombre, el espíntu o la palabra extraída de esta palabra

eterna represente de forma activa su principio y que su existencia sea realmente la santidad pronunciada, de tal forma que Dios no produzca un solo ser fuera de su seno, sin hacer que se oiga fuera de él, únicamente por este acto, la palabra *santo* que se pronuncia eternamente en su centro divino.

Por eso el hombre, al recibir el nacimiento divino, hizo patente esta palabra celeste que produjo fuera de la santidad de Dios; por eso, cuando, después del crimen, la bondad soberana quiere regenerar al hombre, lo pone en situación de que pueda repetir de nuevo por su propia existencia ese testimonio vivo y expresivo del origen del que procede; pero, lo mismo que el hombre no pudo manifestar en principio este testimonio activo nada más que porque él era el extracto universal de los poderes y de la santidad Divina, no puede hoy recuperar ese privilegio sublime y hacer que se oiga de verdad en su plenitud el nombre de *santo,* nada más que cuando haya recuperado esa plenitud de relaciones espirituales y Divinas que le devuelven su primera naturaleza.

Por eso es por lo que este hijo querido que ha concebido en ti el espíritu y que te ha nacido no será verdaderamente conocido por ti y por todos los tuyos hasta que haya alcanzado de nuevo este complemento primitivo.

¿Quieres saber por qué el hombre no es otra cosa, por su origen, más que esta palabra *santo* pronunciada por obra de Dios? Para ello es necesario que colabores conmigo, sin lo cual esta prueba seria inútil para ti. Trata, por tanto, de despojarte de todos estos impedimentos que te retienen en las tinieblas, vuelve, con tus trabajos y tus constantes plegarias, a tu sencillez original. Oirás que se pronuncia dentro de ti esta palabra: *santo, santo, santo,* y tendrás en ello un testimonio de que es verdad lo que te he expuesto. No te extrañe que tengas que seguir esta marcha para regresar a tu naturaleza primitiva. Del mismo modo que lo único que te ha separado de ella ha sido tu crimen, lo único que puede devolverte a ella es tu virtud, o sea, tu fidelidad a las gracias Divinas; pero, además, desde el momento en que, al volver a ella, encuentres dentro de ti esta palabra *santo,* tienes una demostración poderosa de que esta palabra que se ha pronunciado era en otro tiempo todo tu ser.

No quiero alterar este testimonio con otro más débil, sacado de los gritos naturales que dirige el hombre a su Dios cuando sufre y es desgraciado. No estarías en situación de tener tu experiencia con seres que estuviesen en su naturaleza y tampoco ves en tu entorno nada más que seres alterados y manipulados por la educación. Además, todos los males de los que se quejan no

son los que les presentan más impedimentos y ellos sólo piensan en librarse de sus verdaderos males, que son los únicos que les impiden conocer a su Dios verdadero y a reivindicarlo. Sin embargo, no dejes de prestar atención a lo que tu inteligencia pueda hacer que captes en la conducta del hombre más descentrado: siempre podrás encontrar en él una chispa de verdad. Además, si no encuentras, respecto a este tema, nada más que testimonios débiles en el hombre que sufre, los encontrarás más asombrosos e instructivos en el alma que disfruta y admira y yo te dejo el trabajo de recogerlos.

18

No me paro a observar la edad de doce años a la que el reparador hizo su aparición en el templo ni la relación que guarda este número con el número de la naturaleza, con el de la elección de las tribus, confirmada por la elección de los doce apóstoles y que culmina de cara al futuro con las predicciones del Apocalipsis.

Aquí vamos a considerar esta aparición en el templo como el primer grado de la obra del espíritu en nosotros, después de la cual ha concebido y realizado el nacimiento de nuestro hijo o del hombre nuevo.

Llegarán tiempos en que se cumpla la obra *trina* en este hombre nuevo; en el que la acción y el nombre del padre se comuniquen y se reúnan en este hombre nuevo, de tal forma que no ofrezcan a la vez, en todas las dimensiones de su ser, nada más que una acción única, un solo nombre, una sola obra, una sola multiplicación que ponga al hombre continuamente en medio de la atmósfera de la vida y lo haga tan temible para sus enemigos que huirán ante él, lo mismo que las tinieblas huyen delante del astro del día y van siempre ocultándose, como si estuviesen golpeadas por el terror de su fuerza y cegadas por el esplendor de su luz.

¡Dios de fuerza, Dios de vida, Dios de indulgencia! ¡Ayúdame a acelerar estos tiempos, tan propicios y favorables! Ayúdame por lo menos, para que no los retrase con mi desconfianza y mi desidia, ayúdame a preparar, con la actividad constante de mi penitencia, la huella sagrada de tu triple sello en toda mi persona, de ese triple sello, cuya unidad es el fuego que devora y consume todo lo que no ha nacido del espíritu, de ese triple sello que ya no abandona jamás al alma humana, una vez que ha grabado profundamente en ella sus

caracteres vivificantes, de ese triple sello que transporta al instante al hombre, sacándolo fuera de esta esfera de inercia y hastío, en la que no nos alimentamos nada más que de la muerte, en vez de saborear las delicias inexplicables del lugar de paz del que hemos sacado el nacimiento. Y tú, *sabiduría santa* que deberías ser nuestro alimento de todas las horas y de todos los momentos, ven a poner tus manos benefactoras sobre estos signos sagrados que la bondad suprema se ha dignado unir al hombre. Que tus manos sean como vendas que contienen y sujetan el bálsamo vivificante que se ha aplicado a mis heridas y que hagan que penetren sus fluidos y sus espíritus regeneradores hasta mis sustancias más corrompidas, para que lo poco de vida que queda en ellas recupere sus fuerzas y mis miembros recuperen su agilidad.

Sabiduría, sabiduría, el hombre no conoce lo suficiente tus propiedades esenciales. Sin ti, las virtudes Divinas le resultan inútiles y no impiden que se altere y se destruya, lo mismo que, sin el aire que pesa sobre el cuerpo, se separarían todas las virtudes que pesan sobre la naturaleza y las formas abocarían en su disolución. Hombre, te lo repito, dirige tus miradas, tus deseos, todos tus trabajos, hacia la reunión de este triple sello sobre ti y hacia la aplicación de la sabiduría sobre este triple sello. Para ti no habrá nada que no pueda abrir esta llave *y nadie cerrará,* y nada que tú no puedas cerrar y *nadie abrirá,* porque esta sabiduría hará de ti una imagen de la eternidad, envolviéndote en todas tus partes y haciéndote como una especie de esfera divina que, por su forma, será inaccesible e inalterable a todos los poderes de la ilusión.

En efecto, ¿por dónde podrían tus enemigos llegar a ti, si la santificación y la vida han destruido en ti todas las sustancias falsas sobre las que se habrían atrevido a ejercer sus derechos? ¿Por dónde podrían llegar a ti tus enemigos, si sientes que se mueve en ti la fuerza cuádruple del ser ordenador, santificador, dominador y conservador?

Pues el privilegio del gran nombre que se te ha dado consiste en abarcar así toda la circunferencia, esperando que abarque en principio *tu primer corazón;* después, tu cabeza; después, *tu segundo corazón;* después, toda tu persona, de la que hace también un cuaternario activo, cuyo centro es siempre él, y que es el tipo de cuaternario universal y, como lo único que desea es mantener todo tu ser en una actividad total, te pone en todos los momentos de tu vida en el caso de hacer que salgan de todas tus diversas facultades tantas palabras de *orden* y de regularidad, que hacen que el enemigo se ponga siempre a temblar en tu presencia.

Pero no olvides a qué precio puedes esperar conseguir semejantes privilegios y, para recordarte todos los días tu ley en este punto, piensa en lo que ordenaba la ley a los hebreos en cuanto a las cosas sometidas a la consagración del anatema, pues ahora ya no ignoras que la Biblia entera no tiene al hombre por objeto y que, por tanto, en realidad, la mejor traducción que pueda haber jamás de la Biblia es el hombre.

Recuerda, pues, que todo lo que estaba consagrado por el anatema debía estar sometido a una destrucción total (Levítico 27). Recuerda el ejemplo funesto que ofreció el pueblo hebreo de la justicia divina, por haber desobedecido la ley en la toma de Jericó (Josué 7). Recuerda que, como Achan quiso, a pesar de la prohibición de Josué, reservar algunos efectos condenados en el anatema, el pueblo fue vencido por los habitantes de *Haí,* y no pudo alcanzar la victoria más que después de que el prevaricador hubiese sufrido su suplicio.

Debes saber que, a partir del crimen, todas las *naciones paganas* que componen tu existencia hoy día están condenadas al anatema: no sólo ellas, sino sus viviendas, sus posesiones, sus rebaños, sus vestidos, sus cosechas, sus ídolos y, en general, todo lo que les pertenece. El Señor, al enviarte por su gracia pura a la conquista de estos países y de estos pueblos, no te ha dejado ignorar esta ley del anatema, puesto que la tierra fue maldita después del pecado. Toda tu forma corporal representa esta tierra de maldición y todas las sustancias tenebrosas, engañosas e ilusorias que actúan en esta forma corporal representan *todas las naciones impías* que llenan la tierra de Canaán.

Eres tú quien debe ir a la conquista que se te ofrece, con la firme decisión de comportarte conforme a la ley que debe asegurar tus éxitos, ya que, si retienes una mínima parte del anatema, si no arrojas al fuego y a la destrucción todas las posesiones de los habitantes o, más aún, si no pasas *por la espada a todos los habitantes,* sin distinción de edad ni sexo, puedes estar seguro de que no sólo dejarás sin terminar tus santas empresas, sino que incluso los que habrías debido someter se convertirán en tus vencedores y señores y estarás continuamente expuesto a ser derribado por el enemigo, sometido a esclavitud y hasta exterminado, hasta que hayas confesado tu crimen, hasta que hayas declarado cuáles son las porciones del anatema que has reservado y hasta que *¡ajusticia* haya conseguido la venganza más espectacular de tu prevaricación.

La ley del sino es infalible cuando viene a visitar a los que prevarican contra las ordenanzas sagradas del señor y contra las que el hombre de Dios puede pronunciar en el nombre de su dueño soberano y, si los ciegos hombres

han introducido esta aplicación en sus juicios tenebrosos sobre las simples prevaricaciones inferiores, por lo menos nos han demostrado que habían conservado la idea de este terrible poder del sino, aunque no puedan hacer más que un uso falso y abusivo desde que no tienen su espíritu.

Piensa, pues, que esta ley del sino, administrada por el hombre de Dios, pone al espíritu en su camino directo, por medio del cual no puede dejar de guiar a este espíritu a su meta, como remedio poderoso que el sabio médico sabe aplicar correctamente, de tal modo que este remedio no deja de ir a buscar el mal en sus más profundos escondites, encontrarlo y atacarlo, por muy mezclado y combinado que esté dicho mal con las partes sanas. Esta ley del sino del espíritu está siempre activa en ti y no dejará de descubrir, ante todo, a cuál *de tus tribus* es a la que se le dejará que vaya a violar la ordenanza del anatema, como consecuencia de que es *la familia* de esta tribu la que tiene al prevaricador y, finalmente, cuál es el *miembro* de esta familia que es el culpable. Esta investigación no terminará nunca para ti ni para ningún hombre y algún día, aún por llegar, serán llevados todos los prevaricadores al gran *Valle de Achor* con todo lo que conserven del anatema y allí serán *lapidados por todo el pueblo.*

19

Haced sitio al espíritu. ¿No veis cómo se apresura para hacerse un hueco entre la multitud? Es que tiene que hacer una obra tan importante y tiene tanto celo por ella que teme perder un instante. Además, tiene que recorrer un espacio tan grande que teme no llegar hasta el final antes de que se le acabe el tiempo que se le ha dado para esta obra. Es preciso que pase del lugar donde tiene su morada hasta las mayores profundidades del hombre. Sólo viene para colocar la palabra de la santidad, por la que el hombre verá que crecen en él, al mismo tiempo, las siete *virtudes*, que serán la siete columnas de este edificio construido sobre la roca viva, que debe ser la iglesia eterna de nuestro Dios.

¿Cómo va a derrumbarse esta iglesia? Sus siete columnas están íntimamente unidas en su base y en su punto más alto, al mismo tiempo. La base, las columnas y el punto más alto del edificio no son más que una sola cosa. Es imposible que no se mueva todo junto y que fuerza alguna pueda separar alguna vez la mínima partícula.

Base del edificio, contémplate, pues, con satisfacción y con placer. Dedícate, sin descanso, a dejarte calar por el óleo de alegría que las siete columnas no dejan de hacer que lleguen a ti. Todos los frutos que produzcas propagarán la vida, la fuerza, la santidad. Es necesario que produzcas todos estos frutos sin descanso, porque las siete columnas te aportan, sin descanso, la savia de reproducción, y que, sin descanso, el autor supremo de los seres reparta esta savia siempre nueva a estas siete columnas encargadas de transmitírtela. Aquí no ocurre como en la cultura terrestre, en la que el ciclo de los tiempos debe girar muchas veces sobre las sementeras de la tierra para poder compensar los cuidados del labrador. Es preciso que este ciclo de los tiempos sea para ti algo imperceptible y que en todo momento des prueba de tu fertilidad, porque en todo momento tu zona está amenazada por la penuria.

Haced sitio al espíritu. Viene a traer a la base del templo todos los medios necesarios para elevar a la categoría de morada su edificio y hacer que se mantenga intacto, a pesar de la envidia de los samaritanos, y hará que este templo se gane el respeto y la admiración de todos los pueblos. ¿Cómo podría producirse esta admiración y cómo podría ser tan majestuoso este edificio, si el propio arquitecto eterno no hubiese proporcionado sus planos y diseñado su distribución y si no se generase continuamente de sus propios orígenes? Por eso es por lo que su espíritu viene a traer hasta nuestro centro más íntimo las palabras vivas que reaccionan mutuamente por sus diversos poderes y propiedades y hacen que salgan por sí mismas esta luz y esta vida que asegura una duración eterna a este templo que han construido con sus propias manos.

Sí, el corazón del hombre es un fuego en el que se precipitan y acumulan todas las palabras divinas y están en una fermentación continua. Esta fermentación de las palabras divinas en el hombre es la que, por su reacción mutua, produce el movimiento espiritual de nuestra alma y la protege del estado de muerte y estancamiento. Cualquiera que no haya sentido físicamente esta fermentación interior no puede tener todavía la mínima idea del origen del hombre ni, por consiguiente, de su renacimiento o del hombre nuevo, porque esta fermentación es el principio exclusivo y necesario para hacer que recuperemos *la forma* que hemos perdido y. si no tenemos la sensación viva y física de este principio, ¿cómo vamos a tener la sensación de los efectos que debe tener y de las obras que deberíamos producir, o sea, cómo podríamos cumplir nuestro destino?

Abramos nuestra alma a esta acumulación de palabras divinas en nosotros y no pongamos ningún obstáculo a su fermentación mutua, impidiendo que se

nos acerquen y produzcan su reacción física en nosotros, si queremos que nuestras palabras adquieran, a su vez, algunas propiedades físicas. Recojamos con meticulosidad los mínimos resultados de esta fermentación de las palabras divinas en nosotros, porque que es así como ellas han formado el mundo, porque es así como ellas lo mantienen y generan continuamente la existencia de la obra que han producido, y porque es así como han formado nuestra alma y quieren formarla de nuevo hoy día, ya que, si los caminos de la sabiduría tienen una constancia y una uniformidad tan sublimes, es sólo para que el hombre tenga más facilidad para encontrarlos de nuevo cuando se ha desviado de ellos y para que, desde el mismo seno de las tinieblas, pueda recuperar algunas visiones de conjunto certeras y positivas sobre leyes que jamás habría debido olvidar.

Hemos visto más arriba la lentitud con que se acoplan los diferentes sedimentos de la tierra para formar la roca viva y las masas de piedra; pero vemos también la utilidad tan grande que tienen para nosotros estas sustancias sólidas que sacamos del seno de las rocas. Dejemos, dejemos también que se acumulen en nosotros con un respetuoso y prudente deseo, las influencias vivas y los sedimentos espirituales que deposita la verdad todos los días dentro de nosotros. No sólo podremos algún día *extraer piedras vivas* que sirvan de cimientos para nuestros edificios de cualquier tipo, no sólo haremos con ellas *murallas* para nuestras *fortalezas,* no sólo podremos hacer con ellas *palacios* y *Templos,* sino que podremos construir también *largos acueductos* que lleven el *agua* desde los sitios más lejanos a los *lugares estériles,* con el fin de restablecer en ellos *la vida y la vegetación.* Finalmente, podremos hacer *puentes* sólidos y amplios que nos ayudarán a cruzar con toda seguridad los *ríos y torrentes,* pues el Dios de los seres no busca otra cosa más que poner en práctica en nosotros todas las leyes vivas, de las que la naturaleza y el tiempo no dejan de presentarnos imágenes pasajeras y materiales.

¿No dejó el mismo reparador que se acumulasen en él, con paciencia y con tranquilidad, todas estas sustancias puras y saludables que la sabiduría eterna hacía que se depositasen sucesivamente dentro de él, y por las que él debía algún día encontrar en sí, cuando se hubiesen llenado las medidas, todo lo que fuese necesario para el beneficio de la posteridad humana, para defenderla de sus enemigos, para cegar los pozos del abismo, para formar la clave de la bóveda del templo, para construirnos a todos una fortaleza impenetrable y un templo que jamás se altere con el tiempo? Y esos días de oscuridad del reparador se emplearon en hacer estas preparaciones tan útiles, cuyos resultados debían propagarse más allá de los siglos.

Son estos tiempos silenciosos y regidos por la prudencia y el aislamiento los que preparan al hombre para cumplir algún día su misión con éxito, para la gloria de su señor, para beneficio de sus propios hermanos y para el progreso del reino del Señor, llenándose así día a día de las fuerzas necesarias para ir a atacar a *los enemigos de la verdad* y arrojarlos a sus precipicios tenebrosos. Por eso San Lucas nos dice que el reparador, esperando la hora de la consumación, pasaba sus días dedicándose a la oración en el desierto. Además. Moisés. que debe considerarse como uno de los precursores de este reparador Divino, pasaba sus días en el desierto de Madián, hasta el momento en que recibió del Señor la orden de ir a liberar a sus hermanos y de pedir al Faraón que dejase salir libremente al pueblo de Dios, para que pudiese ofrecer sus sacrificios al Eterno.

20

Si todas estas fuerzas divinas se transformasen en otros tantos verbos ardientes y en otros tantos instrumentos agudos y penetrantes que, todos al mismo tiempo, rompiesen las diversas ataduras que retienen a nuestro ser pensante y le devolviesen su libertad y toda su sensibilidad Divina, ¿qué lengua podría entonces manifestar nuestra maravillosa situación? Eso es lo que podemos esperar de nuestro renacimiento, si somos lo suficientemente perseverantes para perseguirlo con una actividad constante, ya que, cuando menos lo esperemos, llegará nuestra hora espiritual y hará que conozcamos, como por sorpresa, este estado delicioso del hombre nuevo.

Entre los de esta clase se elige a los que están destinados a administrar las santificaciones del Señor. Es de lo alto de donde descienden físicamente sobre ellos las influencias purificantes y fortificantes que en su mano se convierten en un cayado firme, más fuerte que la maza de los héroes de la fábula, más alto que el más alto de los cedros del Líbano y con el que pueden franquear sin peligro toda la inmensidad *de los mares.*

Las influencias de la región inferior están lejos de tener una propiedad semejante. Lo único que se levanta así de la región inferior es la influencia corrompida y lo hace por nuestra falta de cuidado, más que por una orden recibida de arriba, que algunas veces envían para probarnos. Sólo se nos presenta bajo formas irregulares y colores monstruosos. Ni siquiera se mantienen las formas que toma y no hacen más que deformarse continuamente, porque

no tiene el principio de las formas regulares y se manifiesta como por sorpresa y como aprovechando algún resquicio que hayamos dejado abierto. Suele hacerlo más durante la oración que en otras ocasiones, porque entonces abrimos más puertas que en otras ocasiones y, sin embargo, no ponemos más atención que en condiciones normales ni la precaución de poner centinelas en todas las puertas que abrimos.

Pero, en el momento en que se manifiesta así, de improviso, no se queda inmóvil ni un instante y parece sorprendida, como un ladrón que ha entrado en una casa que encuentra abierta y que, sobre todo, está nervioso e inquieto por si lo ve alguien, tratando de descubrir la distribución de la casa, y está como deslumhrado por los diversos objetos que ve y que son una tentación para su codicia, más aún por no estar acostumbrado a encontrarse en lugares semejantes ni a disfrutar de tales riquezas. Si no se tiene el cuidado de rechazar esta influencia con decisión tan pronto como aparece, ella va siguiendo sus propósitos criminales y puede llegar finalmente a apoderarse de toda la casa y a ahuyentar a su propietario.

Pero si se pone uno lo antes posible a desconcertarla en sus proyectos, huye inmediatamente a sus abismos o se altera, cambia y se descompone su forma con más o menos rapidez, con más o menos diferencia, dependiendo de que nosotros pongamos más o menos fuerza, rapidez y vivacidad al oponernos a sus empresas.

Por el contrario, la influencia que viene de arriba es casi siempre amorfa. Precipita al fondo todo lo irregular y tenebroso, presiona todos nuestros principios de actividad y los fuerza a pasar a través de nuestras fuerzas compuestas y corrompidas para disolverlas y hacer que aparezca la luz donde no había más que tinieblas. Por eso es por lo que esta influencia superior nos da unos medios tan diversos de ascender por encima de nuestro estado ordinario, por lo que desarrolla en nosotros tantas facultades que nuestra materia no puede disfrutar ni conocer y por lo que todas estas cualidades, que nosotros somos capaces de tener, se manifiestan mediante rayos agudos y lacerantes, como los de la luz y los del fuego.

También es por eso por lo que la escritura compara continuamente la palabra con flechas agudas y con una espada de doble filo, no sólo porque esta palabra tiene siempre enemigos con los que se ve obligada a luchar y a los que tiene que vencer, sino también porque está naciendo continuamente en medio de los obstáculos que la oprimen y la obligan a afilarse y agudizarse por

cualquier medio, para salir a la luz del día a través de estas sustancias extrañas de las que está abarrotada.

Ese es, pues, el triste destino de esta palabra querida que la sabiduría hace que nazca en el nombre nuevo y que no se puede engendrar nada más que rompiendo todas las barreras que la retienen en la esclavitud y en la coacción. Es la presión de la influencia superior la que obliga a esta palabra a cruzar con fatigas sus obstáculos y a manifestarse con rasgos agudos, cuya imagen es nuestra lengua corporal y de los que encontraríamos figuras aún más sorprendentes en la manifestación que llegó a los apóstoles en Jerusalén, si nuestro plan no nos impidiese dar detalles anticipados del orden de los temas que se van a tratar en este escrito.

Eso no impide que, mientras tanto, no veamos, en el nacimiento de la palabra en nosotros, hasta qué punto es todo revelación, puesto que todo es palabra y puesto que todas las palabras están como sepultadas en los abismos, de donde no se pueden sacar si no es de forma violenta; pero los hombres no quieren creer en una revelación, por mucho que se ha hecho por convencerlos, mientras que, adaptándola a lo que son ellos, no se les haya demostrado la revelación universal y de todos los momentos hasta tal punto que hubiesen estado dispuestos por naturaleza con ello a no ver ni reconocer la obra del reparador nada más que como una revelación aún mayor que la que se producía en ellos y, como es del mismo género, aunque abarque un plan más amplio, podría parecerles más admirable, como si fuese más sublime, aunque no más extraordinaria. Hasta habrían aprendido a reconocer, mediante el examen de las diversas épocas del género humano, los inmensos servicios que les habría rendido esta revelación del reparador al observar estas épocas diversas en el hombre particular.

Pero, si el hombre tiene la suerte de ver que nace en él el hijo del espíritu o el hombre nuevo, enseguida se da cuenta de la diferencia que hay para él entre este estado nuevo y el anterior y esta diferencia consiste en que, en el nuevo estado, está seguro de alcanzar, por su trabajo y su perseverancia en la oración, los frutos de sus deseos puros, bien sea como luces y evoluciones, como consuelos o como dones del espíritu para la manifestación de la gloria de su maestro, todas estas cosas son detalles que podemos considerar ahora como otras tantas revelaciones. Pero, en su estado anterior, no tenía la misma seguridad y, a pesar de todas sus empresas más atrevidas, no podía alardear del mismo éxito, y las especies de revelaciones que podía captar entonces le llegan ahora de una forma más velada, más figurativa, que lo dejaba a menudo como a la espera de los bienes que solamente le enseñaba.

El hombre no debería, por tanto, extrañarse de ver lo que se dice en la revelación del reparador (Mat. 11; 12. 13): *Ahora bien, desde los tiempos de Juan el Bautista hasta nuestros días, el reino de los cielos se toma con violencia* v *los violentos lo acaparan. Pues, hasta Juan, todos los profetas y la ley han profetizado.* El hombre sentiría, al mismo tiempo, todo el precio de esta revelación del reparador, es decir, de la obra que ha venido a realizar para liberar nuestra palabra, ya que solamente por esta revelación del reparador y por las *virtudes* de su obra podemos esperar llegar cada uno a nuestra revelación particular o al nacimiento de nuestro hombre nuevo, que es el único que puede ponernos en situación de tomar en lo sucesivo el cielo por la violencia, en vez de tener que esperar, como antes, que se nos diese, a menos que perteneciésemos a la clase de los seres privilegiados.

Efectivamente, tal como dice la revelación del reparador, el reino de los cielos ha venido a algunos seres, sin esperar que lo tomasen por la violencia, y hemos visto en la ley de los profetas que a muchos elegidos se les ha mostrado de antemano la gloria de esta revelación del reparador, cosa que los ha llenado de alegría, mientras que los demás hombres de su tiempo se quedaban sepultados bajo el velo de la ley y bajo las diversas figuras de las profecías.

Con este estudio del hombre, con estímulos reiterados para que haga que nazca en él un hombre nuevo y con la comparación de sus diversos estados, habría debido trabajar para abrir los ojos de los hombres de deseo sobre la naturaleza de las revelaciones en general, sobre la naturaleza de la revelaciones particulares y sobre la naturaleza de la única revelación, de donde podrían destacar cualesquiera otras revelaciones, porque esta revelación única, que ha producido desde el principio todo lo que ha sido engullido por el crimen, era la única que podía sacar de la tumba y de las tinieblas todo lo que el crimen había encerrado en ellas y por eso es por lo que esta revelación del reparador ha sido, es y será siempre la revelación universal.

21

Como imágenes de la unidad universal, debemos establecer en nosotros unidades de un modo universal, si queremos hacer progresos en la educación del hombre nuevo, pues, tanto en nuestra obra general como en todas nuestras obras particulares, no conseguiremos nada permanente, no produciremos nada perfecto, no disfrutaremos de ninguna paz, de ninguna luz real, si todo lo que

conseguimos, todo lo que producimos, todo lo que disfrutamos no es fruto y resultado de una unidad. Éste es, tal vez, el mejor consejo que podríamos recibir en este mundo bajo.

La principal unidad que deberíamos tratar de establecer en nosotros es la unidad de deseo, por la cual el ardor de nuestra regeneración se convierte para nosotros en una pasión tan dominante que absorbe todos nuestros apegos y nos arrastra, a nuestro pesar, de tal manera que todos nuestros pensamientos, todos nuestros actos, todos nuestros movimientos están constantemente subordinados a esta pasión dominante. De esta unidad fundamental veremos brotar una multitud de unidades más, que deben regirnos con el mismo dominio, cada una de ellas según su clase, o, por decirlo mejor, todas estas unidades distintas están tan vinculadas unas con otras que se suceden y se apoyan mutuamente, sin que jamás se resulten extrañas entre sí.

Por tanto, unidad en el amor, unidad en la obra de la penitencia, unidad en la humildad, unidad en la valentía, unidad en la caridad, unidad en el desprendimiento del espíritu de la tierra, unidad en la resignación, unidad en la paciencia, unidad en la sumisión a la voluntad suprema, unidad en el cuidado de revestirnos con el espíritu de la verdad, unidad en la esperanza de recuperar los bienes que hemos perdido, unidad en la fe en que nuestra voluntad, purificada y unida a la de Dios, debe tener su realización a partir de este momento, unidad en la determinación de disipar las tinieblas de la ignorancia con las que nos envuelve nuestra permanencia, unidad en la vigilancia, unidad en la constancia para la oración, unidad en el estudio continuo de las sagradas escrituras y, finalmente, unidad en todo lo que consideremos correcto para que nos purifiquemos, para que nos resulte más soportable esta bajo mundo y para que avancemos en nuestro reino, que es el reino del espíritu y el reino de Dios. Esa es la ley que debemos imponemos.

Aunque estas unidades distintas estén íntimamente vinculadas entre si y pertenezcan a la misma raíz, no se puede decir que deban actuar todas a la vez. Sólo en Dios se encuentran todas las unidades apacibles y temperadas, en una actividad perpetua y común, porque sólo Él es la unidad verdadera y radical.

Pero debemos aferramos, con una actividad total, a aquella de nuestras unidades que se presente a nosotros en un momento dado, si queremos sacar de ella los beneficios que quiere facilitarnos. No debemos desistir hasta que sintamos que esta unidad ha marcado en nosotros su carácter esencial y ha transformado en unidad efectiva la facultad nuestra en la que ha venido a influir.

No podemos, en modo alguno, equivocarnos en este tema ni imponernos nada a nosotros mismos, porque, tanto en las obras como en la adquisición de las luces y en la práctica de las virtudes, tenemos una unidad interior a la que todas nuestras distintas unidades deben adaptarse y que, como un fluido interno, nos da el asentimiento a nuestros logros buenos o malos. Añadamos a esto, de antemano, que esta unidad interior que hay en nosotros nos da la sanción de nuestros actos buenos o malos en la marcha de nuestras diversas unidades, por la razón de que está vinculada con la unidad suprema universal. Es, por tanto, nuestra unidad interior la que se erige en arbitro de nuestras unidades parciales y hace que nos demos cuenta de si han alcanzado su plenitud.

Veremos, además, cómo deben producir estas unidades parciales resultados semejantes en nosotros, para cumplir el objetivo de su existencia y de su ley, ya que no hay en la naturaleza ningún ser que no deba producir del mismo modo una unidad, dependiendo de su clase, e incluso una unidad que presente de forma sensible el inventario de todo lo que existe. Por eso, con mayor razón, nuestro ser pensante debe disfrutar de un privilegio semejante, ya que está encargado de un modo especial de representar al ser santo, eterno y divino, mientras que las sustancias de la naturaleza sólo dan pruebas de los poderes de este autor universal de los ángeles, de los espíritus y de todo el universo.

¿Cuál es, entonces, el sublime beneficio que debemos esperar si establecemos en nosotros mismos, con cuidados continuos, estas unidades particulares distintas, virtuales y virtuosas, cuya base y hogar es nuestra unidad interior?

Este beneficio consiste en multiplicar nuestras relaciones con la unidad suprema de tal modo que, cuando hayamos alcanzado el número necesario de estas relaciones para que, por lo menos, empiece a notarse nuestra semejanza con ella, esta unidad suprema no teme en absoluto rendirse a la atracción divina que siente eternamente por su criatura y por su imagen; no teme sustituir con su acción pacífica y vivificante nuestras acciones penosas y trabajosas ni de apoderarse, tanto de nuestras unidades parciales como de nuestra unidad interior, de tal modo que nuestra marcha espiritual no resulte algo tan natural como si no hubiésemos dejado nunca de estar en la santidad. Finalmente, no teme actuar de tal manera que no encontremos en lo sucesivo repugnancia en nuestras obras; oscuridad, en nuestros conocimientos; fatiga, en la práctica del ejercicio de nuestras virtudes. Deliciosa perspectiva, de la que estamos tan apartados aquí abajo que hay que estar muy avanzados en la carrera para que nos parezca completamente ilusoria y quimérica.

Dios supremo, ¡cómo podríamos jactarnos de que, en el estado de oprobio e iniquidad en que nos consumimos, pudiésemos habitar en ti y tú te dignases habitar en nosotros! ¿Cómo podría unirse tu unidad universal a unidades tan incompletas como las que se manifiestan todos los días en el hombre? Más aún. ¿cómo podría unirse a números cuya irregularidad es tan evidente?

No tengamos ningún miedo a decirlo: es un favor de esta sabiduría divina que suspenda así su unión con nosotros y retrase el momento de levantar el velo del templo, hasta que seamos más fuertes para soportar el brillo de su luz. ya que no sólo nos cegaría, sino que hasta podría hacer que perdiésemos la vista.

Cuando hemos pintado antes las delicias que viviríamos si todos los poderes divinos se transformasen para nosotros en otros tantos verbos ardientes, hemos supuesto que el espíritu del hombre habría hecho ya todos estos trabajos preliminares, todas estas colecciones de unidades parciales, cuya unidad interior le da la regla y medida y lo pone en relación y correspondencia con la unidad suprema y universal. Sin esto, ¡pobre de él si esta unidad suprema hiciese un movimiento tan marcado e importante! ¡Pobre de él si descubriese su gloria!

Al no encontrar en él analogías justas con su unidad, que debe triunfar siempre (por su poder y por su fuerza, cuando no encuentra el modo de triunfar por su amor y sus buenas acciones), le haría perecer de vergüenza por su enorme desproporción y porque le demostraría hasta qué punto está desfigurado. Disolvería todos los falsos poderes que estarían en actividad en él, lo dejaría en la nada espiritual absoluta, donde no podría sentir nada más que la desesperación de conseguir un término tan lejano y, en vez de animarlo con la unidad de la vida que lleva consigo misma, lo reduciría a una unidad de muerte por la imposibilidad de formar ninguna relación de verdad ni ninguna correspondencia espiritual divina con él.

Podemos dar una razón muy sencilla y es que las unidades parciales que debemos establecer incesantemente en nosotros son los intermedios indispensables para que se temple la acción divina antes de penetrar hasta nuestro centro. Y, del mismo modo que la divinidad no se comunica nada más que por sus manifestaciones y por sus poderes, nosotros no podemos parecernos a ella nada más que por las manifestaciones de nuestras facultades y de nuestras *virtudes,* que son los órganos y los poderes de nuestra alma.

22

Si profundizásemos aún más en la industriosa sabiduría de nuestro Dios dejaríamos enseguida de murmurar contra los obstáculos que encontramos en nuestra región terrestre. Todos estos obstáculos, todas estas dificultades, se nos envían para retrasar esta explosión divina, de la que somos tan poco dignos que. lo repito una vez más, querríamos que nos tragase la tierra si se nos dejase conocer un mínimo detalle de ella antes de nuestro plazo. Al mismo tiempo. sirven para desarrollar en nosotros todas esas unidades parciales de las que ya hemos hablado y que deben ayudarnos a restablecer nuestras relaciones con nuestro principio y a que volvamos a ser de nuevo su imagen. De nada serviría que nos creyésemos que éramos de nuevo su imagen si no hubiésemos hecho que llegasen todas nuestras unidades hasta la medida que deben alcanzar, ya que es el complemento y la justa medida de estas unidades lo único que puede devolvernos los rasgos de nuestra antigua semejanza con nuestro principio.

Veámonos, pues, aquí abajo, como en un lugar de preparación en el que se nos pide que devolvamos a nuestras facultades las disposiciones que le son completamente necesarias para que se las pueda utilizar en la obra. Trabajemos sin descanso para que la unidad de nuestra fe sea capaz de mover las montañas, para que la unidad de nuestro desprendimiento se haga insensible a las privaciones, para que la unidad de nuestra caridad nos ponga en condiciones de arder y de dar nuestra vida por nuestros hermanos, para que la unidad de nuestra valentía nos dé los medios de subyugar todo lo que es materia, lucha en la que tenemos tan buen papel, ya que la materia es indiferente y toma todas las formas que queramos darle. Finalmente, pongamos en práctica continuamente todas las unidades de nuestras virtudes y de nuestros dones espirituales y no dudemos que, cuando hayan alcanzado una medida aprobada por la sabiduría, recibirán de su mano el complemento de que sean capaces.

Pero guardémonos mucho de querer actuar antes de ese afortunado momento, movidos por nuestra impaciencia. Antes de creer en lo frutos de la ley, hay que empezar por creer en la ley, porque, según dice el evangelio, *¿cómo creer en el reparador, si no se cree antes en Moisés y en la ley, que han hablado de este reparador?* Pero la ley del hombre del espíritu consiste en no hacer un solo movimiento en la carrera superior sin que dicho movimiento esté ordenado y precedido por una palabra, que es para él lo que Moisés y los profetas eran para la ley de la gracia. Y, si el hombre no cree que ese debe ser su

camino respetuoso y sumiso, no creerá mucho más en las maravillas que desearía su impaciencia, porque de esas maravillas es de las que tiene que profetizar la palabra.

Lejos, pues, de lamentarnos por los obstáculos y la lentitud a que afortunadamente estamos condenados, demos gracias a la providencia que nos proporciona la ocasión de recibir en condiciones ventajosas los frutos de la ley, cuando se haya cumplido el tiempo de esta ley. Démosle gracias porque nos proporciona la oportunidad de conseguir una situación o un medio de estar suficientemente preparados para que, cuando llegue la hora del nacimiento del hombre nuevo, no se nos pueda aplicar a nosotros directamente lo que dijo Simeón en al nacimiento del reparador: *este niño había nacido para ruina de muchos.*

Pero, si este hombre nuevo naciese siempre para nuestra ruina, en vez de hacerlo para nuestra salvación, ¿cómo podríamos vislumbrar y conocer alguna vez el reino que en realidad no se pueda manifestar nada más que a este hombre nuevo, a este niño amado concebido en nosotros por el espíritu del Señor?

Así es esa unidad interior, a la que corresponden todas nuestras unidades particulares y de la que la unidad universal espera, con más impaciencia todavía que nosotros, poder descansar tranquilamente. Así es esta mina inagotable, en la que no hay riquezas que no podamos encontrar en ella; pero que se ha hecho extraña a su propio propietario, porque los hombres, ávidos de ciencias externas, han sacado fuera todas las facultades de su espíritu, en vez de meterlas en ese interior que les hubiese enseñado todo y les hubiese prodigado todos los tesoros.

Con esta marcha imprudente han dejado que se cierre esta mina con los escombros que caen en ella todos los días y se ha cubierto hasta tal punto que no han creído ni que existiese y han hecho después todos los esfuerzos posibles para impedir que nosotros creamos en ella y tratemos de explotarla.

Los más sabios de ellos han creído que, al construir templos al Señor con piedras talladas con herramientas de hierro y con la forma que ellos le han dado, habían cumplido los planes divinos en cuanto al culto y los homenajes que espera de los mortales la divinidad. No han visto que era de este templo imperecedero del que esperaba el triunfo de su gloria, de este templo, en el que los instrumentos materiales son completamente inútiles, tanto para tallar *las piedras* como para sacarlas de *las canteras,* para transportarlas o, finalmente, para colocarlas definitivamente en el lugar que deben ocupar en *el edificio.*

Por tanto, es a sacar *las piedras de las canteras, tallarlas, transportarlas* y ponerlas definitivamente en el lugar que deben ocupar *en el edificio* a lo que la sabiduría y el espíritu del Señor se dedican con nosotros, y las herramientas que utilizan para ello son los mismos obstáculos y las mismas contrariedades espirituales que encontramos en nuestro camino, cuyo precio el hombre novicio en los secretos de Dios no conoce lo suficiente para darse cuenta de que no hay ni una sola de estas pruebas que, si se realiza con fe y valor, no deba concluir para él con el nacimiento y el desarrollo de una unidad, y que con estas acumulaciones de unidades adquiridas por otras tantas pruebas y victorias, debe ver que se levanta en él el nuevo hombre o el edificio de los elegidos.

Ni siquiera supone que este edificio de los elegidos nos transforma en un verdadero cielo en el que habitan a la vez todos los espíritus del Señor, todos los poderes del Señor, todos los dones del Señor, todas las virtudes del Señor, de tal modo que nos convertimos en una especie de ciudadela, de fortaleza siempre armada, siempre a la defensiva, siempre preparada para vigilar por la seguridad de los habitantes y para procurarles todos las ayudas, todos los beneficios que nuestro estado de guerra nos permite esperar en este bajo mundo.

Sin estas pruebas o estos medios de adquirir nuestras unidades, nos veríamos expulsados de nuestro sitio, como tantas bocas inútiles, y quedaríamos a capricho de los asaltantes, o sea de su rabia y su furor.

Armémonos, por tanto, de valor y de confianza cuando el espíritu considere oportuno emplear sus instrumentos en nuestro ser espiritual y no nos escandalicemos, no nos rechacemos, cualquiera que sea la forma en que se presenten estos instrumentos y se acerquen a nosotros. Tengamos siempre presente el salmo 68:7,8, etc.: *que los que esperan en ti, oh Señor, no se sonrojen por mi culpa; que los que te buscan no se confundan por mí, ¡Oh Dios de Israel! porque por ti he soportado los reproches y la vergüenza ha cubierto mi rostro.*

Si, por tanto, es cierto que el espíritu y el mismo reparador están ocultos y se esconden todos los días bajo la forma de estos instrumentos benéficos, no los rechacemos por culpa del desagrado o la bajeza de los colores que adoptan. No nos dejemos dominar por la confusión, a pesar de su abyección, porque es por Dios por quien cubre así la vergüenza su rostro y, si desperdiciamos la ocasión que nos ofrecen de compartir algún día la gloria que tienen de vivir en la gran unidad, al compartir con ellos aquí abajo las fatigas y los reproches que ellos barren para elevarnos hasta ellos, no disfrutaremos ni de la misma comunión que tienen ellos con la gran unidad ni del desarrollo maravilloso de

nuestra unidad interior ni del de nuestras unidades particulares. Es decir: no formaremos ese templo eterno del que el hombre encuentra en sí mismo todos los materiales.

23

Cuando los hombres consideran los objetos, tanto naturales como artificiales, que se presentan ante ellos por primera vez, ¿no es su primer paso preguntarse para qué sirven y cuál es la finalidad de su existencia? Por eso es por lo que llegan pronto a conocer cuál es la finalidad o el espíritu de todas las cosas útiles, necesarias o agradables que los rodean. ¿Por qué no se preguntan con el mismo interés cuál debe ser la utilidad del hombre? o, mejor dicho, ¿por qué se les responde tan mal cuando hacen esta pregunta? Es porque todavía son débiles y, lo mismo que de niños, les hubiese gustado preguntarse a ellos mismo y porque las personas a las que se dirigen después han caído por debajo de este estado de infancia, en relación con esta gran pregunta.

No tenemos ningún miedo a que el alma del hombre niegue las sublimes respuestas, cuyo origen hemos dicho ya que lo lleva ella en su propio seno. Cuanto más profundice en su propia inmensidad, más encontrará en ella numerosas confirmaciones de los títulos preciosos y del santo destino del que la hemos anunciado como depositaría y no quedará más que el hombre ligero, tímido, ciego y perezoso que no sabrá cuál es la utilidad para la que hemos recibido la existencia.

En cambio, el que haya tenido el valor de contemplar atentamente su verdadera esencia, el que haya distinguido con cuidado su pensamiento del ser tenebroso que nos acompaña durante algún tiempo, el que, finalmente, se haya comportado con este ser inferior y subordinado como con aquel siervo del evangelio que, cuando llegaba del campo, se veía obligado a ceñirse la ropa, preparar la comida de su amo y esperar a que terminase de comer para empezar él, o sea. que no conceda jamás nada a las necesidades de su materia antes de que su espíritu quede satisfecho, como el amo, y, al ser éste el primero que hay que servir, digo yo, encontrará en sí mismo no sólo cuál es el destino del hombre, sino también cuál es el camino que debe llevarlo a conseguir su realización.

Y no dudéis que este camino será para él el que nosotros hemos indicado hasta ahora, casi en todos los pasos, y que nosotros nos congratulamos en

volver a *trazar,* porque lo que necesitamos es el camino, ya que tenemos que hacer un viaje.

Así, pues, al descender a sí mismo, encontrará un gran templo en el que oirá hablar a un laborioso pastor que. sin que él lo vea, le gritará con todas sus fuerzas: lamentación, exclamación, purificación, santificación, súplica, consagración, administración. Ahí puedes ver, al mismo tiempo, lo que tienes que hacer y los medios de realizarlo. Así es como se cumplirán las santas promesas que el eterno ha hecho bajo juramento a tus padres; por eso es por lo que *serás heredero del Señor cuando te haya liberado de la sartén de hierro en la que se adoraba a los astros, te haya tomado como su pueblo en medio de las demás naciones y haya querido ser él mismo tu Dios en medio de todos esos dioses pasajeros que veneran todos los demás pueblos* y te haya puesto en posesión de este país en el que estarás lo suficientemente lleno de él *para poder jurar en tu nombre* (Deuteronomio, cap. 4 y 6).

Y es en la manifestación del nombre de Dios donde se encuentra la plenitud de su gloria y esta manifestación no puede tener lugar entre las naciones, si no es por medio del pueblo que él ha elegido para este cometido, es decir, por medio del hombre. Por eso es por lo que no deja de pedir a este hombre refractario que se ocupe de su sagrado destino.

Se lo pide por la necesidad que ha puesto en su alma, se lo pide por todos los emblemas que el universo le presenta en todo momento que, al ser incapaces de realizar una obra tan grande, están limitados a la categoría de emblemas y dejan al hombre el cuidado de expresar su realidad; se lo pide por todas las leyes representativas y figurativas civiles, políticas, históricas, naturales y sobrenaturales y finalmente ha llegado a pedírselo él mismo, para que se decida a dedicarse a esta santa empresa y ha empezado por hacer que renazca en él este hombre nuevo que será el único que merezca llevarla a cabo con dignidad, cuando haya llegado a su edad adecuada y haya alcanzado las medidas marcadas por las leyes eternas de la sabiduría que pueden muy bien, aquí abajo, sufrir alguna expansión o alguna especie de subdivisión que las reduzca, sin cambiar para nada su carácter.

¿Por qué busca Dios así al hombre, por tantos medios tan variados, repetidos, mantenidos y continuos? Es para que sea en todo detalle la imagen y semejanza de esa divinidad eterna, porque, para que exista esta semejanza, no basta con que el hombre pueda leer en las maravillas de la sabiduría, no basta con que pueda pintarlas y manifestarlas con sus obras, no basta con que su

palabra pueda repetir alrededor de él las obras de esa divinidad suprema, sino que es preciso que, lo mismo que ella, pueda ejercer tales derechos voluntariamente y por el privilegio sagrado de su santo carácter, para que, al compartir los poderes de su principio eterno, comparta también su gloria y sea de este modo la imagen real de este principio, en vez de no ser nada más que, como la naturaleza, una imagen figurativa. Por eso es por lo que la sabiduría divina lo busca con tanto amor, con tanto interés, y procura con tanto cuidado no forzarlo, porque considera y respeta, por decirlo así, este privilegio honorable del que ella misma lo ha hecho depositario.

Por tanto, hombre, cuando hayas llegado a esta tierra que Dios ha prometido a tus padres bajo juramento, ten mucho cuidado de observar fielmente las leyes y las ordenanzas del Señor, si quieres conservar mucho tiempo tus posesiones y no quieres que las naciones que debes vencer te hagan su propio esclavo. Pues, si el Señor considera y respeta, por decirlo así, el privilegio honorable del que te ha hecho depositario, será siempre que colabores con él en la realización de sus proyectos y en la manifestación de su nombre y no se preocupa menos de su justicia que de su gloria. Lo mismo que procura no forzarte en tus obras puras y dignas de gloria, también tiene poder para detenerte en tus obras falsas y oponerse a los intentos de tu voluntad criminal.

Así, pues, no basta con que abjures de estos intentos impotentes de una voluntad criminal, sino que además es necesario que estés alerta para no seguir nada más que los intentos de una voluntad prudente y dirigida por las luces de tu simple sabiduría natural, si quieres que una sabiduría superior a la tuya venga a establecerse en ti y ponga en ti su morada para siempre.

Cuando se te permita tomar posesión de la parte de tierra prometida que se te asigne, recuerda que es el mismo Señor el que te ha dado los medios para entrar en ella y que tú no tienes más mérito que el de haber utilizado estos medios. Recuerda que es él mismo el que ha producido esta tierra, en la que encontrarás tantas riquezas y tanta abundancia. Recuerda que, si no te protegiese él continuamente en todo momento, tú no podrías estar seguro ni un solo instante. Fíjate a lo que puede reducirse todo el sentido de estos panoramas espirituales.

Antes de decir *en el nombre del Señor*, espera siempre que el nombre del Señor haya descendido a ti; pero no debes pronunciar de memoria este nombre poderoso. Debes hacerlo con sentimiento, por instinto, como si estuvieses presionado por el poder de su encanto irresistible. ¿Querrías ser como los que

lo pronuncian todos los días por si mismos y en los que la idea que se hacen *y* el respeto que deberían darle se confunde con los movimientos mas insensi bles de su alma y no dejan en ella huellas mas profundas? Algunos son todavía mucho mas culpables y solo lo pronuncian para su condenación, pero esta visión sería demasiado penosa y peligrosa para el ojo del hombre nuevo y sería mejor dejarlo que ignore su existencia y demostrarle por que debe esperar que el nombre del Señor haya descendido a el, antes de atreverse a decir *en el nombre del Señor*

¿Que eras tu hombre, cuando el eterno te dio la vida? Procedías de el, eras el acto vivo de su pensamiento, eras un Dios *pensado,* un Dios *querido* un Dios *hablado,* no eras nada hasta que el dejo salir de el su pensamiento, su voluntad y su palabra El no ha cambiado de ley, no puede haber nadie que te engendre, nada mas que el, y solamente por el puedes engendrar obras regulares Si el no engendra en ti su nombre antes de que digas *en el nombre del Señor,* actúas de memoria cuando pronuncias este nombre y por eso es por lo que tantos hombres lo pronuncian en vano en la tierra y nos demuestran de una manera tan dolorosa que, desgraciadamente, el hombre no es, ni vive, ni actúa nada mas que en la vanidad y en la nada

24

Si el hombre nuevo quiere que *la palabra* este viva en el, no podra conseguir este favor nada mas que muriendo en esta misma palabra y, si le es permitido poder disfrutar de las inconmensurables magnanimidades del tiempo, es para que pueda llegar a ese final glorioso, mediante avances suaves e insensibles que lo preparan para recibir la unión de la gran unidad, sin deslumhrarse con su fulgor ni consumirse con calor abrasador y, al mismo tiempo para que los combates que se le presentan en estos avances diversos estén siempre en proporción con su valor y sus fuerzas

Incluso en el mismo orden de la simple moral ordinaria, si muriésemos un poco cada día, evitaríamos morir de una vez, como sucede a casi todos los hombres que, por esta razón, encuentran la muerte tan dura, y la muerte física final de nuestro cuerpo, no nos parecería mas deplorable que la muerte momentánea por la que vamos pasando en cada instante Por el contrario, viviríamos también un poco cada día, dependiendo de las porciones de muerte que hubiésemos destruido Si no se tiene esta precaución y a fuerza de hundirse en la

vida falsa, el hombre vulgar pierde diariamente las facultades que se le habían concedido por la naturaleza y por la verdad, para que se mantuviese durante su viaje terrestre Ademas los hombres arrojados al torrente están siempre por debajo de la medida Su corazón ya no tiene ninguna inclinación por la *virtud,* su oído no tiene sensibilidad para *la verdadera música* No hay nada, incluso sus facultades animales y digestivas que no quede anulado por su falta de comedimiento

El hombre nuevo, cuyo destino esta tan elevado por encima de la sabiduría común, debe como hemos dicho, morir continuamente en la palabra, si quiere que la palabra viva en el, y debe morir progresivamente, para que ella pueda vivir en el algún día, con toda su fuerza, con toda su plenitud Es preciso que viaje en silencio por las orillas del no, que luche a cada paso con los *animales* que se vaya encontrando y que supere los obstáculos de cada día Por ello recibe sin darse cuenta una triple purificacion que purifíca su cuerpo, su alma y su espiritu y los llena del fuego de la vida, porque el fuego lo cubre y lo penetra con la palabra del testimonio

Veamos, por tanto, como crece en paz este hombre nuevo Veamos como sacrifica en todo momento cualquier cosa que no pertenezca a la competencia de la palabra y actúa, por este medio, de tal forma que la palabra ocupa en el el sitio de todo lo que le molestaba y le impedía llegar a demostrar a este hombre que él es un pensamiento del Dios de los seres, una palabra del Dios de los seres, una obra del Dios de los seres Veamos como, con estos sacrificios díanos y continuos, va muriendo poco a poco en la palabra y se entierra en la confianza en esta palabra, para que ella misma pueda resucitar en el, en las mismas medidas, y termine por manifestar de una forma completa y universal, su acción de vida, cuando el haya terminado, a su vez, por manifestar en ella, de una forma completa y universal, su acción de muerte

Entonces, este hombre nuevo habrá salido verdaderamente del estado de infancia en que se encuentra todavía este hijo querido del espíritu que ya hemos visto nacer e incluso aparecer en medio de los doctores, cuando tenia doce años, pero todavía no ha llegado a ese estado de virilidad que figuramos de antemano y que no hay que confundir con el estado de felicidad que nos espera después de la muerte corporal, si hemos seguido las leyes de la sabiduría

Pero esta resurrección de la palabra en nosotros y esta virilidad de la que ofrecemos de antemano algunos detalles se nos puede conceder en este bajo mundo, si abrigamos la esperanza de que asi sea y nos comportamos según el

instinto que ella nos sugiere y, si no tuviésemos más explicaciones que dar sobre la felicidad del hombre que las que se nos han ofrecido en las instrucciones vulgares, no creeríamos haber hecho lo suficiente por nuestros semejantes.

Veamos, pues, como si mirásemos desde lejos, a este hombre nuevo que disfruta ampliamente de los derechos de su ser y de los innumerables favores del principio regenerador que ha querido penetrar en él. Veamos cómo una especie de diques, lo mismo que los de un gran río, le cierran el paso y lo mantienen dentro de su cauce, para que no pueda salirse de él y transporte tranquilamente sus aguas a todos los territorios que recorre; pero fijémonos todavía más en cómo se prepara para este magnífico destino.

Lo hace diciendo a la oración: estáte siempre a mi lado, estáte siempre conmigo y en mí, sé tú misma el obrero que excava el lecho del río y no permitas que pase un solo momento sin que yo haya quitado algunas piedras, arrancado algunas raíces o limpiado algunas inmundicias, para que, de un día para otro, quede más libre el curso de este río y, finalmente, todo mi ser haya bebido de él.

Lejos de temer estas pruebas espirituales que ha de encontrar en su camino, de cuyas ventajas ya hemos hablado, dirá con Jeremías, 48, II: *Moab ha estado en la abundancia desde su juventud, se ha quedado en su asiento y no ha pasado de un barco a otro ni lo han llevado cautivo. Por eso es por lo que conserva su sabor y no ha cambiado su olor.*

El hombre nuevo que tenga en cuenta estas palabras instructivas conocerá lo útil que es para nosotros que haya siempre muchas regiones, para que podamos ser probados de nuevo y paguemos el doble en las regiones siguientes, si no hemos pagado nada en las regiones anteriores. Sabrá también lo ventajoso que es para nosotros que suframos diferentes servidumbres en estas diversas regiones, ya que todas estas servidumbres, cuando nos las envía la mano del Señor, no pueden tener más finalidad que nuestro progreso. Pues, incluso hablando de la naturaleza, ¿cuántos árboles no tienen necesidad de que se trasplanten? Y, efectivamente, si no tuviésemos necesidad de pasar por estas diversas purificaciones, no habría más que una sola región, y, si no tuviésemos necesidad de estas diversas contemplaciones, no habría más que un clima. ¡Qué soberbia economía la de la sabiduría de nuestro Dios! En su organización respecto a nosotros, él deja que reinen fuera los colores rigurosos de la justicia, para imponer por todas partes el terror y el miedo a su poder; pero dirige en secreto todos los caminos de esta administración hacia nuestra verdadera utilidad y hacia nuestro verdadero progreso, para que, si

hemos tenido que empezar temiéndolo, no podamos resistirnos a terminar amándolo.

Por esta misma razón es por lo que los profetas nos resultan tan queridos, ya que ellos son los primeros que han empezado a desvelarnos estos secretos divinos del amor de nuestro principio que, abarcando al mismo tiempo y de un solo vistazo todos los siglos, ve siempre el término consolador de sus obras, mientras que nosotros, miserables mortales, no nos damos cuenta aquí abajo nada más que de los penosos comienzos.

¿Preveías tú, Jacob, los consuelos con que un día se vería colmada tu posteridad, cuando fuiste a Egipto y llorabas por la dureza de la orden del rey que había hecho que fuesen tus hijos antes que tú? Tu dolor hizo hasta que olvidases las promesas que había hecho el Eterno a Abraham y que tú no podías ignorar. Sólo te preocupabas de la dureza de tu suerte y no pensabas que, según el juramento del Eterno, tu posteridad estaría algún día en posesión de la tierra de Canaán, en medio de los prodigios y las maravillas que manifestarían los designios gloriosos que este Dios soberano tenía para su pueblo, preparándolo mediante la esclavitud de Egipto.

Y tú, Israel, cuando se te envió a Babilonia, ¿esperabas ver la reconstrucción de tu templo? ¿No tomaste como una burla y un engaño el consejo que te daba Dios por medio de sus profetas, para que te entregases sumiso a las manos del rey de Asiria, sin poder persuadirte de que este Dios tuviese para ti designios beneficiosos y saludables? Finalmente, pueblo escogido que te consumes por tercera vez en la esclavitud, ¿no recuerdas las palabras de tu legislador, *¡Ay si supiesen cómo van a terminar todas estas cosas!* (Deuteronomio, 32,29)? ¿No te das cuenta de que, sin esta triple prueba, no habrías sido suficiente para mantener la majestad de tu Dios?

Es a ti concretamente a quien está reservado el verlo en su gloria: no en una gloria terrestre y humana, como la ignorancia y la concupiscencia no cesan de hacerte ver, sino en la gloria del espíritu, de la palabra y del poder, porque, gracias a estos caracteres divinos, tú has sido el primero en conocerlo, entre todos los pueblos de la tierra, y es una ley ineludible que las cosas acaben por donde han empezado.

Además, ¿no ha aparecido ya en medio de ti, en su gloria humana, este triunfador que esperas en su reino terrestre? ¿No eras tú quien cantaba *hosanna, hosanna, hosanna,* cuando entraba en Jerusalén? ¿No eras tú quien tiraba sus

vestiduras bajo sus pies? Por último, ¿no te ha dicho él que su reino no es de este mundo?

Hombre nuevo, hombre nuevo, instruyete con estos grandes ejemplos. Sométete con humildad a todas las servidumbres que el Señor quiera enviarte. No te liberes de ti mismo con un movimiento. Serías como Moab y llevarías *tus heces* contigo y el movimiento no te serviría de nada.

Deja que actúe en ti esta mano vigilante, que no te obligará jamás a hacer movimientos que te perjudiquen y no te hará que entres en las grandes pruebas del espíritu nada más que cuando te haya dado tiempo para desprenderte de tus heces, porque entonces te separarás de estas heces sin nada a cambio y llevarás la vida, la salud y el buen olor en los vasos en los que ella te vierta.

25

¿Cuáles eran las amenazas que hacía Dios al pueblo de Israel, en el caso de que se alejase de los preceptos y las ordenanzas que el Señor le había dado por medio de sus enviados? *Vería defraudadas todas sus esperanzas; construiría casas y no las habitaría jamás, tomaría esposas que deshonrarían extraños, tendría hijos e hijas y no los educaría, plantaría viñas y sembraría campos y no recogería nunca sus cosechas.*

¿Pero cuáles son, en cambio, las promesas que ha hecho Dios a este mismo pueblo, si se preocupa de mantenerse fiel a su ley? Son éstas (Deuteronomio, 6, 10) *el Señor vuestro Dios os hará entrar en la tierra que ha prometido bajo juramento a vuestros padres Abraham, Isaac, Jacob, y os dará ciudades grandes y muy buenas, que no habréis construido vosotros, casa llenas de toda clase de bienes, que vosotros no habréis hecho, cisternas que no habréis excavado, viñas y olivares que no habréis plantado.*

¿Por qué dependen promesas tan grandes de la fidelidad de los judíos al observar la ley? ¿Es que su ley es el fruto, el espíritu de su nombre, y es que su nombre es el fruto, el espíritu de su esencia, o qué podemos conocer que atraiga su acción suprema sobre nosotros más de lo que lo hace su propia esencia? Nos da la clave de su amor cuando nos dice a lo largo de todas las escrituras que se acordará de las tribus de Israel a causa de su nombre, que no perderá de vista Jerusalén, porque su nombre ha sido invocado sobre ella y, finalmente,

no permitirá que su nombre sea despreciado por las naciones y desplegará todo su poder para vengarlo de los insultos que haya recibido.

¿Pero hay entre todas las naciones alguna que lleve en sí más que los demás hombres el nombre de este Dios supremo? ¿Hay otro hombre, que no sea el hombre nuevo, que pueda ser capaz de manifestar la gloria y las ventajas propias de este poderoso privilegio? En él es en quien debemos aprender a admirar su carácter maravilloso. Efectivamente, no tendremos miedo a perdernos si leemos, en este hombre nuevo, la marcha que ha seguido el propio pueblo hebreo bajo los ojos de la suprema sabiduría que lo ha arrancado de las manos de sus enemigos con prodigios y signos tan extraordinarios.

Es más, veamos a este hombre nuevo como instrumento de la palabra Divina, por medio del cual quiere comunicarse a las naciones. Veámoslo como el ángel que dio a Moisés en el monte Sinaí las leyes del Señor, para que el pueblo se instruyese en las ordenanzas divinas y, al observarlas, aprendiese a dirigir sus pasos hacia la sabiduría y a volver a los caminos de su origen primitivo.

Sí, hombre nuevo, podemos ver en ti la montaña del Sinaí entera, con todas las maravillas que han sucedido en ella. Podemos ver, en tu nacimiento milagroso, que este lugar sagrado se cubre de nubes celestiales de las que salen luces y relámpagos; podemos ver que los *animales* tiemblan con esto y el *mismo pueblo* no se atreve a contemplar su resplandor y te piden, lo mismo que los hebreos pedían a Moisés, que veles tu rostro para no deslumhrarlos. Podemos ver que te quedas solo durante cuarenta días en la cumbre de esta montaña, para recibir en ella todos los grados de tu ordenación en la ley temporal; podemos verte recibiendo de Dios los preceptos del Decálogo y explicarlos a nosotros, más por tu propia esencia que por tu palabra; podemos oírte decir, en el nombre de este Dios, al que te has acercado solo:

> «Yo soy el Señor vuestro Dios que os ha sacado de Egipto, de la casa de la esclavitud,
> «No tendréis dioses extraños delante de mí, «No haréis imágenes talladas ni ninguna figura de lo que hay arriba en el cielo ni abajo en la tierra ni en las aguas que hay bajo la tierra.
> «No las adoraréis ni les rendiréis culto soberano, pues yo soy el Señor vuestro Dios, el Dios fuerte y celoso, que venga la iniquidad de los padres en sus hijos hasta la tercera y la cuarta generación en todos los que me odian,

> «Y que tiene misericordia durante mil generaciones con los que me aman y guardan mis preceptos.
> «No tomaréis en vano el nombre del Señor vuestro Dios, porque el Señor no tendrá por inocente al que haya tomado en vano el nombre del Señor su Dios. «Acordaos de santificar el día del sábado.
> «Trabajaréis durante seis días y haréis en ellos todo lo que haya que hacer.
> «Pero el séptimo día es el día de descanso consagrado al Señor vuestro Dios. No haréis en ese día ningún trabajo, ni vosotros, ni vuestro hijo, ni vuestra hija, ni vuestro siervo, ni vuestra sierva, ni vuestros animales de trabajo, ni el extranjero que se encuentre en el recinto de vuestras ciudades.
> «Pues el Señor hizo en seis días el cielo, la tierra, el mar y todo lo que hay en ellos y descansó el séptimo día. Por eso es por lo que el Señor ha bendecido el sábado y lo ha santificado. «Honrad a vuestro padre y a vuestra madre, para que viváis mucho tiempo en la tierra que os dé el Señor vuestro Dios. «No mataréis. «No cometeréis fornicación «No levantaréis falso testimonio contra el prójimo. «No desearéis la casa de vuestro prójimo. No desearéis su mujer, ni su siervo, ni su sierva, ni su buey, ni su asno, ni nada que le pertenezca».

Estos son, en realidad, los mandamientos y las leyes que encuentra el hombre nuevo en sí mismo en el momento de su nacimiento y las pronuncia con tanta fuerza y tanto ímpetu en todas las sustancias de su ser, que se convierte él mismo en el terror de todo lo que no está de acuerdo con la justicia y en el primer órgano de la gloria que se debe al Señor, al ser su primer ministro y el defensor más celoso de su culto.

A partir de ese momento, el hombre nuevo se responsabiliza de la conducta de su propio pueblo, que es él mismo. Va a responsabilizarse de dar órdenes a *los levitas y a los sacerdotes* que estén encargados *de inmolar las víctimas* y cubrir el *altar de los sacrificios.*

Va a responsabilizarse de construir *el arca de la alianza* de acuerdo con *el plano* que se le ha enseñado *en la montaña,* o sea, siguiendo las bases radicales y fundamentales que ha recibido de mano del espíritu Divino, al mismo tiempo que ha sacado de él su existencia.

Va a responsabilizarse de la dirección de todo el ejército de Israel, para hacer que unas veces acampe alrededor del arca de la alianza y otras marche *contra los enemigos del Señor*.

Va a responsabilizarse de cuidar *de la subsistencia del pueblo*, así como de su seguridad y su defensa, y, cuando vea que su pueblo se da a la incredulidad, invocará al Eterno y hará, en su poderoso nombre, que mane *agua de la roca* ante los ojos *de los incrédulos.*

Va a responsabilizarse de librar una guerra sangrienta *contra todos los pueblos* que se opongan a él en su avance y en su progreso.

Va a responsabilizarse de exterminar *el ejército de los amalecitas y los amorreos*, no con armas fabricadas por la mano del hombre, sino con las armas sagradas que él lleva en su esencia y elevando las manos de su alma el Eterno.

Va a responsabilizarse de castigar al *pueblo* que haya escuchado la voz de Balaam y de los falsos profetas. Podrá precipitar en el abismo a los miembros del pueblo que hayan cometido el acto de impiedad de ofrecer inciensos extranjeros.

Va a responsabilizarse de recibir, de lo alto del propiciatorio, a los oráculos del Señor, para la administración de su culto y para los juicios del pueblo.

Va a responsabilizarse de hacer que recorran la tierra prometida unos emisarios elegidos entre el pueblo, para que le cuenten todas las maravillas que guarda.

Va a responsabilizarse de renovar la alianza que hizo el Eterno en otros tiempos con el pueblo y recordarle las maldiciones que lo amenazan si no es fiel a la ley del Señor, lo mismo que las bendiciones que le esperan si confía en los preceptos del Eterno.

Pero no se encargará de introducir al pueblo en la tierra prometida. La orden que ha recibido no le permite más que acompañarlo por el desierto y durante sus cuarenta y dos campamentos; pero su misión particular se terminará a este lado del río, que representa el límite de nuestra ley temporal. Allí es donde vuelve a formar parte del pueblo, para ser introducido por otra mano en el reino figurativo de la ley espiritual, que va a encontrar también en sí mismo, esperando que descubra el reino figurativo de la ley Divina.

26

Hombre de paz, hombre de deseo, ¡cuántas veces te has olvidado de las ocupaciones frivolas e ilusorias que tomaban ante tus ojos apariencia de realidad, hasta tal punto que borraban para ti hasta la *inercia* del tiempo! ¿Por que no podrías esperar tener la misma satisfacción y la misma victoria sobre el tiempo, entregándote al cuidado de un objeto real, cuyos rastros puede sobrevivir a la fuerza corrosiva de todos los siglos? La diferencia que encontrarás es que estos objetos ilusorios te dejan un vacío aún mayor y unas tinieblas también mayores, una vez que ha pasado su encanto, mientras que los objetos reales prolongan su dulce influencia mucho tiempo después de que se haya acercado a ti su acción.

Y la razón es ésta: tú mismo eres un ser real que mantiene la categoría más distinguida de entre todas las realidades emanadas, por lo que, al hacer uso de los derechos de tu ser y tratar de aprovechar sus privilegios, te unes con ello a otras realidades superiores a ti durante algún tiempo, más libres que tú, porque no han sido culpables y no sufren expiación, y, finalmente, más elevadas que tú por encima de este tiempo que forma tu suplicio y que te sirve de prisión. Al mismo tiempo que te unes a ellas, te unes a su libertad, según tus fuerzas, según tus grados de regeneración y según las medidas de misericordia que se te han concedido. Así, pues, al unirte a ellas, te admiten y te hacen volar con ellas formando esos círculos espaciosos en los que encuentras caminos tan dulces, pues en ellos no hay ningún obstáculo y todo está lleno de luz.

Así es como Ezequiel, unido a una de esas realidades, se traslada de Babilonia a Jerusalén, para ver allí las abominaciones que cometían los sacerdotes en el templo y asustarlos inmediatamente con las terribles amenazas de la justicia del Señor; así es como Habacuc, unido a una de esas realidades, se traslada a Babilonia para llevar el alimento al profeta Daniel; así es como Felipe, unido a una de esas realidades, se traslada hasta el camino del eunuco de la reina de Etiopía, para abrirle los ojos sobre el espíritu de las santas escrituras; así es como San Pablo, unido a una de esas realidades, se traslada hasta el tercer cielo, donde oye cosas inefables. Así es como Job, David y todos los profetas del Señor, unidos a esas realidades, pasaban sus días y sus noches en la contemplación de las maravillas de Dios, en el gozo de la sensación de grandeza del hombre e incluso en los nutritivos dolores de la caridad, que. aunque sean mil veces más agudos que los dolores que paren al mundo, son.

sin embargo, la ambición del hombre de Dios, porque sabe que en ellos debe encontrar el consuelo y la vida.

Por eso, uniéndote a tales realidades, estableces en ti, sin darte cuenta, ese reino espiritual que sujeta por ti el peso del reino temporal y te pone a cubierto del aire corrompido y denso que se respira en él.

No has olvidado que tu palabra, a imitación de la palabra del Eterno, no debe retroceder ante tus enemigos y que, una vez que les has comunicado la firme resolución que tienes de someterlos, no debes ya permitirles su resistencia, hasta que hayas conseguido dominarlos por completo. Pues bien, ten la misma decisión en el propósito de unir tu ser a una de estas unidades superiores que no se dan cuenta del tiempo; entrégate a la búsqueda de este tesoro inestimable y estas unidades harán que no te des cuenta del tiempo más que ellas y te harán disfrutar, de antemano, de esa paz santa que mora con ellas en su atmósfera celeste; sino que aquí abajo no se conoce nada más que para servirle de víctima continua al tiempo.

Pero no seas impaciente, como los hebreos en el desierto, si tus éxitos no son tan rápidos como tus deseos son ardientes. Acuérdate «de todo el camino por el que el Señor, su Dios, los ha guiado durante cuarenta años, para castigarlos y probarlos, con el fin de que se descubriese lo que estaba oculto en su corazón y se supiese si eran fieles o infieles para cumplir los mandamientos; recuerda que los ha afligido con el hambre y que les ha dado como alimento el maná que era desconocido para sus padres, para hacerles comprender que el hombre no vive solamente de pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios; recuerda, finalmente, que el Señor, su Dios, se ha dedicado a instruirlos y organizados, lo mismo que el hombre se dedica a instruir y corregir a su hijo.

Además, hombre hermano mío y amigo mío, ¿no volvemos a trazar, con esta virtud amorosa, una viva imagen de nuestro principio? ¿Qué otra cosa hace desde lo alto de su trono, sino manifestar una magnanimidad inalterable por la cual se muestra paciente con todos los obstáculos y con todas las resistencias? Hagamos, pues, como él. un santo refugio en medio de los ambientes corrompidos que nos rodean. Estemos en él, *como el pájaro solitario en el tejado,* y que nuestros propios lamentos estén siempre moderados por la esperanza y por una seguridad inquebrantable. Si somos hijos de Dios, él no nos pierde de vista. Las tardanzas y las lentitudes deben entrar, lo mismo que los gozos, en los planes que él ha formado para nosotros y debemos estar seguros de que él

se ocupa de nosotros con todo cuidado, para que lo veamos siempre como nuestro padre, a pesar de que nos encontremos lejos de él.

Sí, nosotros podemos, a base de paciencia, demostrar nuestra unidad, nuestra superioridad sobre el tiempo, es decir, nuestra espiritualidad, *nuestra Divinidad.* Veamos lo que nos prepara la mano benefactora de este principio soberano, para cuando hayamos vencido ya el tiempo a base de paciencia:

La materia se precipita por debajo del espíritu y el espíritu se eleva por encima de nuestro cuerpo tenebroso. Se produce en nosotros una separación de lo puro y lo impuro y una unidad superior nos descubre un amplio campo Sin su socorro divino, el hombre se arrastra en el fango. Desde el fondo de su antigua morada, apenas puede descubrir a lo lejos algunos rayos de la claridad celeste y su oído, torpe y duro, ni siquiera puede suponer el armonioso concierto que forman los hijos de la luz ante el trono del Eterno. Pero, desde que esta vida suprema ha dejado caer sobre el hombre su rocío vivificante, ¿qué palabras podrían describir las dulzuras y los consuelos que le esperan? ¿Qué palabras podrían hacerle comprender el estado del pensamiento del hombre nuevo, cuando se encuentra dedicado a la contemplación de las obras de la sabiduría y al disfrute de los inefables arrobamientos que embargan su alma, por poco que ella se acerque al ámbito de la eternidad?

¡Bendita seas, fuente inmortal de todo lo que es! Sólo en ti está el ser y la vida, sólo en ti está la sensación de toda existencia, sólo en ti está la expansión de la alegría y la felicidad de toda criatura. Fuera de ti, no puede existir nada, ya que donde no estuvieses tú no habría sensación de existencia ni habría tampoco bendición, y ésos son los elementos eternos de la vida.

Hombre nuevo, hijo querido del espíritu, cuando te llegue el momento «de poner el pie en esta tierra prometida, después de que Dios te haya hecho jefe de este pueblo de talla elevada y sorprendente, de estos niños de Enac que verás tú mismo, que oirás tú mismo y a los que ningún hombre puede resistir, sabrás que es el mismo Señor el que pasará delante de ti como un fuego devorador que los reducirá a polvo, que los perderá, que los exterminará en poco tiempo delante de ti, tal como te ha prometido. Después de que el Señor tu Dios los haya destruido en tu presencia, no digas de corazón: es por mi justicia por lo que el Señor me ha hecho entrar en esta tierra y me ha dado su posesión, ya que estas naciones han quedado destruidas por culpa de sus impiedades, porque ni tu justicia ni tu rectitud de corazón son la causa de que entres en su país para poseerlo, sino que se destruirán cuando tú entres, porque

han actuado de forma impía y el Señor quería cumplir lo que había prometido, bajo juramento, a tus padres Abraham, Isaac y Jacob.

Sí, hombre nuevo, será por esta justicia y por este homenaje rendido al principio soberano por lo que te mantendrás en esta morada de reposo y de luz. Será por eso por lo que tus fuerzas aumentarán y se mantendrán; será por eso por lo que, aunque estés en medio del tiempo, te entregarás, por encima del tiempo, a las santas contemplaciones de las maravillas que se descubran a tu ser y que te sorprenderían tanto como tu propio nacimiento, si no estuvieses preparado para estos prodigios por la sensación de tu existencia divina.

Finalmente, por esta justicia y por este homenaje rendido al principio soberano podrás desarrollar cada vez más tus relaciones con estas unidades superiores que son las únicas que pueden eliminar para ti todos los vestigios del tiempo, haciendo que recorras continuamente con ellas las regiones que el tiempo no sabría abarcar en su círculo, ya que él es mixto y ellas son simples, ya que él sólo les ofrece una barrera frágil que la acción de ellas puede atravesar siempre y su acción combinada y obtusa no sabría jamás traspasar.

27

Hombre nuevo, «Cuando hayas entrado en al tierra prometida, acuérdate de no hacer sacrificios a tu Dios nada más que en el lugar que él haya elegido para que le rindas el culto que se le debe. No sólo no imitarás a esas naciones impías que han erigido altares en todos los lugares elevados, bajo árboles frondosos, y ofrecen en ellos sacrificios al sol y a la luna y a toda la milicia del cielo, sino que derribarás todos esos lugares elevados, todos esos altares y todos esos ídolos que han sido venerados. No dejarás que quede ni el mínimo vestigio de ese culto impío, tal como te lo ha ordenado el Señor tu Dios, e irás al lugar que te haya indicado el Señor para inmolar tus víctimas».

Este lugar ya lo has conocido, ya lo has visto, desde que recibiste el nacimiento, porque este lugar es ese mismo hijo querido, concebido del espíritu, a semejanza del que es hijo único del Señor por la virtud de su generación eterna.

Evitarás, por tanto, con sumo cuidado, ir a hacer sacrificios al Señor en otros lugares de tu ser que no sean este Santo de los Santos, que es el único asilo sagrado que él ha podido reservar en los escombros del templo del hombre.

Evitaras con sumo cuidado ir a preparar un altar a tus pensamientos ni a los aspectos tan variables de las especulaciones de tu espíritu

Evitaras con sumo cuidado ir a preparar un altar a las débiles conjeturas y a los tenebrosos conceptos de tu inteligencia

Evitaras con sumo cuidado ir a preparar un altar a todos los movimientos falsos del corazón del hombre, que no pretenden mas que establecer en el un culto sacrilego, ya que el mismo se somete al ídolo del templo y acapara la verdadera divinidad

Evitaras con sumo cuidado preparar un altar a toda la región de los astros «si no quieres que en el futuro tus huesos queden expuestos en el suelo a todas las estrellas del firmamento, como quedaron los huesos del rey Jeroboan»

Por el contrario, levantaras tu altar al único Dios verdadero en este hijo querido y concebido por el espíritu, ya que ese es el único lugar donde puede ser honrado, pues solo allí puede encontrar un ser que sea verdaderamente su imagen y semejanza y que tenga las cualidades necesarias para oír su lengua divina y comprender los oráculos de su sabiduría eterna Ademas, solo allí podras oír su voz sagrada, recibir respuestas que llenen tu inteligencia y satisfagan todos los deseos de tu corazón y todas las necesidades de tu espíritu

Compara las doctrinas de los demás dioses con la que puedas aprender del Dios único, en el santuario único que el ha escogido en el corazón del hombre Estos otros dioses te enseñaran maravillas sujetas al tiempo, maravillas que, si se cumplen alguna vez, serán con mas frecuencia todavía el juguete de las vicisitudes de la región mixta a la que estos dioses están vinculados servilmente maravillas que, aunque se cumplan, desaparecerán de tu memoria tan pronto como hayan pasado los hechos y no te dejaran mas huella que los acontecimientos que te han ocurrido en la infancia

Te darán a ciegas lo que se les ha dado, sin que puedan prever las consecuencias y sin que sepan si es para tu beneficio o para tu ruina, ya que están ciegos, aunque no deberían ser mas que los órganos de la luz, y, si no tomas las máximas precauciones para proteger estos órganos de todas las mezclas que los amenazan, podran transformarse en principios ante tus ojos y tomar ante ti el titulo y las características del maestro, a pesar de que no se les ha enviado nada mas que para que sean servidores ¡Da gracias todavía si no son sus propios enemigos los que vienen a ocupar su trono y arrastrarte asi del

error a la superstición, de la superstición a la idolatría de la idolatría a la iniquidad y a la abominación!

Con el Dios único que ha elegido su santuario único en el corazón del hombre y en este hijo querido del espíritu que todos debemos hacer que nazca en nosotros, no tienes que temer los mismos peligros y solo tendrás que recoger frutos saludables, porque es muy simple el ser verdadero, el único ser que es impasible a toda influencia que no sea la de la verdad ¡Ademas, se ha reservado para el solo el poder de darla a conocer y de manifestarla en toda su pureza!

Eso es lo que enseñaba al pueblo hebreo, mediante símbolos, por medio de su servidor Moisés *La tierra de la que vais a tomar posesión no es como la tierra de Egipto de la que habéis salido, donde después de echar la simiente se hace que llegue el agua mediante canales para regarla como se hace en los jardines* (imagen de los penosos cuidados que exige el cultivo de los Dioses artificiales, cuyos favores dependen de las leyes físicas de la naturaleza que pueden suspender el curso *del Nilo* y sumir a la tierra en la esterilidad y la penuria), *sino que es una tierra de montañas y de llanuras que espera la lluvia del cielo, que el Señor vuestro Dios ha visitado y sobre la cual echa miradas favorables desde el principio hasta el final del año Si por tanto obedecéis el mandamiento que os he dado hoy de amar al Señor vuestro Dios y de servirlo de todo vuestro corazón y de toda vuestra alma el dará a vuestra tierra las primeras y las ultimas lluvias para que recojáis de vuestros campos el trigo el vino y el aceite*

Si, hombre nuevo, ese es el verdadero templo en el que solo podras adorar al verdadero Dios del modo que el quiere que se haga, ya que todos los templos representativos y figurativos, que ha permitido que su sabiduría te conceda durante tu paso por las regiones visibles, no son mas que las avenidas que conducen a este templo invisible, al cual querría ver llegar en multitud a todas las naciones de universo El corazón del hombre es el único puerto donde el barco, lanzado por el gran soberano a la mar de este mundo para transportar a los viajeros a su patria, puede encontrar un asilo seguro contra la agitación de las olas y un fondeadero solido contra el ímpetu de los vientos

No le prohibamos la entrada, si no queremos merecer por su parte los reproches de la ingratitud y de la inhumanidad Por el contrario, tengamos un cuidado permanente para mantener *este puerto* en buen estado y quitar las arenas que puedan acumularse delante de el y que la mar vaya depositando en todo momento tengamos mucho cuidado de quitarle el fango y los sedimentos que

se amontonan todos los días y que al cubrir el fondo solido impedirían que el ancla del barco pudiese agarrarse y quedarse fija tengamos sobre todo mu cho cuidado para preparar todos los socorros que obraran en nuestro poder para aliviar a los infelices navegantes ya cansados por la mar y actuemos de tal forma que encuentren todos los consuelos que puedan desear, para que *este puerto* sea cada día mas frecuentado y resulte asi útil y querido para *todas las naciones* del universo

De esta forma restableceremos *entre nosotros nuestros hermanos y todos los países* un vinculo favorable que nos hará disfrutar de antemano de los beneficios de esta comunión universal, por la que hemos recibido la existen cía, que es el primer objeto de la ambición del hombre nuevo

Es inútil decir a este hombre nuevo que este barco lanzado por el gran soberano de los seres es el nombre del Señor, ya que es por este nombre pode roso por el que el hombre nuevo ha recibido el nacimiento Es inútil decirle que este nombre poderoso debe anclarse en el para poder dejar que pase la tempestad y continuar después su ruta hasta que pueda llevar a su destino a *los viajeros que* tiene a su cargo Este hombre nuevo conoce todas estas grandes verdades, pues sabe que ha nacido, que existe y debe existir exclusivamente para la conservación de la ley del Señor y para cooperar con toda su fuerza en los designios benefactores que la sabiduría Divina produce incesantemente para el bien de la posteridad humana

Pero no podemos evitar recordar también aquí cuales son los maravillosos efectos que produce en nosotros este nombre maravilloso, cuando se digna a descender hasta nuestra miseria y distribuir sus influencias benefactoras sobre todos nuestros miembros y sobre todas nuestras facultades Me comprenderán los que estén instruidos, cuando les diga que este nombre hace que nos venga como de improviso, una afectuosidad, por no decir una sensación, tan nueva tan dulce y tan consoladora que parece que nuestra primera existencia ha que dado abolida y borrada y la ha sustituido otra de una índole que no hubiese mos podido concebir, por mas que se hubiese tratado de explicárnosla, si ese nombre no nos aportase por si mismo su influencia

Hombre, cualquiera que tu seas, si, por tu perseverancia y tu oración, pue des conseguir que la mano benefactora que vela por nosotros te haga sentir asi algún día tu doble existencia, encierra celosamente estas alegrías en tu cora zon y prostérnate. Es posible que después de estos dulces favores, tengas de nuevo apatía y lentitud, pero estas tormentas pasaran por encima de tu cabeza

se sembrara el grano, lo cubrirá la tierra y seguirá allí, en su apacible oscuridad, su prospero crecimiento, a pesar de *los vientos las nieves las heladas y las escarchas* que puedan cubrir la superficie *de la tierra,* y no dejara de presentar sus frutos y su fértil abundancia cuando llegue la estación de la recolección

28

¿Por que ibas a tener miedo a volver demasiado a la carga para avisar a este hombre nuevo de las leyes que debe seguir, si quiere llegar a su meta, y de las alegrías y los consuelos que le esperan desde el momento en que este bajo la mano del Señor? ¿No es a base de golpes repetidos como el obrero llega a romper la roca y sacarle la piedra que va a formar parte del edificio? ¿No es cierto que se necesita realizar un trabajo constante para llegar a darle la forma y el acabado que debe tener, antes de ponerla en su sitio?

Ten presente, hombre nuevo, a que precio debes mantenerte en el puesto que Dios te haya dado Moisés decía a los hebreos «Si vuestro hermano, hijo de vuestra madre, o vuestro hijo, o vuestra esposa tan querida, o vuestro amigo, al que queréis como a vuestra alma, quiere convenceros y viene a deciros en secreto *vamos a servir a dioses extraños que son desconocidos para nosotros, como lo han sido para vuestros padres los dioses de todas las naciones que nos rodean tanto si son cercanas como si son lejanas de un extremo a otro de la tierra* no os dejéis convencer y no lo escuchéis ni tengáis ninguna compasión con este individuo No lo perdonéis ni guardéis en secreto lo que os haya dicho Matadlo inmediatamente Que vuestra mano le de el primer golpe y después siga golpeándolo todo el pueblo»

Hombre nuevo, en ti mismo se pueden encontrar *todos estos padres infieles,* a los que tienes prohibido perdonar No respetes a ninguno de ellos Si es el mas querido de todos ellos el que trata de insinuarse a tu espintu y atraerte a un culto que pueda engañar a cualquier otra parte de ti mismo distinta a aquella en la que la voz de tu Dios se ha hecho oír cuando el mismo ha encendido su lampara viva en el santuario de tu propio templo, recházalo lejos de ti, dale un golpe sin piedad, entrégalo a la justicia del pueblo y haz que expire bajo la espada de tu ira Cuanto mas severo estes con estos padres seductores, mas aseguraras el reino de la gloria de tu maestro, porque con ello conservaras mejor la unidad, la sencillez y la santidad de este hijo querido que debe representarlo sobre la tierra

Acostúmbrate también de antemano a abarcar de un gran vistazo el círculo que debes recorrer y que no sólo comprende la eternidad y el tiempo, con todas las causas de todo género que hacen que se mueva, sino además todas las leyes que esta sabiduría eterna ha dado al hombre desde el momento de su caída y que va poniendo continuamente delante de él. a medida que gira la rueda de los siglos, y en las que puede reconocer siempre el mismo espíritu, el mismo amor, la misma justicia, la misma bondad, tanto si observa estas leyes en la primera edad de ellas como si lo hace en sus diversos estados de desarrollo, ya que es la unidad la que las ha dictado y es también la unidad las que las dirige y hace que crezcan y manifiesten su luz, cuando llega el momento.

La única diferencia está en que esta leyes te han parecido duras y difíciles, mientras no has sido admitido nada más que al primer recinto de este santuario, ya que este recinto es el que limita con las naciones extranjeras, contra las cuales tenías que estar siempre en guardia, mientras que, cuando penetras en los recintos interiores, estas leyes te parecen suaves y tranquilas como la atmósfera de la eternidad, porque serán ellas las que actuarán en ti y por ti y las que te harán que disfrutes de este descanso.

Éste es el Sabbat que el reparador, del que tú eres imagen y hermano, ha traído a la tierra y ha querido que penetre en el corazón de todos los hombres, porque él mismo era ese lugar de reposo y sabía hasta qué punto parecía su obra tranquila y deliciosa, en comparación con la obra complicada de todos los agentes inferiores, pues, cuando dice que el hombre era el señor del propio sabbat. quería referirse solamente a esta obra laboriosa y llena de tormentos, que había dominado hasta ahora al género humano y que este reparador divino había venido a abolir para poner en su lugar la obra de la paz y el sabbat del amor.

Además, ¿qué nos dice la sabiduría cuando queremos contemplar nuestros caminos y los penosos senderos de nuestro regreso a la luz? Nos dice: disipad vuestras tinieblas materiales y encontraréis a Dios. Cuando se desenredó el caos de la naturaleza, apareció el hombre como si fuese el órgano de la verdad para la administración del universo. Cuando se disipó el caos espiritual en que se había sumido el hombre culpable, se mostró el reparador como la vida del espíritu y el agente supremo de nuestra liberación y nuestra regeneración. Fue entonces cuando el nacimiento del río pudo decir a las aguas que fluían: *Vosotras sois mi regeneración.* Fue entonces cuando se pronunciaron en realidad esos pasajes proféticos y figurativos, tan repetidos en las escrituras: *sabréis que yo soy el Señor, yo seré vuestro Dios v vosotros seréis mi pueblo.*

Por tanto, si no hemos disipado nuestras tinieblas materiales, para encontrar al hombre, y nuestras tinieblas espirituales, para encontrar a Dios, ¿cómo podemos notar efectivamente que se cumple en nosotros esta verdad, cómo podemos sentir de nuevo que Dios engendra nuestra alma, cómo podemos conocer ese sabbat que no se encuentra nada más que en Dios, cómo podremos ver que aparece en nosotros el hombre nuevo, cómo podemos ver que se levanta en nosotros ese edificio y ese templo imperecedero, en el que debe arder eternamente el fuego sagrado y en el que no deben dejar de inmolarse víctimas, para manifestación de la gloria y el poder de Dios, que sólo puede ser conocido y honrado por medio de los que son santos?

Pero no nos engañemos. No hemos llegado aquí abajo a esta feliz meta nada más que para disfrutar de ella durante algunos momentos pasajeros y por un espacio intermedio, en vista de la privación a la que estamos condenados, y no podemos oír de forma constante e ininterrumpida la palabra continua que crea en todo momento. ¿Pero no es lo suficientemente grande esta verdad que podemos conocer desde este mundo, o sea, que el corazón del hombre es la zona que ha elegido la Divinidad para su lugar de reposo y que lo único que pide es venir a ocuparla? ¿No es una verdad muy grande para nosotros saber que Dios no ha elegido semejante lugar de reposo nada más que porque el corazón del hombre es amor, ternura y caridad y porque, por consiguiente, este secreto nos descubre la verdadera naturaleza de nuestro Dios, que consiste en ser eternamente amor, ternura y caridad, sin lo cual no trataría de habitar en nosotros, si no fuese a encontrar estos beneficios indispensables?

Alma del hombre, piensa en cuidarte, en limpiarte meticulosamente, ya que estás destinada a recibir a semej ante huésped. Piensa que debes ser el espejo del eterno, sí, el espejo, el reflejo activo de su amor. Aunque no pases, por decirlo así, más que un día en la tierra, ya es tiempo suficiente para observar y conocer no sólo cuál es la meta de tu existencia, sino también cuál es el camino que se te ha marcado para mantenerte en el puesto, cualquiera que sea, que quiera confiarte la sabiduría suprema durante esta estancia pasajera.

Vemos que el sol recorre todos los días un arco de su gran círculo. Vemos que este arco es cada día el único que recorre para nosotros y vemos que va siguiendo todos sus puntos con una regularidad perfecta. Aprendamos su lección y tomemos el ejemplo que debemos seguir. Veámonos todos nosotros como astros que tienen que recorrer un arco cada uno en la gran esfera de la obra de nuestro Dios. Desde el *polo* hasta *el ecuador,* cualquiera que sea nuestra latitud, recorramos nuestro arco con fidelidad y sin dejar que se escape el

mínimo murmullo, sin el mínimo movimiento de celos ni deseo de tener que aparecer en un clima más afortunado que el que tenemos asignado. Recorramos nuestro arco, lo mismo que lo hace continuamente el sol, sin tener en cuenta si brillamos sobre *la Arabia feliz* o sobre *las arenas del África* o sobre *los desiertos de Tartaria.* Recorramos nuestro arco, como él, purificando las regiones que se encuentren bajo nuestro paso y sin dejar nunca que se empañe nuestro fulgor por las manchas y las influencias infectas que se levantan de estas regiones.

No tengamos ambición por cubrir en nuestro recorrido un campo mayor que el que tengamos asignado. Si bastase con un solo hombre para atender las necesidades de todas las regiones del universo, la sabiduría eterna no

glorificado y que Dios está glorificado en él, y entonces es cuando les da las principales instrucciones relacionadas con la obra que va a consumar y que ellos deben compartir con él: «os doy un nuevo mandamiento: que os améis los unos a los otros como yo os he amado. En eso conocerán todos que sois mis discípulos, si tenéis amor los unos por los otros». Dijo esto para que comprendiesen que la obra de este maestro era la obra de) amor y que jamás podrían ser la imagen y semejanza de su principio si no se hacían, por sus obras y por su sacrificio, la imagen y semejanza de este amor.

61

«Que vuestro corazón no se preocupe. Creéis en Dios, creéis también en mí. Hay muchas moradas en la casa de mi padre. Si no fuese así, os lo habría dicho, porque me voy para prepararos el sitio. Y, después de que me haya ido y os haya preparado el sitio, volveré y os llevaré conmigo, para que estéis donde yo esté». Esta morada que tenía que preparar era la que la fuerza perversa había usurpado en el universo y en el hombre, al que el espíritu venía a devolverla para que se cumpliesen los decretos del amor y de la justicia del ser soberano. Estas moradas diferentes que hay en la casa del padre son los diferentes dones y las diferentes recompensas que se han prometido a los que los hayan hecho valer.

Sabéis muy bien adonde voy y conocéis el camino. Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie llega al padre, si no es por mí. Porque hemos visto que, si no naciese en nosotros un hijo, jamás sería conocido ni manifestado nuestro ser y todos los seres de deseo que se elevan en nosotros no llegarían jamás a nuestro estado fundamental y constitutivo, sin la mediación de este hijo que debe nacer en nosotros, si queremos que se restablezca la armonía universal.

«¿No creéis que yo estoy en mi padre y que mi padre está en mí? Lo que os digo no os lo digo por mí mismo, sino que mi padre, que mora en mí, es el que hace las obras que yo hago. ¿No creéis que yo estoy en mi padre y que mi padre está en mí? Creedlo, aunque sólo sea por las obras que yo hago». ¿Cómo no íbamos a creer en nuestro ser esencial y fundamental, si vemos que le nace un hijo en nosotros? Al mismo tiempo, ¿puede ofrecer este hijo testimonios reales de su padre, si no está continuamente en este padre y si su padre no está continuamente en él? Esta observación habría podido influir en los que dudan

de la Divinidad del reparador y, a la hora de la verdad, no dudan tanto de la Divinidad de este reparador, nada más que porque no dudan mucho de la divinidad de la materia y porque no se han preocupado de trabajar para que nazca en ellos un hijo, *ya que, si el hombre no renace de nuevo, no puede entrar en el reino de los cielos.*

Pero si hubiesen trabajado para hacer que nazca en ellos un hijo, sería a ellos a quienes se dirigiese esta palabra: «Cualquier cosa que pidáis a mi padre en mi nombre, yo la haré, para que mi padre sea glorificado. En verdad, en verdad os lo digo: el que crea en mí hará las obras que yo hago y las hará aún mayores, porque yo me voy a mi padre» y de este modo (como se ha indicado en el hombre de deseo), la acción que envíe este reparador será más abundante y más poderosa, ya que procede, al mismo tiempo, de la acción del padre y de la acción del hijo juntas, y en la tierra no ha actuado nada más que como hombre, en el poder del espíritu, mientras que, por su reunión con su padre, actuará como Dios y por el poder de la misma unidad, imagen perfecta de las dos leyes que hemos observado ya con frecuencia, la última de las cuales es la única que puede completar nuestra reconciliación, uniéndonos de nuevo a nuestro verdadero origen, lo mismo que el reparador, después de su obra temporal, se ha reunido con su padre.

«Si me amáis, guardad mis mandamientos y rogaré a mi padre y Él os dará otro consolador, para que se quede eternamente con vosotros el espíritu de verdad que no puede recibir el mundo, porque no lo ve ni lo conoce; pero vosotros lo conoceréis, porque se quedará con vosotros y estará en vosotros». Este mismo hijo espiritual, nacido de nosotros y en nosotros por obra divina, es el que se convierte en nuestro consolador, lo mismo que se ha convertido en nuestro libertador, a imitación y conformidad del consolador universal y del libertador eterno que quiere que repitamos en nosotros mismos la obra que ha realizado en todo nuestro círculo. Este consolador debe, en realidad, quedarse eternamente con nosotros, desde que ha nacido del espíritu de Dios, mientras que los demás niños que dejamos que nazcan todos los días en nosotros mismos no ven que subsista su raza, porque son hijos del mundo. Por eso es por lo que este consolador particular no puede ser recibido por el mundo, porque es ajeno al mundo, como la luz es ajena a las tinieblas, y porque el mundo no lo ve ni lo conoce.

«No os dejaré huérfanos, vendré con vosotros. Dentro de poco, el mundo no me verá; pero vosotros me veréis, porque yo vivo y vosotros viviréis también. Ese día sabréis que yo estoy en mi padre y vosotros en mí y yo en

vosotros». El alma del hombre alimenta a su propio hijo. *Porque, lo mismo que el padre tiene la vida en sí mismo, ha concedido al hijo tener la vida en sí mismo.* Además este consolador no debe dejar en nosotros ningún huérfano, porque tiene la vida en sí y puede comunicarla a todos los suyos.

Todo lo que hay en nosotros puede ver a este consolador, porque él vive y da a todo lo que hay en nosotros la facultad de vivir como él. Entonces es cuando todo lo que hay en nosotros reconoce que el consolador está en su padre, que todo lo que hay en nosotros está en este consolador y que este consolador está en todo lo que hay en nosotros.

El que ha recibido mis mandamientos y los guarda es el que me ama. El que me ama será amado por mi padre y yo lo amaré también y me manifestaré ante él. Todo lo que en nosotros es fiel a la voz de nuestro consolador particular y observa sus mandamientos es fiel a este consolador y será amado por el padre de este consolador y este consolador lo amará y se manifestará a él, pero, como este consolador, o el hijo que debe nacer en nosotros, tiene todo lo que hay en su padre, ¿qué maravillas no debe comunicar a quien él quiera descubrirse en nosotros, es decir, a los que lo aman y observan sus mandamientos?

La palabra de consciencia tiene, sin duda, muchos derechos a nuestras muestras de respeto y es la palabra más grande que pueda emplear la sabiduría vulgar; pero es infinitamente menor que el nombre de este hijo y de este consolador espiritual que puede nacer en nosotros e iluminarnos.

«Si alguno me ama, guardará mi palabra y mi padre lo amará y vendremos a él y pondremos en él nuestra morada. El que no me ama, no guarda mi palabra, y la palabra que habéis oído no es mi palabra, sino la de mi padre que me ha enviado». Este consolador, o este hijo espiritual que debe nacer en nosotros, no sólo se descubre a todo lo que hay en nosotros que lo ama, no sólo comunica todo lo que recibe de su padre a lo que hay en nosotros que lo ama y cumple sus mandamientos, sino que hace que el padre ame también en nosotros todo lo que ama este consolador y vengan juntos a nosotros y establezcan aquí su morada. Pero, al no ser la palabra de este consolador, o de este hijo que debe nacer en nosotros, su palabra, sino la de su padre, no puede manifestarse en nosotros si no se manifiesta también su padre y nace en nosotros con él.

«Os he dicho esto cuando todavía estoy con vosotros; pero el consolador, que es el Espíritu Santo que enviará mi padre en mi nombre, os enseñará todo

y hará que recordéis todo lo que os he dicho» Este nuevo consolador que se nos ha anunciado es el mismo que ha nacido ya en el hombre nuevo; pero la diferencia que hay entre uno y otro es que el primero ha nacido en nosotros en la amargura y en el dolor, mientras que el segundo debe nacer en la alegría, lo que no puede ocurrir mientras no realice y efectúe en nosotros físicamente todos estos consuelos, todos estos desarrollos, todas estas virtudes, todas estas luces que no había hecho más que anunciamos durante el trabajo penoso de su obra y durante la permanencia que ha querido tener en nuestras tinieblas y en nuestros abismos. Entonces es cuando hace que nos acordemos de todo lo que nos ha dicho antes.

«Os dejo la paz, os doy mi paz; pero no os la doy como la da el mundo... Que vuestro corazón no se preocupe ni se asuste... Habéis oído que os he dicho: me voy y vuelvo con vosotros». Nos deja la paz de la esperanza y esta paz es real, porque es la suya misma. No nos la da como la da el mundo, ya que la paz del mundo no es más que una oscuridad que nos lleva siempre por caminos tenebrosos para que no lleguemos nada más que a decepciones, mientras que la paz del consolador o del espíritu que nace en nosotros es una paz viva, una paz de fuego que cada día es más clara y que no debe terminar nada más que con el esplendor de la luz.

Por tanto, no tengamos miedo a la inquietud en que nos deja este espíritu durante algunos momentos. Alimentémonos con la paz y la esperanza que nos ha dado y tengamos la seguridad de que regresa a su padre solamente para volver con nosotros cargado de las mayores riquezas y de los tesoros más valiosos. ¿No va a buscar nuestro enemigo otros siete espíritus para apoderarse de la casa que ha dejado? ¿Cómo no va a tener el consolador y príncipe de la paz y del poder los mismos poderes en el orden de la verdad?

«Si me amaseis os alegraríais de lo que os he dicho: que me voy con mi padre, porque mi padre es mucho más grande que yo». Deseemos que nuestro consolador particular, o el espíritu que debe nacer en nosotros, vuelva pronto con su padre, porque su padre es más grande que él y porque, con ello, tenemos que conseguir nuevas fuerzas, nuevos favores y nuevos consuelos. Si lo amamos, tenemos que desear este regreso a su padre, porque así debe hacer no sólo nuestra felicidad, sino también la suya propia, por su unión con su origen.

De ahora en adelante, ya no os diré nada, porque va a venir el principe del mundo y no hay en mi nada que le pertenezca La voz de la verdad o de nuestro consolador se calla cuando se acerca la voz de la mentira para hacer que

suframos otra prueba se calla para hacer que desarrollemos nuestras fuerzas: se retira, porque el enemigo no tiene nada que hacer con ella, sino con nosotros.

Pero me voy para que el mundo sepa que amo a mi padre y que hago lo que mi padre me ha ordenado. Si amamos a nuestro consolador o al espíritu que debe nacer en nosotros, *no* dejaremos de volver hacia él, para que todo lo que hay en nosotros sepa que lo amamos y que somos fieles al mandamiento que nos ha hecho de considerarlo como la causa de nuestras alegrías y el agente benéfico de nuestra liberación. No dejaremos de tributarle acciones de gracias por todos sus favores y, acercándonos a él todo lo que nos sea posible, le daremos verdaderos testimonios de nuestro agradecimiento y de nuestro amor.

62

Yo soy la verdadera viña y mi padre es el viñero. Me cortará todos los sarmientos que no den fruto y preparará los que tengan fruto, para que den más aún. Lo que hace el reparador en toda la familia humana lo hace el espíritu en nuestro hijo espiritual, para darle una constitución sana y robusta y para hacer que produzca numerosos frutos, y, a su vez, este hijo espiritual debe hacerlo en nosotros con todo nuestro ser. Pero este hijo espiritual es nuestra verdadera viña, cuyos sarmientos son nuestras facultades, lo mismo que todo nuestro ser es un sarmiento de la viña universal o del reparador eterno.

Vosotros ya sois puros por la palabra que os he dicho: morad en mí y yo, en vosotros. Por parte de la verdad, esta simple invitación tiene un efecto activo, porque no puede tener lugar nada más que por la manifestación de la palabra y la palabra de la verdad no se pronuncia sin difundir alrededor de ella la pureza, de la que ella es principio. Además, si se ha oído la palabra, ya se está puro. Por eso no tendrá excusa el que la haya oído y no la practique, porque no le habrá faltado la luz ni los medios. El espíritu nos hace que oigamos todos los días esta palabra:

«Lo mismo que el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo, sino que tiene que estar unido a la cepa, así también vosotros tampoco podéis darlos si no estáis unidos a mí. Yo soy la cepa de la viña y vosotros, los sarmientos. El que mora en mí y yo en él da frutos abundantes, porque no podéis hacer nada sin mí». Es dulce y consolador sentir que nuestra fructificación depende de nuestra adhesión al espíritu y a la palabra, sentir que se debe producir en nosotros un

matrimonio real de la palabra con el ser divino y que de él nace este hijo espiritual y este hombre nuevo que nos hace ver las bellas campiñas de la tierra prometida.

Pero, siempre fíeles a la naturaleza, no contamos con la solidez de esta alianza y con los largos días del que debe recibir su nacimiento en nosotros, nada más que en la medida en que la vida divina venga a establecerse en nosotros, como de incógnito, y se forme, como en secreto, una fuente viva e inagotable cuyos arroyos van todos a formar, a su vez, alianzas particulares con todas las formas y todas las propiedades de nuestro ser.

No podemos sentir esta verdad deliciosa y activa sin reconocer la certeza de estas palabras: «no podéis hacer nada sin mí... el que no viva en mí será expulsado fuera, como un sarmiento inútil. Se secará y lo cogerán para echarlo al fuego, donde se quemará». ¿Queréis evitar este espantoso peligro? Evitad que todo vuestro ser pase sus días en la esterilidad y en la sequedad. ¿Queréis, repito, evitar este peligro? Poned delante de vosotros el nombre del Señor. Que ese altar esté siempre levantado y preparado para recibir vuestras ofrendas. No toméis una decisión, no permitáis un movimiento de vuestro ser, sin venir antes a presentarlo al templo, como ordenaba la ley de los hebreos para las primicias de todos los productos de la tierra; tened siempre el incensario en la mano para honrar a aquél de quien tenéis este hijo del hombre, este primogénito vuestro que se convierte en vuestro guía en los penosos viajes y que debe enseñaros a celebrar ese nombre del Señor en vuestros éxitos, en vuestras necesidades, en vuestros consuelos, en vuestros apuros, ya que, sin él, todas las ramas de vuestro árbol espiritual se quedarían secas y estarían condenadas al fuego y, sin él, estaríais sin actividad, sin penitencia, sin valor, sin humildad, sin amor, sin confianza, ya que, finalmente, sin él todo lo que hay en vosotros estaría sin palabra.

Por el contrario, «Si moramos en él y sus palabras moran en nosotros, pediremos todo lo que queramos y se nos concederá, porque la gloria de su padre es que demos muchos frutos y nos hagamos sus verdaderos discípulos».

«Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor, lo mismo que yo he guardado también los mandamientos de mi padre y me mantengo en su amor». Ése es el efecto de la verdadera morada del hombre nuevo, porque no puede habitar nada más que en su padre, ya que es de él de quien recibe continuamente la vida, y es una morada parecida la que nos promete el hombre nuevo o nuestro hijo espiritual, si nos mantenemos en su amor, como él se

mantiene en el amor de su padre. Pero mantenerse en el amor del Señor es no salir de él y es no ir a otro sitio, es no moverse ni siquiera de su lugar, y, si este amor del Señor pudiese persistir en nosotros con la misma constancia, ¿no sería nuestra felicidad imperturbable, a partir de ese momento? ¡Qué grandes y poderosos son los que están tranquilos, quietos y plácidos como está la vida de la unidad en la unidad!

Os he dicho esto para que mi alegría esté en vosotros y vuestra alegría sea plena y perfecta. Si el hombre nuevo nos comunica la alegría de que está lleno, que él saca continuamente de la *alegría de* su padre, nuestra alegría será plena y perfecta, porque será el fruto divino de la vida eterna y este fruto no puede manifestar su madurez y toda la dulzura de sus sanos jugos nada más que cuando ha llegado hasta el alma del hombre y ha impregnado y vivificado todas sus facultades, hasta el punto de que se hayan convertido a su vez en árboles soberbios y fértiles, a imitación del árbol no creado, cuyas representantes en la tierra deben ser ellas.

«Nadie puede tener un amor más grande que el de dar la vida por sus amigos. Seréis mis amigos si hacéis lo que yo os mando». ¿Qué es lo que nos manda el espíritu? Que le dejemos pasar a nosotros y manifestarse por nosotros, para que sea conocido por las naciones y se llene todo de su luz y su plenitud. La forma de hacernos sus amigos consiste en que él no pueda pasar a nosotros sin dejamos rayos de la vida de la que él es el origen y sin pronunciarse él mismo en nosotros, según nuestro propio modo y según todas las formas de nuestro ser.

«Ahora ya no os voy a llamar servidores, porque el servidor no sabe lo que hace su amo, sino que voy a llamaros amigos, porque os he hecho saber todo lo que he aprendido de mi padre. No sois vosotros quienes me habéis elegido a mí, sino que he sido yo quien os ha elegido a vosotros y os he puesto para que deis muchos frutos. Eso es lo que pretende en realidad el espíritu con nosotros y eso es también lo que quiere el hombre nuevo y para eso es para lo que se propaga el amor y, cuando todo lo que hay en nosotros se ha hecho amigo, nos hacemos amigos del Señor.

«Si os odia el mundo, sabed que me ha odiado a mí antes que a vosotros. Si vosotros fueseis del mundo, el mundo amaría lo que es suyo; pero, como vosotros no sois del mundo, os he elegido y os he apartado del mundo». Nuevo cuadro del destino primitivo del hombre, por el cual debía flotar por encima de *este mundo* y beber continuamente su misión divina en la fuente superior y eterna.

«El servidor no es más que el amo. Si me han perseguido, os perseguirán a vosotros; pero os darán todos estos malos tratos por causa de mi nombre, porque no conocen al que me ha enviado». El enemigo, que se ha apoderado del reino de este mundo, extiende su odio a todos los que se ponen de parte del que ha hecho su adversario y, si vemos cómo ha tratado sus obras, no debe extrañarnos el modo de tratar a sus obreros. ¿Pero qué podemos temer, si sabemos unirnos a esta verdad? El enemigo, que, con sus planes, no hace más que perjudicarse y no ha podido hacer nunca nada contra la verdad, no podrá hacer nada contra nosotros, si nos unimos a ella y, siguiendo su ejemplo, planeamos por encima de la región de los destinos.

«Si yo no hubiese venido y no les hubiese hablado, no habrían pecado; pero ahora no tienen excusa para su pecado. El que me odia a mí odia también a mi padre». Ver al hijo y no reconocer al padre es no tener fe, inteligencia ni voluntad. Es no tener inteligencia, porque el que ve al hijo ve al padre; porque ocurre con esta manifestación lo mismo que con la de nuestra palabra, en la que aquéllos a quienes la manifestamos pueden ver nuestro pensamiento, que es su padre, Es no tener voluntad, porque esta palabra que se presenta bajo la forma humana nos anuncia de forma bastante clara cuáles son nuestros derechos y nuestros privilegios y lo que podrían hacer que consiguiésemos, con poco que quisiésemos utilizarlos.

Por eso es por lo que el reparador añade: «Si no hubiese hecho entre ellos obras que nadie más ha hecho, no habrían pecado; pero ya las han visto y nos han odiado a mí y a mi padre». Pues, si el que ve al hijo ve al padre y el que ama al hijo ama al padre, es imposible, por la misma razón, odiar al hijo sin odiar al padre, teniendo en cuenta que el padre está en el hijo, lo mismo que el hijo está en el padre.

«Pero, cuando haya venido el consolador que os enviaré de parte de mi padre, el espíritu de verdad que procede del padre, dará testimonio de mí». Desgraciadamente, es posible que los que no hayan visto al padre en el hijo no vean tampoco al espíritu, y entonces será cuando se confirmará y comprobará su falta, de tal modo que no tendrán ninguna excusa y para ellos la justicia, en vez de convertirse en misericordia y amor, *se convertirá en condena* (Salmo 93: 15).

Pero, en cuanto a vosotros, *también daréis testimonio, porque estáis conmigo desde el principio.* ¿Cómo no van a dar testimonio de él ante el consolador los que hayan visto al hijo y hayan estado con él desde el principio, cuando,

después de ver al hijo, pueden dar también testimonio del padre? Es un testimonio semejante el que esperará el hombre nuevo de todo el que está en él. ya que su pensamiento, su palabra y su obra estarán íntimamente vinculadas y dar testimonio de uno es dar testimonio de los otros dos.

63

«Os he dicho estas cosas para protegeros de escándalos y caídas. Os echarán de sus sinagogas y llegará un tiempo en el que cualquiera que os dé muerte creerá que hace un sacrificio a Dios. Os tratarán así porque no conocen a mi padre ni a mí». El escándalo es la vergüenza de la inteligencia, tanto por parte del que lo produce como por parte del que lo recibe, porque el que tiene los ojos abiertos se observa en sus propias medidas y distingue muy bien las de los demás, para no dejar de darles lo que les pertenece, bien sea por su dedicación, cuando son justas, o por la condescendencia y la piedad, cuando no lo son.

«No os lo he dicho desde el principio, porque estaba con vosotros. Ahora me voy con el que me ha enviado y ninguno de vosotros me pregunta dónde voy; pero, cuando os he dicho todo esto, se ha llenado de tristeza vuestro corazón». Estos escándalos no pueden ocurrir cuando el espíritu de la verdad está habitando en el hombre, porque él lo aclara todo. Por eso es por lo que el hombre se aflige cuando prevé periodos en los que tendrá el trabajo de separar él mismo la luz de las tinieblas, porque estará solo. Pero no prevé que esos periodos no son nada más que para prepararle el camino para la realización de su obra, sin lo cual se llenaría de consuelos.

«Os conviene que yo me vaya, porque, si no me voy, el consolador no va a venir a vosotros; pero, si yo me voy, os lo enviaré». ¿Cómo iba a nacer en nosotros el consolador o la obra efectiva, si la voluntad, el amor y la palabra no nos lo envían? ¿Y cómo nos lo iba a enviar esta palabra, si no volviese a su padre, de donde ha nacido?

«Y, cuando haya venido, convencerá al mundo en lo relacionado con el pecado, en lo relacionado con la justicia y en lo relacionado con el juicio. En lo relacionado con el pecado, porque no han creído en mí», a pesar de tener en ellos una palabra que les demostraba la existencia de su pensamiento, como mi palabra y mis obras les demuestran la existencia de mi padre.

En lo relacionado con la justicia, porque me voy con mi padre y ya no me veréis, teniendo siempre en cuenta que yo no he aparecido junto a vosotros nada más que para liberaros de vuestra esclavitud y de vuestras cadenas y que ahora es preciso que se os deje desarrollar vuestras fuerzas para que alcancéis la meta y consigáis las recompensas prometidas a todos los fieles servidores.

En cuando al juicio, porque el príncipe del mundo ya está juzgado, y la presencia del consolador dará a conocer a este príncipe del mundo que ya no tiene nada que esperar, que sus proyectos están desconcertados y sus fuerzas, destruidas, que van a caer sobre él y sus seguidores la vergüenza, la confusión y los castigos más horribles, mientras que la luz y los consuelos van a llenar a los que él ha querido convertir en sus víctimas. No podéis dudar de la existencia de estos tres testimonios del espíritu, ya que el hombre nuevo, que es la imagen de este espíritu, puede hacer que encontréis los tres en vosotros mismos.

«Tengo todavía muchas cosas que deciros; pero no podéis soportarlas ahora. Cuando haya venido el espíritu de la verdad, él os enseñará toda la verdad, pues no hablará de sí mismo, pero os dirá todo lo que haya oído y os anunciará lo que vaya a ocurrir». El hombre nuevo descubre en él cada día nuevos resplandores, que no pueden captar aún las diversas inteligencias de su ser. Está obligado a encerrarlos dentro de sí mismo, hasta que estas inteligencias hayan adquirido más fuerzas y más consistencia, es decir, hasta que los rayos del espíritu hayan transformado su substancia incompleta en una substancia de realidad y de verdad; pero, al mismo tiempo, se llena cada día de una nueva esperanza en que se cumplan estos efectos beneficiosos, porque, al combatir con valor la apariencia que lo rodea, llega a sentir en sí mismo como el contacto de la vida misma, como ese *punctum saliens* del que tiene motivos para pensar que, con el tiempo, no pueden salir más que ríos abundantes que no dejarán en la esterilidad a ninguna de las regiones de su ser.

«Él es quien me glorificará, porque tomará de lo que hay en mí y os lo anunciará. Todo lo que tiene mi padre es mío y por eso es por lo que os he dicho que cogerá de lo que es mío y os lo anunciará». Cuando el espíritu coja de lo que es del hijo, cogerá lo que es del padre, ya que todo lo que es del padre es del hijo. Por eso es por lo que glorificará al hijo, porque desarrollará y manifestará como pertenecientes al hijo, las maravillas de las que el padre es origen y depositario. Por eso es por lo que la gloria del hombre nuevo será tan grande cuando todas su facultades hayan sido renovadas por el espíritu, porque este espíritu dará así testimonio de que el hombre nuevo está, a su vez, lleno de las maravillas del padre y esta Divinidad suprema ha pasado, en realidad, por completo a él.

Dentro de poco ya no me veréis y, un poco después, me veréis, porque me voy a mi padre. La primera aparición que hace el hombre nuevo en vosotros está velada y cubierta por las nubes de la región figurativa y pasajera y no puede tener más que *un* tiempo y cuando se cumple ese tiempo, tiene que terminar: pero sólo termina para volver con más esplendor, ya que el hombre nuevo, al acercarse al origen del que procede, toma una nueva vida y una existencia completamente espiritual, palabras que *los apóstoles no podían comprender.*

En verdad, en verdad, os digo que lloraréis y gemiréis, mientras el mundo está contento. Estaréis tristes; pero vuestra tristeza se convertirá en alegría. ¿Por qué va a estar el mundo contento cuando haya desaparecido el hombre nuevo? Porque creerá que este hombre nuevo ha desaparecido para siempre y porque este hombre nuevo es para él un ser escandaloso que, con su sola presencia, le reprocha su nada y su impiedad. *El mundo* hace con el hombre nuevo lo mismo que hizo Herodes con el precursor en Jerusalén.

«Cuando una mujer da a luz, está triste porque le ha llegado su hora; pero, después de nacer el niño, con la alegría que tiene por haber traído un hombre al mundo, se olvida por completo de todos sus dolores». Ésta es la alegría que el hombre nuevo puede conocer sólo cuando se da cuenta de que ha salido de la esclavitud y del lugar de tinieblas y de que el espíritu lo ha traído a la vida. Sentirá esta alegría de una forma mucho más viva cuando se confirme en él este nacimiento con la presencia del consolador.

«Ahora estáis tristes; pero os veré de nuevo y se alegrará vuestro corazón y nadie os quitará la alegría», porque el hombre que habréis puesto en el mundo no habrá nacido de la carne, de la sangre ni de la voluntad del hombre, sino de la voluntad del espíritu y, por eso, este hombre será llamado hijo de Dios.

Ese día, ya no me preguntaréis nada, porque ¿cómo ibais a tener necesidad de preguntarme, si el que ha de venir a enseñaros la verdad va a ser para vosotros la continua expresión del padre y del hijo y va a desarrollar continuamente en vuestro corazón y en vuestro espíritu todos los tesoros de la sabiduría y todas las maravillas de la unidad?

«Os he dicho esto en parábolas. Se acerca el tiempo en que ya no utilice parábolas y os hable abiertamente de mi padre. Entonces, preguntaréis en mi nombre y no os digo que pediré a mi padre por vosotros, porque mi padre os ama también, porque me habéis amado y porque habéis creído que yo he salido de Dios». El tiempo de las parábolas es el tiempo en que nos encontramos

todavía bajo las sombras de nuestra región tenebrosa que. como la antigua alianza, no nos permite ver nada más que relámpagos de la verdad. Cuando llega la edad de la madurez del espíritu para el hombre nuevo, está por encima de las parábolas, porque la palabra o la boca del padre está abierta para él y el padre trata de recompensarlo por haber reconocido la palabra y la boca de su hijo.

He salido de mi padre y he venido al mundo; ahora dejo el mundo y voy con mi padre. ¿Cómo podría el hombre nuevo manifestarse en nosotros a las tinieblas que nos componen, si no saliese de su padre? ¿Cómo podrían vivir juntas la luz superior y las tinieblas inferiores? Además, si la luz superior y las tinieblas inferiores no pueden estar juntas, ¿cómo podría el hombre nuevo, después de haber salido de su padre para venir con nosotros en este bajo mundo, dejar este bajo mundo para volver con su padre?

«Ahora creéis, pero llegará y ha llegado el tiempo en que os dispersaréis cada uno por un lado y me dejaréis solo; pero yo no estoy solo, porque mi padre está conmigo». La presencia del hombre nuevo alegra durante algún tiempo nuestras facultades tenebrosas; pero, cuando se retira para volver con su padre, se quedan en manos de sus tinieblas y ya no se acuerdan de él, hasta que vuelva para regenerarlas de nuevo. Pero, por más que lo dejen solo, él no puede estar solo, porque es un testimonio vivo de la existencia y la presencia de su padre junto a él.

«Os he dicho esto para que encontréis la paz en mí; tendréis penas en el mundo; pero tened confianza: yo he vencido al mundo». El hombre nuevo no viene en medio de nosotros nada más que para romper nuestros lazos y para vencer *al mundo* que hay en nosotros. De este modo, las tinieblas que nos siguen rodeando después de su regreso con su padre ya no están vivas como estaban antes y tienen que acabar por fuerza iluminándose, pues se les han cortado las raíces y el hombre nuevo ha vencido *al mundo.* Ésta es la razón de que el hombre nuevo sea tan importante para nosotros, ya que sin él todas nuestras substancias espirituales habrían conservado para siempre sus tinieblas y las raíces de estas mismas tinieblas.

64

Juntemos todas nuestras fuerzas, precipitémonos con ardor en el torrente que lleva la convicción, porque, sin convicción, no hay fuerza ni bravura y,

sin fuerza ni bravura, no hay bondad, ni en nuestro corazón ni en nuestras obras. Juntemos, repito, nuestras fuerzas y digamos con el reparador:

Padre mío, cuando llegue la hora, glorifica a tu hijo, para que tu hijo sea glorificado, porque la gloria y el interés de la alabanza de nuestro padre y de nuestro maestro deben animarnos más que nuestra propia gloria, y ¡pobre de aquél que, en su pensamiento, en su amor o en sus obras se atribuya a sí mismo un solo instante, porque ese instante está tan perdido para él como para su maestro! Los tiempos anteriores se han sacrificado a la consumación de nuestra vanidad; *pero ha llegado la hora* en que deben darse a conocer al mismo tiempo la fuerza del maestro, la debilidad del enemigo y la fidelidad del servidor.

«Le has dado poder sobre todos los hombres, para que dé la vida eterna a todos los que le has dado; pero la vida eterna consiste en conocerte a ti, que eres el único Dios verdadero, y al reparador que has enviado». No se da al hombre nuevo poder sobre todas las regiones de su ser, nada más que con el fin de que les comunique la vida eterna, de la que está lleno; pero esta vida eterna, ¿puede ser otra cosa más que conocer al autor supremo de la vida, en quien él ha enviado para manifestarlo, y sentir en nosotros mismos, como se nos ha dado, la obra efectiva de este nacimiento espiritual por el nacimiento del hombre nuevo en nosotros? Esta maravilla podría colmarnos de alegría, pero no debería sorprendernos, si tuviésemos siempre en la mente que todos debemos ser nexos, imagen y semejanza de Dios.

«Te he glorificado en la tierra... ahora, glorifícame en ti mismo, con la gloría que he tenido en ti antes de que existiese el mundo». El hombre nuevo comprende fácilmente que hay dos glorias: la que tiene derecho a esperar de nosotros cuando nos manifieste la luz eterna de la vida, y la que esta luz eterna debe recibir cuando actúa directamente en él. Una de estas glorias parece ser más reversible para él que para la fuente de que procede; la otra parece más reversible para esta misma fuente. Por eso es por lo que quiere tanto ser glorificado por esta gloria: porque arde únicamente por el celo de la casa de su maestro.

«He dado a conocer tu nombre a los hombres que me has dado después de haberlos separado del mundo. Estaban en ti y tú me los has dado y ellos han guardado tu palabra. Ahora saben que todo lo que me has dado viene de ti, porque les he dado las palabras que tú me has dado y ellos las han recibido y han reconocido verdaderamente que he salido de ti y han creído que tú me has enviado». Esta gloria que ha tenido el reparador en su padre antes de que

existiese el mundo es tan grande que el hombre nuevo la pide como una recompensa a sus trabajos, como un lugar de reposo por haber manifestado la palabra. Esta gloria debe ser efectivamente el verdadero lugar de reposo para el espíritu del hombre que, según la ley de todo lo que existe, no puede encontrar descanso nada más que en la generación de su propia fuente en sí mismo.

«Por ellos es por los que pido; no pido por el mundo, sino por los que me has dado, porque son tuyos. Todo lo mío es tuyo y todo lo tuyo es mío y yo soy glorificado en ellos». ¿Cómo iba a pedir el hombre nuevo por *el mundo*, si *el mundo* del que se habla aquí no está compuesto de hombres, sino de tiempo y de apariencia, que no pueden ni producir la oración ni participar en las dulzuras de sus frutos?

«Yo ya no estoy en el mundo; pero ellos sí que están todavía y yo me voy contigo. Padre santo, conserva en tu nombre a todos los que me has dado, para que sean uno, lo mismo que nosotros». El hombre nuevo, aunque haya salido *del mundo* en espíritu, se ocupa de *los suyos* que están todavía en *el mundo*, porque sabe que todavía están en peligro, hasta que se haya terminado por completo el trabajo que se hace con ellos, y, como sabe que sólo puede vivir por su padre, emplea todo su amor ante este padre que se los ha dado y sin el cual sabe que ellos no pueden vivir más que él mismo.

«Cuando yo estaba con ellos en el mundo, los mantenía en tu nombre. He mantenido a los que me has dado y no se ha perdido ninguno de ellos, sino solamente el que era hijo de perdición, para que se cumpliese la escritura». La presencia del hombre nuevo entre los suyos es suficiente para protegerlos y, si el hombre cuidase de su círculo en santidad, no perdería a ninguno de los que están en él, con excepción del hijo de perdición que hay también en nosotros, que debe colaborar en nuestra regeneración, lo mismo que ha colaborado en nuestra perdición; pero, al haber colaborado con éxito en nuestra perdición, ha de sentir por fuerza vergüenza al colaborar en nuestra liberación, para que la justicia que se ha pronunciado contra él desde el momento del crimen y se ha promulgado en las escrituras, se lleve a cabo en nuestra santificación, como ocurre con Iscariote, que asistió a la cena celebrada por el reparador y tuvo éxito al entregarlo a los príncipes de la sinagoga; pero, para él, el sacrificio glorioso de este reparador no fue después nada más que una vergüenza y un castigo más.

«Ahora vengo a ti y digo esto estando todavía en el mundo, para que tengan en ellos la plenitud de mi alegría. Les he dado tu palabra y el mundo los ha

odiado... No te digo que los quites del mundo, sino que los protejas del mal . Santifícalos en tu verdad... Yo me santifico a mí mismo por ellos, para que ellos sean santificados también en la verdad». ¿Qué sería la santificación del hombre nuevo, si no se extendiese a todo su ser? ¿Y qué sería la santificación de todo su ser, si no se extendiese nada más que a su propio círculo?

«Te ruego no sólo por ellos, sino también por los que deben creer en mí por su palabra. Para que todos ellos sean uno, lo mismo que tú, padre mío, estás en mí y yo en ti, y del mismo modo sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado». ¿Qué otro deseo, que el de la expansión de la unidad, puede darse a conocer al que está lleno de la vida de la unidad? Además, los rasgos característicos más vivos que encuentra el hombre nuevo cuando entra en la vía de la regeneración son el celo y el fervor por esta expansión de la unidad, el dolor que le produce la visión de los campos de Israel abandonados y desiertos, así como el espectáculo de todos esos hermanos que han sido llevados en cautividad y están sumidos en la esclavitud, y él siente en sí mismo todas estas impresiones distintas, pues no debemos olvidar que el hombre es, por sí solo, todo un universo y no debemos dudar que si, a imagen del reparador universal, hay en cada uno de nosotros un libertador particular, es porque hay también reyes de Egipto y de Babilonia, que no dejan de encontrar también en nosotros un pueblo culpable que ellos llevan todos los días a la esclavitud.

«Les he dado la gloria que tú me has dado, para que sean uno, lo mismo que nosotros somos uno. Yo estoy en ellos y tú estás en mí, para que se consuman en la unidad y sepa el mundo que tú me has enviado y que tú los amas igual que me has amado a mí». Ésta es la unidad efectiva y conocida como *efectividad* por los que ella ama y la buscan como ha hecho el hombre nuevo. Eso es lo que los pone en situación de convencer al mundo de que la gloria de esta unidad ha llegado hasta ellos y, por consiguiente, ha llegado también el *medio* de transmitirla y se ha manifestado *a las naciones.*

«Padre mío, quiero que los que tú me has dado estén también conmigo donde yo estoy, para que contemplen mi gloria, que tú me has dado, porque me has amado antes de la creación del mundo». Hombre nuevo, contempla aquí la gloria que te prepara el reparador, para que, a tu vez, tu la prepares a los tuyos. No es nada menos que estar donde está ahora el reparador; no es nada menos que contemplar su propia gloria, llegar así a esa luz que hay por encima de los tiempos, sentir, elevándote hasta él, lo que es haber sido amado por Dios antes de la creación del mundo, y reconocer por este medio la inmensidad del amplio campo que puede abarcar tu antiguo origen y tu santa inmortalidad.

«Padre justo, el mundo no te ha conocido; pero yo sí te he conocido y los que han sabido que tú me has enviado. He hecho que conozcan tu nombre y seguiré haciendo que lo conozcan, para que el amor por el que me has amado esté en ellos y yo mismo esté en ellos». Hombre nuevo, no dejes de recalcar ante todos los tuyos estas últimas palabras que dijo el reparador antes de ser entregado para consumar su sacrificio. No dejes de decirles que el objetivo de todos sus deseos es que el amor, por el cual lo ha amado su padre, esté en los discípulos y que lo único que pretende es estar en ellos, para hacer que les llegue este amor con el que es amado por su padre y con el que él ama a toda la familia humana. No dejes de hacer que se den cuenta de que, si les muestra así su amor, como objetivo final de todas sus obras y de todos sus proyectos, es porque este amor es su principio eterno y universal.

65

Después de haber terminado así sus instrucciones, el reparador se retira al valle de Getsemaní, o valle del Aceite, y entra en el Huerto de los Olivos, donde solía ir con sus discípulos. Este nombre de *valle del Aceite* es de por sí parecido a la obra de paz que venía a realizar el reparador y, en este jardín de pacificación es donde va a ser traicionado y entregado, como en otro tiempo el primer hombre en el jardín del Edén o de las delicias, para que, con estas sorprendente correspondencias, el hombre inteligente capte la relaciones que hay entre estas épocas diversas y no pueda tener ya ninguna duda de que el reparador no ha querido en absoluto caminar por los mismos caminos que el hombre culpable, sino con otro espíritu y con la intención de rectificar estos caminos y restablecer lo que había destruido este hombre culpable.

Aquí es, hombre nuevo, donde va a parecerte abrumador el peso de la obra. Vas a empezar a ponerte triste, vas a decir a los más allegados a ti: *mi alma está triste hasta la muerte Quedaos aquí y velad conmigo.* Pero, como el hombre culpable pecó solo, tú creerás que están todavía muy cerca de ti, en la expiación que vas a sufrir, y trabajarás solo en esta terrible expiación. Concentrarás todas tus facultades en ti mismo, en razón de la criminal concentración a la que se redujo el hombre con su crimen.

Esta expiación te parecerá tan terrible que dirás: *padre mío, si es posible, haz que se aparte de mí este cáliz;* pero, imponiéndose la sumisión sobre la debilidad, añadirás: *¡Pero hágase tu voluntad y no la mía!*

Te volverás hasta tres veces hacia *los tuyos* y los encontrarás dormidos, lo mismo que se durmieron en otro tiempo las tres facultades del primer culpable, y les dirás: *se acerca la hora y el hijo del hombre va a ser entregado a las manos de los pecadores.* Después recibirás el beso de Judas, un beso parecido al que recibió del enemigo el primer culpable en las falsas promesas de una grandeza ilusoria, con la que abrigó cierta esperanza, y caerás, como aquel primer hombre culpable, en manos del que te traiciona. Pero el primer hombre cayó así en manos de sus enemigos, simplemente porque suspendió sus poderes, mientras que tú, hombre nuevo, vas a suspender los tuyos para volver a caer en el poder de Dios, con el fin de que puedan ponerse en movimiento todos los resortes de la expiación.

No ignorabas la ley que dice: *el que a hierro mata, a hierro muere,* ya que la recuerdas al que quiere defenderte, y no quieres ni siquiera recurrir al socorro de tu padre, que te enviaría docenas de legiones de ángeles, porque tu sacrificio debe ser voluntario para que sea útil, ya que el crimen del primer hombre fue funesto precisamente porque fue voluntario.

Del mismo modo, para demostrar a tus enemigos tu dedicación voluntaria, los derribarás en principio, con sólo decir la palabra yo *soy* y, acto seguido, te entregas en sus manos, para demostrarles, por un lado, tu temible poder y, por el otro, la enormidad de su crimen, pues, a pesar de estos testimonios evidentes de tu poder, tienen la impiedad criminal de apoderarse de ti y de continuar sus atrocidades contra ti. Además, esto los hará para siempre indignos de perdón, porque no podrán poner la ignorancia como excusa. *Pero todo esto ocurre para que se cumplan las palabras de los profetas. Y entonces, los tuyos, abandonándote, huirán todos,* como cuando hay un dolor muy fuerte y grandes desgracias inevitables, que caen sobre nosotros y todas nuestras fuerzas quedan anuladas y parecen abandonarnos.

¿Pero ante quién vas a aparecer? Ante el que ejercía entonces el cargo de sumo sacerdote de la ley, y en el lugar donde se encuentran reunidas todas las tinieblas, es decir, los doctores de la ley y los senadores que, atormentados por los rayos de verdad que han salido de ti y que los humillan, *buscan por todos los medios falsos testimonios contra ti para hacer que mueras.*

Mientras que el sumo sacerdote no empleará contigo más que la voz de esos falsos testimonios, tú guardarás silencio, no sólo porque te has ofrecido, sino también porque sabes que, al haber falsificado el hombre el testimonio que debía dar en otro tiempo a la Divinidad suprema, es una ley de justicia que

sufra la ley del talión y sea objeto de los falsos testimonios. Pero, cuando el sumo sacerdote *te ordene por el Dios vivo que le digas si tú eres el Cristo hijo de Dios,* mostrarás tu respeto por este nombre inefable y le responderás que eres el ungido del señor para realizar tu regeneración particular, lo mismo que el reparador es el ungido del Señor para la regeneración universal. Incluso añadirás, para darle a conocer la tranquilidad que tienes en medio de tantas amenazas y tu esperanza en medio de tus tribulaciones, que un día verá al hijo del hombre sentado a la derecha de la majestad de Dios, que vendrá sobre las nubes del cielo.

El que ostenta el cargo de sumo sacerdote fingirá escandalizarse con tus palabras. En su ignorancia hipócrita, se rasgará las vestiduras diciendo: *Ha blasfemado. ¿Qué necesidad tenemos de testigos? Vosotros mismos acabáis de oírlo blasfemar. ¿Qué pensáis?* Y, bajo la influencia de las ideas de su jefe, responderán: *ha merecido la muerte.* Entonces se reunirán contra ti todos los seguidores de este jefe ambicioso y celoso, te llenarán de insultos y ultrajes, multiplicarán las acusaciones contra ti, con el fin de desconcertarte en tu obra y, sobre todo, para evitar que manifiestes los títulos de la verdadera realeza.

Los enemigos de la paz y de la luz, al tratarte así, tendrán mucho cuidado de observar algunos puntos de la ley, para parecer fieles a la justicia, mientras degüellan tu inocencia. Así es como los judíos, llevando al reparador ante Pilatos para entregarlo a la muerte, no quisieron entrar en el palacio de este gobernador que no era de su religión, por miedo a que, al estar impuros, no pudiesen comer la pascua.

Habrá en ti un hombre natural, dirigido por su simple razón, que condenará todas las injusticias que tus enemigos interiores dirigirán contra ti. Hasta tratará, como Pilatos, de no prestarse a la ira de tus adversarios y persuadirlos de que te acusan y te condenan injustamente y sin razón; pero te verás obligado a reducir al silencio incluso a este hombre, porque en esos momentos debe reinar el poder de las tinieblas para que pueda cumplirse tu sacrificio. Es el momento en que debe manifestarse la dedicación pacífica del hombre nuevo y entonces es cuando debe sentir cuánto le ha costado él a la verdad suprema, cuando se ha visto ultrajada por el hombre prevaricador, y reconocerá que es necesario que él sufra una injusticia de la misma índole que la que se cometió con la caída.

Sin embargo, este hombre natural que hay todavía en ti y que no estará ciego ante las injusticias que se cometerán interiormente contra ti, se separará

de tus acusadores y dirá, como Pilatos cuando hizo que le llevasen agua y se lavó las manos ante el pueblo: *soy inocente de la sangre de este justo.* En vano se opondría a tu condena y en vano dirían *los reyes de la tierra,* al mismo tiempo que te despreciasen como Herodes despreció al reparador, que no encuentran en ti nada que merezca la muerte; en vano ofrecerían tu liberación con motivo de la pascua, siguiendo la costumbre de que el gobernador liberase a un criminal por aquellos días. Tus enemigos interiores no se contentan con acusarte como criminal, sino que además quieren que seas *crucificado* como tal, mientras que, a cambio, quieren que se libere a Barrabás, es decir, ellos quieren que el indulto caiga sobre el culpable y todo el furor de la venganza, que ellos llaman justicia, sobre el inocente.

Hombre nuevo, hombre nuevo, admira aquí esta santa y profunda planificación que aplica la sabiduría para que se cumplan sus destinos en beneficio de la posteridad del hombre. Pon tus ojos en todos estos hechos que el reparador ha presentado a tu pensamiento. ¿Con qué finalidad vino este reparador? ¿No era con la de salvar al culpable? ¿No era con la de liberar al esclavo? ¿No era con la de arrancar tu palabra de los abismos, que la tenían encerrada? ¿Habría sido para liberarse a sí mismo, que no estaba sometido a la ley del pecado?

Pero la liberación *del culpable* no podía tener lugar sin el sacrificio *del inocente,* ya que había que ofrecer un señuelo al enemigo para que se cebase en él con toda su ira y soltase la presa. Por eso es por lo que el reparador anula todas sus fuerzas espirituales para entregarse a la fuerza temporal de los hombres. Anula todas sus fuerzas espirituales, por su amor y por el deseo que tiene de devolver la vida a sus hermanos, lo mismo que el primer hombre había anulado las suyas con codicioso orgullo y una ceguera inicua; se entrega al poder temporal de los hombres en una fecha concreta en que su ley y sus costumbres lo autorizan a liberar a un criminal y, aunque tiene todos los medios para escapar de las manos de sus enemigos, se deja condenar por ellos y permiten que suelten *al ladrón.* Imagen temporal de la liberación espiritual que iba a realizarse en toda la posteridad humana, por la consumación de su sacrificio.

Eres tú, hombre nuevo, quien tiene que sacar de aquí las instrucciones convenientes que este proceso del reparador ha presentado a tu inteligencia. Suspende en ti mismo todos tus poderes espirituales de dominio y autoridad, para que no entren en acción nada más que tus poderes de resignación; inmola en ti, en todo momento, al *hombre inocente,* para la liberación del *hombre culpable* o del *Barrabás* que llevas en tu seno. Finalmente, ten la valentía de entregar al hombre ilusorio y pasajero en manos de tus enemigos: ellos mismos serán las

víctimas de los dolores que le hagan sufrir, *su sangre caerá sobre ellos y sobre sus hijos, porque al descargar su ira sobre el hombre ilusorio y pasajero, abrirán el camino al* hombre real y regenerado en la vida y este hombre rea! y regenerado en la vida los llenará de vergüenza y los precipitará en los abismos.

66

Después de que este reparador ha sido cubierto de ultrajes, después de que ha sido disfrazado con todos los signos del escarnio, después de que Pilatos lo ha presentado al pueblo en este estado de humillación, diciendo: *Aquí tenéis al hombre,* como para recordarnos el despojo ignominioso de todo nuestro poder y de toda nuestra gloria a donde nos ha llevado el crimen primitivo, después, repito, de que se hayan cumplido todos estos trámites preliminares, el reparador es entregado a las manos de sus enemigos, para que lo crucifiquen e inmediatamente lo lleven al suplicio, con dos ladrones que han de ser crucificados al mismo tiempo.

Hombre nuevo, ¿por qué marcha el reparador así al suplicio, entre dos ladrones, si no es para demostrar que no venía más que a romper la iniquidad? ¿Pero cuál es esta iniquidad que tiene que romper? Eres tú mismo o el alma del hombre lo que te ha transformado en mentira y en abominación, porque hoy debe pasar por ti para ir a atacar al enemigo, lo mismo que en otro tiempo habría pasado por ti para ir a llevarle ayudas y luces. La ley no ha cambiado, aunque el objeto de la ley ya no sea el mismo. ¡Y tú, desdichado mortal, tú, a quien el reparador no tiene miedo a atravesar aunque no seas más que iniquidad, tendrás miedo a atravesar con él las iniquidades que te rodean, esas iniquidades que no puedes romper ni disolver sin él, esas iniquidades que él viene a disolver de acuerdo contigo, pidiéndote solamente que le dejes entrar en ti bajo la figura de un criminal y caminar al suplicio contigo!

No, imitemos al Cirineo que le ayuda a llevar la cruz, para que su carga sea menos pesada para él. Abrámosle en nosotros un camino ancho y espacioso, dejemos que camine a su gusto en medio de todos los ladrones que hay en nosotros y besemos con una santa y trémula desolación cada paso que quiera dar en nosotros, hasta nuestro calvario, para que por él y con él podamos romper y disolver todas las iniquidades que nos rodean y convertirnos después en modelos de su gloria y de su luz, después de haber sido de un modo tan vergonzoso instrumentos de sus humillaciones y de sus sufrimientos.

Hombre nuevo, si hay en ti un pueblo que te acusa y te condena, también habrá en ti quienes se compadecerán de tu suerte y llorarán al ver que te tratan como a un malvado; pero tú te volverás hacia este pueblo y le dirás: «Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, sino por vosotras mismas y por vuestros hijos, pues se acerca el tiempo en que se dirá: dichosas las estériles y las entrañas que no han dado hijos y los senos que no los han alimentado. Entonces empezarán a decir a las montañas *caed sobre nosotros,* y a las colinas, *cubridnos.* porque, si se trata así a la leña verde, ¿qué se hará con la seca?»

Camina por los pasos del reparador en tu resignación y en tu confianza, hasta subir a tu Calvario. Deja que te crucifiquen entre los ladrones que hay en ti. Si tu ejemplo y tu dulzura no los convierten a todos, es posible que haya por lo menos uno que se conmueva al verte tan maltratado, a pesar de tu inocencia y al ver que pides por tus verdugos. Es posible que vuelva entonces sobre sí mismo y merezca entrar hoy mismo contigo en el paraíso preparatorio.

Te llenarás, pues, del espíritu de la inteligencia, para penetrar en la obra y el sacrificio del reparador y para aplicarlo después a tu sacrificio particular. Verás por qué había un jardín en el que fue crucificado este reparador (Juan 19: 41), porque ya has comprendido por qué fue detenido en un jardín, lo mismo que fue en un jardín donde el primer hombre se hizo culpable.

Verás por qué cogieron sus vestiduras e hicieron con ellas cuatro partes los soldados que lo crucificaron; pero no quisieron su túnica, porque *la túnica* del primer hombre no debería haberse dividido nunca y habría podido difundir el resplandor de su luz celestial por las cuatro regiones del universo.

Verás por qué se encuentran las tres Marías al pie de la cruz durante su suplicio, como representando a los tres principios elementales primeros, de los que el espíritu del hombre que se regenera se cree que está separado para entrar en la región del espíritu, la única que le es natural, ya que, si no la hubiese abandonado en otro tiempo, no habría nacido jamás de mujer.

Verás porqué los príncipes de los sacerdotes, los senadores, los soldados y todo el pueblo que pasaba por allí lo llenan de desprecios, diciéndole que, si era el elegido de Dios, enviado para salvar a los demás, se salvase a sí mismo y, si quería que creyesen en él, no tenía que hacer nada más que bajar de la cruz. Ellos no saben que no dispone nada más que de este medio cruel para realizar la obra de nuestra liberación, porque nosotros hemos dejado crucificar por la sangre y la materia lo que era de él y lo que había salido de él y porque.

si el reparador bajase de la cruz, no se cumpliría la obra espiritual, aunque los ojos corporales de la multitud asegurasen que se habían convencido con este prodigio.

No escucharás, por tanto, esa voz engañosa que querría detenerte en tu obra y hacer que bajases *de tu cruz* y te animarás con un celo ardiente que no conocerá ningún obstáculo y que no se permitirá ningún descanso, mientras no se cumpla tu obra y tus ojos espirituales no se queden atónitos ante prodigios cien veces mayores que los que podría ofrecer la materia. Con esto desconcertarás por completo los proyectos del enemigo de toda verdad, que no pretende más que detener el progreso de las verdaderas medidas, para hacer que prosperen las falsas.

¿Cómo podría hacer que avanzase su obra cuando ataca al diamante vivo, pues, creyendo que actúa en su propio beneficio, lo hace casi siempre en contra? Ha incitado a los judíos para que den muerte al reparador y esta muerte es la que debía matarlo. Ha incitado a los judíos a pedir que la sangre de este reparador cayese sobre su cabeza, porque esperaba perderlos con esta imprecación, y es esta sangre la que debía salvarlos. Al fracasar en estas dos empresas, pretende que lo tienten a él, pidiéndole que se salvase a sí mismo para convencerlos y, por el contrario, es este sacrificio que ha hecho de sí mismo lo que debe llevarlos a la convicción.

Hombre nuevo, estudiarás todas estas sabidurías y verás dónde está la fuente y el foco de la inteligencia.

Sabrás por qué la inscripción que se puso encima de la cabeza del reparador decía *Jesús de Nazaret, rey de los judíos,* y por qué estos mismos judíos pedían que se pusiese *que se decía rey de los judíos* porque se habrían escandalizado de la apariencia de su crimen si hubiese quedado el nombre positivo, mientras que no hubiese ocurrido lo mismo si la víctima apareciese como un criminal.

Descubrirás también destellos de luz en esta triple inscripción en hebreo, griego y latín, porque tiene bastante relación con el camino que ha querido seguir la verdad en la tierra. No en vano, estas tres lenguas eran conocidas y resultaban familiares en Jerusalén y no se hubiese escrito esta inscripción en las tres lenguas con la única finalidad de que las comprendiesen las tres naciones que las hablaban, si no hubiese tenido la sabiduría proyectos secretos para estas naciones, pues había también en Jerusalén otras naciones y otras lenguas, y

estos proyectos secretos de la sabiduría se han explicado en parte a los ojos de los hombres menos perspicaces, cuando han podido ver la expulsión de los judíos y la llamada de los griegos y los romanos, imagen nueva de esta unidad que se sacrifica continuamente para la destrucción de la iniquidad y para la liberación de los desdichados que tienen su morada en las tinieblas. Pero, dejando esta investigación particular para la historia espiritual de los pueblos, en la que deben encontrarse también inmensos tesoros de inteligencia y de verdad, seguirás tus observaciones sobre el sacrificio del reparador.

Verás por qué dijo *Tengo sed*, palabras que guardaban menos relación con la sed material que podía sentir su cuerpo que con la sed de justicia, de fuerza y de luz, de las que, como hombre, tenía necesidad. Esta sed no te extrañará, porque, si te imaginas en todo momento en qué estado de miseria debió encontrarse el hombre después de abandonar la fuente eterna de la vida, no es raro que se haga sentir esta misma sensación de miseria en el que venía a ocupar el lugar del hombre para hacer lo que el hombre no habría podido hacer por sí solo.

Si no te desvías de la contemplación de estos principios, comprenderás por qué se le da a beber vinagre, porque, al margen de que los intérpretes digan que era costumbre dar a los criminales una poción amarga, verás que el hombre no podía encontrar otra después de separarse de la fuente eterna de las aguas vivas y puras y que el reparador, sufriendo corporalmente una ley tan rigurosa, daba al mismo tiempo una instrucción profunda al pensamiento y trazaba el camino al espíritu de los que quieren caminar por los caminos de la regeneración.

Ahí tenemos también la última prueba que termina la obra Visible de este reparador y parece que es gustar esa amargura espiritual, como hemos visto al principio de este escrito, que consiste realmente en el sacrificio, y todo el precio de la expiación, puesto que el reparador, después de haber tomado el vinagre que le ofrecieron en una esponja puesta en la punta de una caña, dijo: *Todo se ha cumplido. Y bajando la cabeza, entregó el espíritu.*

67

Hombre nuevo, hombre nuevo, aplícate rápidamente estos modelos que acabas de ver. La muerte corporal del reparador debía ser voluntaria, para devolver a tu espíritu la fuerza de morir voluntariamente a su vez, y te ofrece

una obra mayor que la de tu propia muerte corporal. También había dicho: *Haréis obras mayores que las mías.*

Los primeros prevaricadores hicieron *morir a la muerte* al primer hombre enviado para regenerarlos; le hicieron *morir a la muerte* porque, al no ser materia, no podía morir de otra forma. Los judíos han dado muerte al reparador que venía a salvarlos; pero no le han hecho *morir a la muerte,* porque estaba por encima del pecado; pero tú, hombre nuevo, a quien el reparador acaba de conceder el poder sacerdotal para inmolar la victima, no pierdas un instante para ejercer tu ministerio. Ves que los primeros prevaricadores han hecho *morir a la muerte* al primer hombre enviado para regenerarlos. Es preciso, por tanto, que tú *mueras a la muerte* por segunda vez, si quieres pagar el tributo de la justicia y si quieres entrar en la vida de tu espíritu, sin esperar ni siquiera la muerte de tu cuerpo, que debe estar en verdad siempre preparada y resignada por tu parte; pero no debe ser voluntaria, pues la del cuerpo del reparador lo ha sido y no es tu cuerpo el que ha pecado.

Por tanto, se deben consagrar al holocausto y a la muerte de tu espíritu todos tus esfuerzos y se deben dedicar en todo momento todas tus inteligencias y todas tus fuerzas a la realización de esta gran obra, ya que, si no *mueres a la muerte* en tu espíritu antes de la muerte de tu cuerpo, debes temer que, después de la muerte de tu cuerpo, tu espíritu ya no pueda vivir más que de la muerte, en vez de vivir de la vida. Es preciso, por consiguiente, que, después de haber sido el juguete del pueblo ignorante que hay en ti, después de haber sido llevado al suplicio en medio de dos ladrones y de la iniquidad a la que te has acercado otras veces y, finalmente, después de haber sido clavado en la cruz y haber tomado el vinagre que se te ofrece, digas, como el reparador: *Todo está consumado y,* bajando la cabeza, entregues el espíritu, igual que él.

Tus verdugos no quebrantarán *tus huesos,* lo mismo que no quebrantaron los del reparador, ni dividirán *tu túnica,* porque tú mismo eres el sentido y el espíritu, cuyo ejemplo y cuya letra eran todas estas cosas; pero atravesarán *tu costado,* igual que atravesaron el de su cuerpo, para que se derrame tu sangre espiritual y devuelvas a Dios lo que habías tomado de Dios, lo mismo que el reparador devolvió a la tierra la sangre material que había recibido de la tierra. Pero, lo mismo que la sangre del reparador, dada su pureza, ha rectificado todas las fuerzas de los elementos universales, así también tu sangre espiritual, al derramarse, debe fluir por toda tu persona y por todas tus fuerzas, para darles su primera *virtud y* su primer carácter.

Ése es el cordero sin mancha que se ha inmolado en ti desde el principio de tu mundo particular, lo mismo que el cordero divino se ha inmolado desde el principio del mundo general, para la redención de la universalidad de los seres humanos. Ese es el cordero que se ha engendrado en ti por el espíritu, lo mismo que el reparador fue engendrado por Dios. Finalmente, ése es el cordero cuya crucifixión te es tan necesaria e indispensable para llevar a cabo tu renacimiento particular, como podía ser la crucifixión corporal del reparador para llevar a cabo el renacimiento de toda la familia humana.

Pero, sin esta crucifixión del reparador, la familia humana no hubiese podido entrar jamás en los senderos que debían llevarla a la vida y, sin tu crucifixión particular, hasta la del reparador resulta inútil para tu curación espiritual, como sería para la curación de tus heridas corporales un bálsamo que te ofreciesen y no quisieses utilizar.

En la ley antigua estaba permitido retirarse del combate para dedicarse a sus ocupaciones, porque todavía era solamente el tiempo de los dones parciales; los oficiales debían gritar a la cabeza del ejército (Deuter. 20: 5):

«¿Hay alguien que haya construido una casa nueva y no la haya ocupado todavía? Que se vaya y vuelva a su casa, para que no muera en combate y sea otro el primero que ocupa la casa. ¿Hay alguien que haya plantado una viña que no esté todavía en condiciones de que se tome cualquiera la libertad de comer de ella? Que se vaya y vuelva a su casa, para que no muera en combate y haga otro lo que tiene que hacer él. ¿Hay alguien que se haya prometido a una muchacha y no la haya desposado todavía? Que se vaya y vuelva a su casa, para que no muera en combate y sea otro quien la desposa. ¿Hay alguien que sea tímido y tenga su corazón lleno de miedo? Que se vaya y vuelva a su casa, para que no contagie el miedo al corazón de sus hermanos, ya que él está aterrorizado y acobardado».

En la ley nueva, ningún hombre está dispensado de formar parte del *ejército*, porque cada uno debe combatir por su propia cuenta. Las victorias de uno no tienen nada que ver con las victorias de otro y, si alguno se retira del combate, bien sea por debilidad o por cualquier interés que lo atraiga a otro sitio, como no ha participado de los peligros y los trabajos, no participará tampoco de las recompensas, ya que, al tener que pertenecer a todos el don general que el reparador ha venido a traer a la tierra, estamos todos obligados al mismo trabajo, pues ya ha pasado el tiempo de las subdivisiones y podemos renacer, vivir y actuar en la unidad.

Además, los que no hayan consumado la obra de su crucifixión no serán admitidos al festín del cordero y no degustarán este nue\o jugo de la viña que está preparado para el reparador y para todos los que hayan hecho morir su espíritu en su nombre y lo hayan hecho enterrar en *este sepulcro nuevo* en el que no se había puesto a nadie antes que a él, porque él era el único que podría entrar el primero hasta las sombrías moradas de la muerte, para que, después de haber disipado sus tinieblas y su corrupción, no encontrasen los que quisiesen después morir en él y enterrarse nada más que la luz, la pureza y la vida.

Hombre nuevo, si, siguiendo el ejemplo de este reparador, caminas así hacia tu sacrificio y tienes la satisfacción de consumarlo, verás que se producen en ti los mismos prodigios que aparecieron en el momento en que él sufrió la muerte corporal. *Se oscurecerá el sol de tu materia,* porque este sol sólo produce en ti la muerte de la vida y este espíritu que nace en ti debe producir la muerte de la muerte.

El velo del templo se rasgará en dos de arriba a abajo, porque ese velo es la imagen de la iniquidad que separa tu alma de la luz en la que has tenido tu origen y, como, al dividirse *en dos partes,* deja a tus ojos un acceso libre para esta luz que antes te era inaccesible, tienes una clara indicación de que era la unión *de estas dos partes* lo que había formado tu prisión y te retenía en las tinieblas, nueva imagen de esta *iniquidad* que el reparador no ha temido atravesar, apareciendo en el Calvario entre dos ladrones, para darte fuerza y los medios necesarios para romper en ti también esta iniquidad.

Temblará la tierra, porque la sangre del cordero particular que se ha degollado en ti desde el principio de tu mundo individual va a penetrar hasta las raíces y los cimientos de todo tu edificio espiritual y, como esta sangre es pura por estar engendrada por el espíritu, no podrá caer sobre estas raíces y sobre estos cimientos, que son impuros, sin producirles una fermentación violenta y un choque que tendrá repercusión en todo tu ser.

Se quebrarán las piedras, porque, al condensarse y coagularse en ti el crimen, la sangre del espíritu, que es mucho más poderosa que el crimen, disolverá con su proximidad todas estas substancias petrificadas y las romperá, para que, después de haber derribado en ti el templo de Baal, pueda conseguir un recorrido libre por todo tu ser.

Se abrirán los sepulcros y resucitarán muchos cuerpos de los santos que están dormidos y, saliendo de sus tumbas después de su resurrección, vendrán

a la ciudad santa y los verán muchas personas. Sentirás que renacen en ti tus substancias espirituales y salen de sus tumbas, donde te parecía que estaban enterradas en el sueño de la muerte; recuperarán su actividad y vendrán a reunirse con la acción de tu espíritu, para sacar de ella continuamente nuevas fuerzas y nueva vida. Vendrán a pasear por las calles de esta Jerusalén santa, que se ha construido en ti desde el principio, pero tenía todas sus avenidas cerradas por la iniquidad y sólo podían quedar libres por el poder del que acaba de expirar en ti y que no ha podido expirar sin producir en ti una explosión universal.

Todas las demás substancias que sean testigos de tu sacrificio estarán asombradas y, lo mismo que el centurión y los que estaban con él para guardar el cuerpo del reparador, dirán: *Este hombre era verdaderamente el hijo de Dios. Pues, después de ver el temblor de tierra y todo lo que ocurra en ti, serán presa del pánico.* No hay una parte de ti mismo que no deba sentir ese pánico a la vista de los prodigios que se producirán en tu suplicio y que no deba decir: *Este hombre era verdaderamente el hijo de Dios*, porque, tras la prevaricación, no ha habido ni una porción de ti mismo que no haya tenido una orgullosa seguridad y que no se haya negado a reconocer a Dios como tu padre.

68

Pedro nos dice (Epístola 1,3:19): «que, habiendo resucitado el reparador por el espíritu, fue a predicar a los espíritus que estaban retenidos en prisión, que en otras ocasiones habían sido incrédulos, cuando en tiempos de Noé contaban con la paciencia y la bondad de Dios...» Como el hombre nuevo debe ser para sí mismo un reparador particular, a imitación del que ha venido a marcarle el camino y ha actuado para la universalidad, es preciso, por tanto, que este hombre nuevo, después de haber consumado el sacrificio, descienda hasta los abismos profundos para celebrar un juicio terrible contra todos los prevaricadores que hay en él que han sido incrédulos y no se han mantenido fieles a la verdad. Este juicio no será el momento más difícil de su obra, porque, ¿cuál es la esponja que no hay que presionar, porque está empapada con las aguas corrompidas? ¿Sería, sin esto, la naturaleza, la esponja del pecado? ¿Sería el hombre la esponja de la naturaleza? ¿Sería el reparador la esponja del hombre?

Además, se supone que este hombre, que, por los poderes de la reparación universal, se ha convertido en su propio reparador, ha tomado en sí y sobre sí

las iniquidades de todo su ser y, si desciende al fondo de sí mismo, será para hacer toda una separación entre él y las substancias suyas propias que no estén purificadas de sus iniquidades.

Veamos, pues, a este juez terrible descender a sus propios abismos, veámoslo preguntando sucesivamente a todas las facultades que lo constituyen. condenando a una exclusión absoluta a las que sean refractarias a su palabra y no quieran aprovechar las gracias que él les ofrece. Veámoslo imprimiendo en estas facultades refractarias la impronta del espanto y del terror, como si estuviese armado con todos los poderes de la venganza; veámoslo condenando a aplazamientos y nuevas pruebas a las que, sin ser incrédulas, hayan vacilado y hayan retrasado su renovación en el espíritu; veámoslo ejerciendo él mismo todos sus juicios, agrupando a su alrededor todas las iniquidades y todas las prevaricaciones que ha cometido el hombre viejo y pronunciando sobre cada una de ellas una sentencia severa y rigurosa, sin poder permitirse tener con ellas la más ligera indulgencia, sin la cual no cumpliría su misión y merecería «ser tratado él mismo como un servidor infiel.

Pero ése es el momento de realizar en todas las regiones de su esencia la renovación que ya ha tenido lugar en él mismo y que debía empezar a partir de su corazón o de su propio centro, para extenderse a continuación a las extremidades más alejadas, lo mismo que la reparación universal ha salido del corazón de Dios para extenderse después por todas las naciones. ¿Para qué iba a quedarse el reparador universal tres días en la tumba, si no fuese para purificar y examinar con todo rigor las tres regiones que componen todo el universo visible e invisible?

El hombre nuevo seguirá igualmente ignorado por los suyos durante algún tiempo y, mientras crean que se ha separado de ellos para siempre, estará dedicado a revivificar y examinar todo lo que haya de impuro e irregular en las substancias de su propio *ternario* y no dejará de situarse entre ellas, hasta que haya hecho que pasen todas por la corrupción de la tumba. Si él mismo ha sufrido la muerte para llevar a cabo su propia regeneración, ¿cómo podría todo lo que hay en él recuperar la vida sin seguir la misma ley y sin pasar por el horror de la muerte y de la putrefacción que le sigue? Sí todo ha sido culpable en él, ¿cómo no iba a estar todo sometido al juicio y a la condena?

Pero se comportará con ellas como se ha comportado el espíritu con él y como se comportó el reparador con *los espíritus retenidos en prisión, a los que el reparador fue a predicar* (1 Pedro, 3: 19). Los comprometerá, como lo

comprometieron a él mismo, a inmolarse voluntariamente y a reconocer al mismo tiempo la justicia y la necesidad de su sacrificio, para que todo su ser entrase libremente en el camino de su juicio y de su regeneración, ya que todo su ser entró libremente en otra ocasión en el camino de la injusticia, de la iniquidad y de las tinieblas.

Reanimándolas así con el calor de su propio fuego, no hará más que repetir lo que el reparador universal ha hecho con él y lo que hace continuamente con toda la especia humana, a quien no deja de enviar rayos de su fuego Divino para que se decidan a su sacrificio, porque este reparador no sólo ha permanecido tres días en la tumba, no sólo se ha quedado cuarenta días en la tierra después de su resurrección, sino que además tiene que quedarse en el mundo hasta la consumación de los siglos.

¿Pero qué otro objeto pueden tener estas diversas estaciones, si no es el de restituir hasta los últimos restos de las tribus dispersas de Israel, haciendo que nazca en ellas el deseo de entrar libremente en el camino de su liberación, de precipitarse con valentía en *el Mar Rojo* y atravesar con dolores todos los desiertos que les quedan por recorrer, para volver del lugar de su esclavitud y de su servidumbre a la tierra prometida, a la Jerusalén santa, que no podrán ocupar nunca si no se lanzan con ardor y resignación a estos viajes penosos y a estas empresas peligrosas, pues, si la naturaleza es la esponja del pecado, si el hombre es la esponja de la naturaleza, si el reparador es la esponja del hombre, Dios es el único que es el lugar de reposo de todos los seres y es a esta Jerusalén a la que están convocadas todas las tribus de Israel, tanto en el orden universal de la especie humana como en el orden material de los individuos.

En todas las estaciones y en todos los descansos del reparador universal, bien sea durante los tres días que permaneció en la tumba, durante los cuarenta que se quedó después en la tierra o durante el tiempo que ha de transcurrir hasta la consumación de los siglos, que él ha prometido pasar en el mundo, ha caminado con medidas fijas y números exactos, porque él mismo era el arquetipo de todas las regularidades y no ha tenido más finalidad que la de restablecer el peso, el número y la medida en todas las clases donde nosotros los habíamos alterado y como roto.

El hombre nuevo, a su imagen, va a tratar de restablecer también la equidad y las proporciones en todas las regiones de su ser; pero, como no es más que la imagen del reparador y como además las mezclas tan diversas de que estaba compuesto antes de su regeneración debían introducir mil variedades

en su obra, en los frutos de su obra y en los tiempos de su obra, nadie puede indicar el número, el peso ni la medida que le serán prescritos, bien sea durante el tiempo que esté en la tumba, durante el que esté en la tierra después de resucitar o durante el que se quede hasta la consumación de los siglos, teniendo que cumplir unas proporciones particulares cada individuo que se regenera.

Para ti, hombre vulgar, todas tus medidas son todavía inciertas, ya que todas están rotas y tú las rompes aún más cada día.

Sólo te dedicas a rechazar continuamente este peso, este número y esta medida que te persiguen y a convertirte en el juguete diario de las fuerzas irregulares que huyen, como tú, de la regularidad y del camino de regreso e imprimen continuamente en ti el peso injusto, el número falso y la medida inexacta que se han convertido en su único elemento. Además, ¿quién podrá calcular alguna vez tu retorno hacia la luz y la duración de las pruebas que tendrías que soportar si tuvieses el deseo de volver a la regularidad?

Y tú, naturaleza, estás más lejos todavía. Tienes algo más que tu peso, ya que eres la esponja del pecado; tienes menos que tu medida, porque tus fuerzas están alteradas por el crimen y tu duración ha sido reducida por la misericordia. ¿Cómo podríamos encontrar tu número justo, en cuanto a tus purificaciones futuras, si ese número sólo se puede descubrir pasando por tu medida y por tu peso?

Hombre nuevo, hombre nuevo, ésos son los dolores que vas a sentir en la tumba durante el tiempo más o menos largo que permanezcas en ella; pero, como has puesto el pie en el camino, sabrás a quién deberás pedir ayuda para mantenerte y podrás esperar todos los consuelos y todas las evoluciones del que te ha dado el ejemplo en sí mismo y el medio de entrar en la tumba del espíritu. Sí, Divino reparador, tú eres el único que has conservado en su corrección todos estos elementos de la regularidad y de la perfección. Además, sólo en ti y por ti podemos ser instruidos en la marcha de los seres y de sus diferentes leyes progresivas para volver a la luz.

69

Cuando el hombre nuevo haya pronunciado así la sentencia a lo profundo de sus propios abismos, haya condenado a ser exterminados ante él a todos los

que se hayan hecho enemigos de su palabra y de su nombre y haya dado la libertad a los que la hayan deseado, entrará en la región de su ser aparente y en ella se manifestará a los partidarios suyos que estén todavía en esta región, para convencerlos de que está *vivo* y ha *resucitado* porque ha estado *muerto* Los convencerá, al mismo tiempo, de las beneficios que ha conseguido con esta muerte y con esta resurrección.

¡Hasta qué punto se encuentra el hombre regenerado o el hombre nuevo por encima del hombre que sigue todavía enterrado en las ilusiones de los elementos, porque su cuerpo ha adquirido una agilidad extraordinaria y superior a todo lo que puede manifestar la ley de los elementos! Efectivamente, está animado por la vida del espíritu y esta vida del espíritu no puede animarlo sin prolongar sus reflejos y sus rayos hasta su ser aparente, para ofrecerle, al menos, algunos indicios de esta actividad primitiva, de la que hubiésemos disfrutado si no nos lo hubiese impedido el crimen.

Al mismo tiempo, la inteligencia no debe asombrarse al ver al hombre nuevo recuperar todos los derechos de este ser aparente que habían parecido cómo anulados durante el suplicio, las pruebas y la muerte de este hombre nuevo. La inteligencia, en mi opinión, no debe extrañarse de ver al hombre nuevo que pasa una vez más a su ser aparente, después de dar la impresión de que ha desaparecido, porque, cuando ha parecido que estaba separado de este ser aparente, sólo ha sido para descender aún más por debajo de esta apariencia, con el fin de ir a ejercer el juicio en los abismos; pero, como su residencia y su morada no están en estos abismos y como ha nacido de arriba y necesita volver al reino de su padre, no puede volver a este reino de su padre sin pasar de nuevo por este ser aparente, por debajo del cual había bajado durante algún tiempo.

Pero, al pasar de nuevo por este ser aparente, hará como el reparador que Dios resucitó al tercer día: se presentará vivo, no a todo su pueblo (Hechos 10: 41), sino a los testigos elegidos antes del tiempo de su misión particular, para que los testigos puedan predicar y dar después testimonio ante todo el pueblo de que es este hombre nuevo el que ha sido establecido por el espíritu, para ser en su reino individual el juez *de vivos y muertos.* No se manifestará a todo el pueblo, que está en él, porque todo el pueblo que está en él no se encuentra en condiciones de contemplar su gloria y sacar provecho de sus tesoros.

Éste era uno de los principales sentidos de la ley levítica por la cual los judíos vivían separados de las naciones y por la cual tenían prohibido admitir a las naciones entre ellos, a menos que éstas se sometiesen a todas las ordenanzas

ceremoniales de su alianza; pero, como ellos también han violado las leyes y las ordenanzas que los habían convertido en la luz de las naciones, como se han hecho ver imprudentemente por las naciones extranjeras y las han admitido en su culto, despreciando su ley que se oponía a ello, han sido despojados de su herencia y se han visto obligados a solicitar la alianza de las naciones extranjeras y a abjurar de su propia ley, para ser tolerados entre las naciones.

Pero, si los judíos, el pueblo de la antigua alianza y de la ley materialmente figurativa, debían vivir separados de las naciones, ¿cuánto más alejado todavía debe vivir el hombre de la nueva ley? ¿Pueden entenderlo y comprenderlo las naciones? ¿Pueden ser admitidas las naciones a su sublime alianza, antes de haber concebido las leyes y las ordenanzas y antes de haberlas cumplido? ¡Mundo, mundo! Sí, hay verdades grandiosas, dulces, consoladoras y capaces de disipar todas tus tinieblas y tus problemas; pero todavía no ha llegado el momento de que sean ciertas para ti y, si un hombre *de la nueva ley* se apresurase a abrirte los tesoros de tu alianza, caería pronto en desgracia como los judíos y estaría condenado, como ellos, a recurrir a la ayuda y la caridad de las naciones.

Sin embargo, tú sientes esas verdades cuando se acercan a ti y, si no eres culpable y ellas no te rechazan por culpa de tus crímenes, te reaniman, sin que te des cuenta por tu ignorancia y tus tinieblas. Caminas junto a ellas y con ellas, como los discípulos de Emaús caminaban y conversaban con el reparador sin conocerlo y sin saber que era el mismo a quien buscaban y, solamente cuando llega el momento y se abren tus facultades por el poder del espíritu, te das cuenta de tu ilusión y te dices como los discípulos de Emaús: *¿No estaba ardiendo nuestro corazón, cuando nos hablaba por el camino y nos explicaba las escrituras?* Pero esta hora no te llegará nunca, mientras sigas manteniéndote en las tinieblas, porque es preciso que salgas de tu propia ilusión para que esta misma luz no te parezca una ilusión.

Sólo en la medida en que las almas van separándose de su propia región aparente, van concibiendo por completo el reino del Señor y oyen su palabra. Sólo por cada una de las grietas de nuestro corazón podemos recibir algunos rayos del nombre vivificador y podemos conseguir testimonios de su gloria y de su poder, lo mismo que solamente con la fracción del pan fue reconocido el reparador por los mismos discípulos con los que había venido conversando por el camino.

El hombre nuevo, que sabe que el mundo no puede conocerlo, lejos de mostrarse al mundo después de la resurrección, sólo se manifestará en principio a

los dos precursores que lo han asistido en su glorificación. No dejarán de unirse a su obra, durante su resurrección y después de ella, para instruir al alma simple y amorosa que estará consternada, esperando su venida, y que, aterrorizada, tendrá los ojos bajos mirando al suelo, «porque estos dos precursores se le aparecerán de repente, con vestiduras brillantes». Estos precursores dirán a este amigo: «¿Por qué buscáis entre los muertos a quien está vivo? No está aquí, sino que ha resucitado. Recordad cómo hablaba cuando todavía estaba en Galilea y decía: es preciso que el hijo del hombre sea entregado a las manos de los pecadores, que sea crucificado y que resucite al tercer día».

Cuando este alma simple y amorosa haya sido preparada así, por la influencia y las palabras de los precursores, el hombre nuevo se manifestará personalmente a ella y, llamándola por su nombre, le comunicará bastante de su propia luz, para que ella lo reconozca y le diga: *Rabboni, maestro.* Este alma simple es la que, con sus compañeros, irá a anunciar a los discípulos la resurrección de este hombre nuevo y los preparará, a su vez, para soportar el aspecto de su gloria y las maravillas de su poder, porque, después de resucitar del espíritu, su acción se ha dilatado y ha adquirido la facultad de no manifestarse nada más que mediante prodigios.

Pero este hombre nuevo, este hijo del espíritu y de la sabiduría eterna, este hijo Divino que el alma humana tiene la facultad de engendrar y por cuyo nacimiento debe salvarse, como aquellas mujeres que, según dice Pablo a Timoteo, se salvarán por los hijos que traerán al mundo, este hombre nuevo, repito, procurará reinar sobre el alma humana más por su amor que por prodigios.

Y le dirá con ternura: *¿Me amas?* y ella responderá: *sí, Señor, sabes que te amo.* El hombre nuevo le dirá: *apacienta mis corderos.* Le preguntará de nuevo: *¿Me amas?* y ella responderá: *sí, Señor, sabes que te amo.* Él le dirá: *apacienta mis corderos.* Le preguntará por tercera vez: *¿Me amas?* El alma se sentirá preocupada al preguntarle por tercera vez *¿me amas?* y dirá: *Señor, tú lo sabes todo y sabes que te amo.* Él le dirá: *apacienta mis corderos.*

Alma humana, no te aflijas si el hombre nuevo te presiona así para que le declares tu amor. Lo único que pretende es que te unas a él por este amor, lo mismo que él está unido por este mismo amor al espíritu, cuyo hijo es. Si repite esta pregunta tierna y conmovedora es porque, antes de su sacrificio, tú le has dado motivo para sospechar de tu amor por él y la repite tres veces, porque son tres veces las que tú lo has negado cuando estaba en manos de sus adversarios y tenías miedo a compartir con él las pruebas y los peligros.

Si has hecho como el primer hombre que, en vez de unirse de forma invariable a su jefe supremo, se ha sometido al yugo de las tres acciones elementales, y si el poder de estas tres acciones inferiores se ha hecho sentir en ti, en los tres ataques que se te han inferido, ¿no es justo que manifiestes tres veces la fidelidad al que te ha amado siempre y se ha inmolado con el único fin de devolverte la vida?

Después de esto, no te olvides de observar qué prueba te pide de tu amor hacia él. Se trata de apacentar sus corderos; de mantener, en todas las facultades y en las regiones que hay en tu dependencia particular, el orden, la medida y la armonía que va a sacar él de ahora en adelante de la fuente viva, para transmitírtelos a ti y a todos los tuyos; de comprometerlos para que sigan su ejemplo y se inmolen a su vez, lo mismo que él se inmoló siguiendo el ejemplo del reparador, si quieren recuperar la vida y ver que nace en ellos la unidad universal.

70

Alma humana, tu reparador particular, o el hombre nuevo, te ha abierto el espíritu para que comprendas la realización de lo que se ha dicho en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos. Cuando el reparador universal decía *es de mí de quien han profetizado,* no hablaba sólo de sí mismo y daba a entender con estas palabras que habían profetizado de todas las almas de deseo, de todos los que quieren hacerse hombres nuevos, pues él se ha llamado tu hermano y el hermano de todos los elegidos.

Al abrirte el espíritu sobre tu destino, te enseña que tienes que *predicar* todos los días en ti misma, *en su nombre, la penitencia y la remisión de los pecados en todas las naciones, empezando por Jerusalén.* Es decir, empezando por esta piedra angular que hay en ti, de donde deben brotar las fuentes vivas capaces de saciar a todos los pueblos.

Este hijo nuevo que te ha nacido va a seguir su curso. Ha descendido a tus abismos, ha vuelto a manifestarse en su ser aparente y ahora ha llegado el momento de que suba con su padre, para enviarte el don que se te ha prometido, por medio *del cual podrás instruir a todos los pueblos que hay en ti y bautizarlos en el nombre del padre, del hijo y del espíritu santo y enseñarles a observar todas las cosas que se te han ordenado.* Por eso es por lo que *no saldrás de tu propia Jerusalén, si no estás revestida de la fuerza de arriba* y

no ha venido el consolador a llenarte de la fuerza Divina, lo mismo que has podido llenarte de la fuerza espiritual con todas las operaciones precedentes, para que estés segura de que este hijo que te ha nacido y se ha inmolado por ti. estará siempre contigo hasta la consumación de los siglos.

No puedes dudar, en efecto, que estará contigo hasta la consumación de los siglos, ya que, sin salir de ti, realiza todas sus obras y observa en todo su transcurso las diferentes épocas, a imitación del reparador universal que, a pesar de la diversidad de sus operaciones, no se ha separado nunca del que lo ha engendrado y lo engendrará eternamente. Por tanto, si este hombre nuevo encuentra en ti a su madre, sus hijos, sus hermanos y su padre, va a remontarse, sin salir de ti, hacia este mismo padre, del que deben proceder todos los consuelos, que la fuente eterna que te ha engendrado sólo trata de verter sobre ti, tomándolo a él como intermediario.

Bajo este punto de vista, debes considerarte como una universalidad, tal como él te lo ha anunciado en muchos pasajes de este escrito, ya que encuentras en ti el mundo Divino, el mundo espiritual y el mundo natural y por'ello eres la imagen del que ha producido todo y es todo. Pero eres la imagen del que ha producido todo y es todo, solamente si moras en él y él da forma a todas tus facultades y a todas tus substancias, pues, ¿cómo podrías ser una universalidad parcial, si no fueses continuamente conocida, engendrada y alimentada por la gran universalidad?

No dudes en creer que ése es el objetivo que tiene contigo esta gran universalidad y que todos sus planes y todas sus obras sólo tienden a dar a tu existencia el carácter de su grandeza y de su inmensidad.

Juzga por las comparaciones que puedes hacer entre tu ser y todas las amplias fuerzas que te rodean y que dominan por encima de ti. Contempla el inmenso alcance del universo en comparación con tu débil forma. Contempla la inmensidad del espacio y del tiempo, en comparación con todos estos seres parciales que no tienen más que una fracción tan pequeña de su duración, y reconoce que todos los esfuerzos del poder supremo sólo pretenden agrandar tu ser, por la reflexión que estas relaciones pueden hacer que nazcan en ti, y dar el curso más amplio a tu pensamiento, es decir, darle la marca de esta inmensa universalidad.

Pero, por muy débiles y despreciables que sean los mortales en apariencia, no pueden negar que es a ellos a quien se han enviado todos estos grandes

presentes, pues ellos son los únicos capaces de contemplarlos y alimentar con ellos su pensamiento, mientras que todos los demás seres reciben sus ayudas, que utilizan y ponen en acción, sin llegar ni siquiera a comprenderlas.

Alma humana, si, por mediación de este hombre nuevo que ha nacido en ti, puedes elevar aún más tus ojos por encima de este mundo pasajero y corruptible, descubrirás en tu región superior una inmensidad mucho más amplia y dones infinitamente más abundantes y aprenderás entonces a crecer cada vez más con los favores del que ha producido todo y lo es todo.

Aprenderás a valorar esta semilla preciosa con la que ha formado el alma humana, a la que quiere tanto que, a pesar de sus ingratitudes, no puede separar los ojos de ella.

Verás que este Ser infinito vierte continuamente sobre nosotros, en todos sus géneros, la abundancia de sus fuerzas, de su majestad y de su infinitud, pues, por más que haga nuestra voluntad pestilente, el Eterno no deja de demostrarnos su límite y su impotencia, haciendo que nademos continuamente en su inmensidad universal. No te aflijas, pues, alma humana, si tu hombre nuevo, después de bendecirte, se ha separado de ti y se ha ido al cielo. Imita el ejemplo de los discípulos del reparador universal que, después de haberlo «visto separarse de ellos y subir al cielo, volvieron llenos de alegría a Jerusalén, donde se quedaron en el templo alabando y bendiciendo a Dios», porque estaban llenos de confianza en sus promesas.

No te extrañes tampoco de que el hombre nuevo, después de volver con su padre y quedarse allí el tiempo establecido, te dé por tus números particulares nuevas señales de su presencia y de su interés por ti, porque, «cuando se cumplan los días de pentecostés, y estén todos tus discípulos reunidos en el mismo lugar, oirás de repente un ruido muy fuerte, como un viento violento e impetuoso que vendrá del cielo y llenará toda la casa donde estéis sentados. Al mismo tiempo, verás que aparecen como lenguas de fuego que se dividen y se detienen sobre cada uno de ellos. Inmediatamente estarán todos llenos del Espíritu Santo y empezarán a hablar diversas lenguas, según les ponga el Espíritu Santo las palabras en la boca.

En efecto, conocerás las lenguas de todas las substancias que te constituyen; comprenderás su lengua y ellas conocerán la tuya, para que coincidáis todas en manifestar cada una los dones particulares que le sean propios, para extender cada vez más el reino de vuestro Dios; no se producirá en ti ni un

solo movimiento del que no tengas conocimiento y no sientas al mismo tiempo el juicio que debes hacer de él y el uso que debes darle. Si estos movimientos son falsos, entenderán tu lengua lo mismo que si fuesen verdaderos: pero sólo la entenderán para su condena, porque tu lengua se convertirá en una espada de doble filo.

Cuando se te den a conocer estos movimientos falsos, no tendrás más que pronunciar una palabra y se precipitarán a sus abismos y tendrás derecho a decir a los *Safiros y* los *Ananias* que habría en tí y tratarían de confundirte. «¿Cómo ha tentado Satán vuestro corazón para impulsaros a mentir al espíritu santo y a perder parte de vuestro suelo? ¿No seguiría siendo vuestro, si hubieseis querido guardarlo? ...No habéis mentido a los hombres, sino a Dios; ahí tenéis a los que vienen a enterraros, que están en la puerta. Estos impostores darán el espíritu a tu palabra y serán llevados a tierra.

Pero tú tendrás también poder para verter los consuelos sobre los afligidos y sobre los enfermos, cuando tengan en su corazón una santa esperanza y una confianza viva en las fuerzas del Señor, hasta el punto de que tu misma sombra los librará de sus enfermedades.

Cuando vayas al templo, siguiendo tu costumbre, y encuentres pobres lisiados, los mirarás para juzgar su fe y cuando, por el movimiento interior del espíritu, creas que puedes emplear tus riquezas en su favor, les dirás: *No tengo oro ni plata, pero os doy todo lo que tengo. Curaos, en el nombre del reparador, y marchaos.* Entonces se levantarán, se mantendrán con firmeza sobre sus pies y entrarán contigo en el templo, andando, dando saltos y alabando a Dios.

Estarás liberado de las ligaduras de la ley desde el momento en que seas admitido en el reino del espíritu y, si tu piadosa delicadeza te plantea escrúpulos sobre las ordenanzas levíticas, te responderá el espíritu lo que a San Pedro (Hechos 10: 15) *No llaméis impuro a lo que Dios ha purificado.*

Cuando los enemigos que hay en ti traten de cogerte y crean que te han vencido, después de haberte aprisionado en sus tinieblas para impedir que difundas la palabra de verdad en el templo, el ángel del señor abrirá, sin que ellos se den cuenta, la puerta de tu prisión y te dirá: *Ve al templo y predica con ardor al pueblo todas estas palabras de esta doctrina de vida.* Y tus enemigos, atónitos por no encontrarte en la prisión, temblarán de ira al ver que se difunde la palabra, a pesar de ellos.

No has de sorprenderte si, cuando hables con fe y confianza a los *pueblos* que hay en ti y éstos te escuchen, desciende el espíritu sobre ellos, lo mismo que ha descendido sobre ti a la palabra del hombre nuevo, y con ello se hacen capaces de recibir el bautismo de tu mano, lo mismo que tú lo has recibido de la mano de tu reparador particular, por ser tú el depositario de las siete fuentes sacramentales que deben brotar de la piedra angular: *porque se te ha hecho la promesa a ti y a tus hijos y a todos los que están lejos, siempre que el señor tu Dios los llame* (Hechos 2: 39).

71

No basta con que el hombre nuevo haya recorrido todas las épocas temporales de la regeneración y haya pasado por todas las progresiones particulares propias de la restauración de la posteridad humana; sino que es preciso que llegue, de una manera temporal espiritual, al complemento particular de esta restauración, al menos de forma global y como iniciación a esta reintegración permanente de la que disfrutará cuando, después de haber estado representado aquí abajo su principio de una forma limitada, pueda representarlo en los cielos de una forma tan amplia como duradera.

Con independencia de este juicio particular que lo hemos visto pronunciar cuando bajó a los abismos, es preciso que pronuncie también, proféticamente, el juicio final que ha de decidir la suerte de los prevaricadores y separar a los que, en él mismo, después de escapar por la penitencia de la primera muerte, estén protegidos de la segunda, de los que sean víctimas de ambas muertes.

Veámoslo así esbozar de antemano en sí el cuadro de estos últimos tiempos, en los que será abolida la esperanza y no quedará nada más que el consuelo o la desesperación, el gozo perfecto o la privación absoluta. Veámoslo cogiendo las siete trompetas para llamar en él al juicio final a todas las naciones que están sometidas a su poder, para examinar a las «que hayan adorado a la bestia o su imagen o estén marcadas con su signo en la frente o en la mano, para beber el vino de la cólera de Dios, ese vino completamente puro preparado en el cáliz de su cólera, y estén atormentadas en el fuego y el azufre delante de los santos ángeles y en presencia del cordero».

Veámoslo, por otro lado, «de pie sobre la montaña de Sión, con las ciento cuarenta y cuatro mil personas que tengan el nombre del cordero y el nombre

de su padre escrito en la frente y canten el cántico nuevo delante del trono, como si hubiesen sido rescatados de la tierra, porque su voz será parecida a un ruido de mucha agua y al ruido de un trueno enorme y no hará nada más que como un solo sonido de muchos músicos que tañen sus arpas. Pero no se ha encontrado mentira en su boca, porque están puros y sin mancha ante el trono de Dios».

Veámoslo volando por su cielo, «llevando el evangelio eterno para anunciarlo a los que están en la tierra, a toda nación, a toda tribu, a toda lengua, a todo pueblo, diciendo en voz alta: Temed al Señor y dadle gloria, porque ha llegado la hora de su juicio, y adorad al que ha hecho el cielo y la tierra, el mar y la fuente de las aguas».

Veámoslo a continuación *en el templo del tabernáculo del testimonio de las siete copas de oro llenas de la cólera de Dios, que vive por los siglos de los siglos.*

Veámoslo derramando las *cuatro primeras copas sobre la tierra, sobre los ríos y sobre el sol*, para llevar a cabo la disolución de la región fantástica e ilusoria que lo retiene en las tinieblas y para hacer «que los hombres que tengan el signo de la bestia sean azotados por una plaga maligna y peligrosa, que el mar se convierta como la sangre de un muerto, que los ríos y las corrientes de agua se conviertan en sangre y los hombres, abrumados por un calor devorador, blasfemarán el nombre de Dios, que tiene en su poder sus heridas, negándose a hacer penitencia para darle gloria. La quinta copa se desparramará por el trono de la bestia y su reino se hará tenebroso. La sexta copa se verterá sobre el gran río Eufrates y su agua se secará para abrir el camino a los reyes que deben venir de oriente. La séptima copa se tirará al aire y se dejará oír una voz potente del templo, como desde un trono, que dirá: ya está hecho».

Entonces se producirán en el hombre nuevo «relámpagos, ruidos, truenos y un gran temblor de tierra tan grande como jamás lo ha habido desde que está el hombre sobre la tierra. La gran ciudad quedará dividida en tres partes y las ciudades de las naciones caerán, desaparecerán todas las islas y desaparecerán las montañas».

Después de todos estos terribles prodigios, el hombre nuevo «cogerá a la bestia y con ella a todos los falsos profetas y los arrojará al estanque de fuego y azufre» y saldrá del trono una voz que dirá: «Alabad a nuestro Dios, todos los que sois sus servidores y lo teméis, pequeños y grandes, porque sus juicios

son verdaderos y justos y ha condenado a la gran puta, que ha corrompido la tierra con su prostitución, y ha vengado la sangre de sus servidores derramada por sus manos».

Alma humana, cuando se pronuncien estos juicios terribles y se lleven a cabo en ti, tendrás un nuevo cielo y una nueva tierra, pues el primer cielo y la primera tierra habrán desaparecido y ya no habrá mar. Entonces verás «la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que, viniendo de Dios, descenderá del cielo sobre ti, dispuesta como una esposa que se prepara para el esposo, y oirás una potente voz que dirá: Ése es el tabernáculo de Dios con los hombres y él permanecerá contigo y tú serás su pueblo, y Dios, al quedarse en medio de ti, será tu Dios. Dios secará todas las lágrimas de tus ojos y ya no habrá muerte». Alma humana, si quieres conocer las proporciones de esta ciudad santa, de esta Jerusalén que descenderá a ti, dispuesta como una esposa que se prepara para su esposo, transpórtate a la montaña grande y alta que hay en ti. Verás que esta ciudad santa está iluminada por la claridad de Dios, que la luz que la ilumina es parecida a una piedra preciosa, a una piedra de jaspe transparente como el cristal.

Verás que está construida con forma cuadrada, que es igual en longitud que en anchura y que la medida de la muralla es de *ciento cuarenta y cuatro codos de medida de hombre*, para hacerte comprender que sobre las medidas adecuadas, a la vez ternarias, cuaternarias y septenarias, de tu esencia sagrada, se debe elevar esta ciudad eterna de la paz y de los consuelos, porque tú eres la única con quien la fuente eterna de todos los números y todas las medidas tiene relaciones muy próximas, porque ha querido hacer de ti su representante entre los pueblos y entre todas las regiones del universo visible e invisible. Reconocerás que tú misma eres el tabernáculo de Dios con todos los que habitan en ti y que por eso es por lo que quiere quedarse en ti, para que seas su pueblo y, al quedarse él en ti, sea tu Dios.

«Además, no verás ningún otro templo en esta ciudad santa y en esta celeste Jerusalén, porque el Señor Dios todopoderoso y el cordero es su templo, y esta ciudad no tiene necesidad de estar iluminada por el sol ni por la luna, porque es la luz de Dios la que ilumina y el cordero que hay en ti es la lámpara. Las naciones caminarán al favor de esta luz y los reyes de la tierra llevarán a ella su gloria y su honor».

Alma humana, ves que los hombres, que no están más que en un reino terrenal y material, cierran las puertas de sus fortificaciones después de hacer

que salgan los enemigos y los malhechores. Los hombres del reino espiritual hacen lo mismo, para no correr el riesgo de caer víctimas de su propia negligencia, porque, si han dejado enemigos en la plaza, después de haber cerrado las puertas, ¿cuántos de estos enemigos van a devorarlos mientras duermen, sin que se den cuenta? ¿Cuántas aflicciones les descubrirá la aurora, al no abrirles los ojos nada más que para dejarlos que vean su cautividad?

Pero en este reino divino que establece en ti el hombre nuevo «no se cerrarán ya todos los días las puertas de la ciudad santa, porque no habrá noche; no habrá nada sucio ni ninguno de los que cometen abominación o mentira, sino sólo los que están inscritos en el libro de vida».

También verás en la ciudad santa *un río de agua viva, clara como el cristal, que manará del trono de Dios y del cordero,* porque ya no ignoras que el hombre mismo es este arroyo que sale de ese río y que, por consiguiente, debe fluir eternamente, lo mismo que el que le da el nacimiento ininterrumpidamente.

«Encontrarás también, en el centro de la plaza de la ciudad, a ambos lados del río, el árbol de la vida que tiene doce frutos y da su fruto todos los meses, y las hojas de este árbol son para curar a las naciones». Pero este árbol de vida es la luz del espíritu que acaba de encenderse en *el pensamiento* del hombre nuevo y que ya no podrá apagarse nunca. Este fruto que da cada mes es *la palabra* de ese hombre nuevo que tiene que llenar de ahora en adelante la universalidad del tiempo con todas sus sabidurías. Las hojas que deben curar a las naciones son *las obras* de este hombre nuevo, que esparcirán continuamente alrededor de ti la armonía y la felicidad, como tú habrías debido esparcirlas en otro tiempo, en virtud de estos tres dones sagrados que te constituyen a la vez en la imagen y el hijo del Dios de los seres.

No te concedas descanso mientras no se haya reconstruido en ti esta ciudad santa, tal como debería haber permanecido siempre, si el crimen no la hubiese derribado, y recuerda todos los días de tu vida que el santuario invisible en el que nuestro Dios se complace en ser honrado, el culto, las iluminaciones, los inciensos de los que la naturaleza y los templos exteriores nos ofrecen imágenes instructivas y beneficiosas y, finalmente, todas las maravillas de la Jerusalén celeste, pueden volver a encontrarse también hoy día en el corazón del hombre nuevo, ya que han existido en él desde el origen.

índice

Prefacio 7

1 17
2..... 20
3.....23
4..... 27
5..... 31
6.....34
7 37
8 41
9 44
10.....47
11.....50
12.....53
13.....56
14.....59
15.....63
16.....66
17.....69
18.....73
19.....76
20 79
21.....82
22.....86
23.....89
24 92
25.....96
26 100
27 103
28 107
29 110
30 114
31..... 118

32 121
33 125
34 129
35 132
36 136
37 139
38 143
39 147
40 150
41 154
42 158
43 161
44 165
45 169
46 172
47 176
48 179
49 183
50 186
51 190
52 193
53 196
54 . . . . . *200*
55 204
56 207
57 212
58 215
59 219
60 223
61 228
62 232
63 236
64 239
65 243
66 247
67 250
68 254
69 257
70 261
71 265